

PREMIOS FOTOGRAFICA
PUBLICOS

COMITE NACIONAL
JOSE MARTI
HABANA CUBA

LIBERTAD



10^o OCTUBRE
DE 1868.



CUBA Y AMÉRICA
REVISTA ILUSTRADA

AURELIO MELERO
HABANA 1903.

Belot

Establecimiento Hidroterápico
PRADO 67 y 69

*Toda clase de baño.
Hay tambien masage,
manicure y Shampoo.*

Recomendamos las duchas como un
eficaz remedio para curar

✧ ✧ **EL PALUDISMO** ✧ ✧

RAMON CARRERA

FOTOGRAFO
REINA NUMERO 6. HABANA
Frente á La Casa Verde, la tienda que más barato vende

Tiene el gusto de participar á sus favorecedores y al público en general haber trasladado su antigua casa, de Luz 97, á Reina 6, y después haber construído una galería con todos los adelantos modernos, cuenta con todos los elementos necesarios para hacer un buen trabajo y á precios sumamente reducidos.

Con el propósito de dar á conocer los trabajos fotográficos de mi nueva galería he determinado hacer esta notable rebaja de precios que solo regirán hasta fines de este mes.

Gran desequilibrio fotográfico. Precios en plata

6 retratos visita esmaltados, \$1.50 y se regala uno en colores, una tarjeta postal con su retrato y dos botones.

POR UN PESO 6 RETRATOS

12 retratos visita esmaltados, \$2.50 y se regala uno en colores, dos tarjetas postales con su retrato y seis botones.

3 retratos Imperiales, cuerpo entero, esmaltados, \$1.50 y se regala uno en colores, una tarjeta postal con su retrato, más dos botones.

6 retratos Imperiales esmaltados, \$2.50 y se regala uno en colores, dos tarjetas postales con su retrato y tres botones.

12 retratos Imperiales esmaltados, \$4.50 y se regala uno en colores, dos postales con su retrato, seis botones y un alfiler de pecho para señora.

RETRATOS GRAN BUDUAR

6 retratos esmaltados, \$5 y se regala una porcelana, tres tarjetas postales con su retrato y seis botones.

12 retratos esmaltados, \$8 y se regalan dos botones, seis postales con su retrato y un pañuelo blanco de seda con su retrato ó un foto-crep para adorno de sala.

NOVEDAD FOTOGRAFICA

6 modernos retratos al platino..	\$2-00
12 id.....	3-00
6 botones.....	1-00
12 id.....	1-50
100 id.....	3-50

PRECIOS NUNCA VISTOS

Bueno y barato, estos precios solo duran este mes.
El colmo de lo barato, así se puede usted retratar.

NOTA: No terminaré ningún trabajo sin dar antes el manchante la conformidad de estar á su gusto.

Ramón Carrera, Reina número 6 Habana

EL JABÓN DE REUTER

INCOMPARABLE PARA EL BAÑO, PARA LA NIÑEZ, Y PARA EL USO DEL TOCADOR EN GENERAL. DELICIOSAMENTE FRAGRANTE Y REFRIGERANTE. :: :: ::

LA AFRICANA

Fundada el año 1878
de IGNACIO DE YURRE

Los populares cigarros de la acreditada fábrica LA AFRICANA, es un cigarro número uno.

GERVASIO 27 Tel. 1.205, Habana

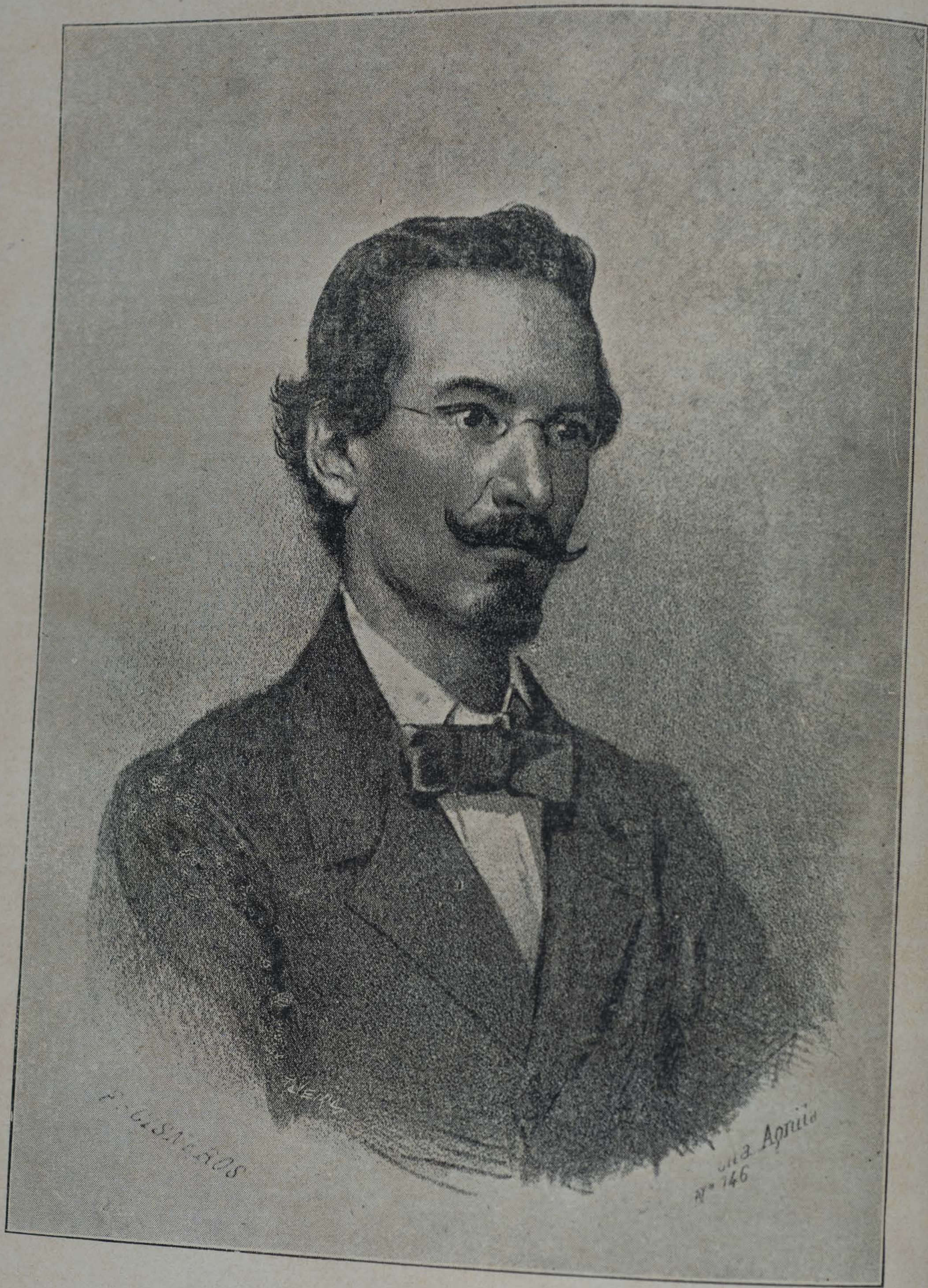
N
R
EL
Z, Y
DOR
OSA-
RE-
::

NA
RRE
e la
AM,
o.
bana

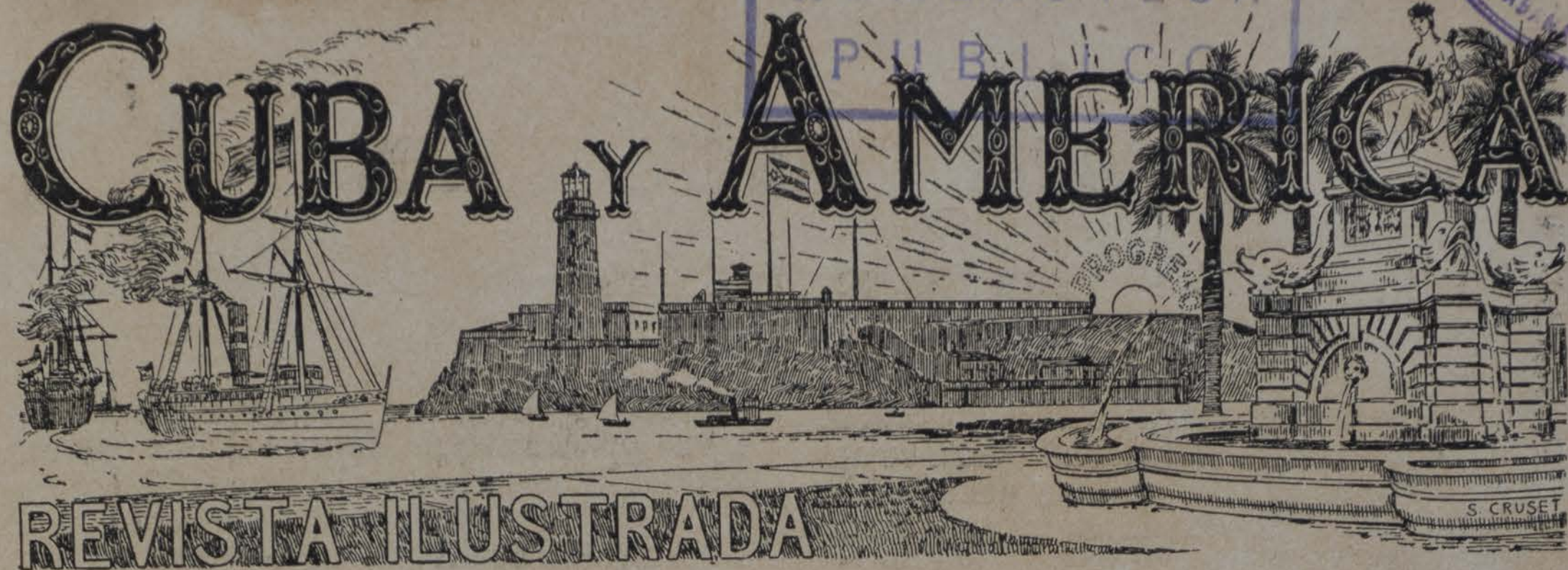
ANA
ato vende
trasladad
n todos lo
en trabaj
ia he dete
m,es.
lata
DUAR
regala un
su retrat
regalan do
y un pañ
foto-crey

FICA
no.. \$2-00
..... 3-00
..... 1-00
..... 1-50
..... 3-50

e mes
tar.
el mar
na



JOAQUÍN LORENZO LUACES



Año VII

OCTUBRE 11, 1903

Vol. XIII No. 2

Biblioteca Nacional JOSE MARTI

DIEZ DE OCTUBRE PUBLICADO

PARA conmemorar las fechas gloriosas de nuestra historia política, nada más oportuno que reproducir las obras de los grandes escritores y poetas que dieron personalidad y valer intelectual á la patria en tutela y que son desconocidas para la generalidad de los contemporáneos por haber desaparecido del mercado las escasas ediciones que de ellas se hicieron.

Esta tarea la hemos realizado hasta ahora en la medida posible y hoy celebramos el 10 de Octubre, trigésimo quinto aniversario de la más épica de las revoluciones cubanas, reproduciendo íntegramente el tomo de poesías que en 1857 dió á luz Joaquín Lorenzo Luaces, única colección publicada de sus trabajos líricos, de la que apenas se encuentran ejemplares en las bibliotecas.

Luaces es una de las más brillantes estrellas del Parnaso cubano. Su nombre se parangonea con el de Heredia y la Avellaneda y el mérito y vuelo de sus obras aventaja á las de Milanés, Plácido, Mendive y otros.

La colección que reproducimos no contiene todas ni las mejores de sus poesías líricas. La oda *Al Trabajo*, que obtuvo el primer premio en los juegos florales del Liceo; la oda á Cyrus Field y otras fueron esfuerzos y triunfos posteriores del gran poeta, que en el drama "El Mendigo Rojo" y en la tragedia "Aristodemo" acometió con éxito y grandes alientos obras de gran resonancia.

Pero de la colección de poesías de 1857 que afirmó su renombre, no se hicieron más que mil ejemplares. Las agitaciones políticas que sufrió el país no permitieron su reproducción. Nuestro pueblo preocupado en sus luchas y en sus desgracias no ha tenido ni ocasión ni facilidades de conocerle y es por eso que Luaces no tiene la popularidad ni el renombre de Heredia y la Avellaneda ó Plácido, cuyos trabajos fueron editados distintas veces por cubanos, *no en Cuba*, sino en el extranjero.

CUBA Y AMÉRICA cree contribuir al brillo de las letras cubanas con el presente esfuerzo. En vez de seguir la costumbre periodística de publicar con invariable repetición los retratos, biografías y pasajes de los héroes y de la epopeya de 1868, sacamos del abandono, si no del olvido, las obras de los varones esclarecidos que vivieron y sufrieron y laboraron en tiempos difíciles y las ofrecemos á la juventud cubana para que en ellas mismas conozca y admire á sus predecesores.

JOAQUIN LORENZO LUACES

POR FRANCISCO CALCAGNO

Pocas veces vistieron de duelo las musas cubanas con tan justificado motivo como en esta ocasión en que ha pasado á la eternidad uno de los cantores más correctos é inspirados de Cuba, un poeta que, joven aun, habiendo cultivado diversos géneros y sobresalido en más de uno, prometía conquistar una copiosa cosecha de laureles para honor de su suelo natal.

Ya los oficiosos localistas y demás escritores, con sentidas endechas han rendido á su memoria el homenaje que se debe al talento y á la virtud; ya han dado el pésame á la patria por la grave pérdida que acaba de experimentar. Tócanos ahora en nuestra calidad de biógrafos, trazar la interesante vida del que ayer nuestro condiscípulo, luego nuestro amigo sincero, se ha convertido hoy en uno de nuestros más gratos recuerdos.

Yo conocí á Luaces en 1850, cuando concluido su curso de Filosofía emprendía el de Derecho en nuestra Real Universidad. Solíamos reunirnos por la noche, en tertulia literaria y científica, en la calle de Amistad, morada de don Felipe Poey, naturalista tan entusiasta apreciador de la buena literatura cuanto es erudito en ciencias naturales. Asistían también, atraídos por la amena é instructiva conversación de aquel sabio catedrático, los jóvenes Cancio Bello, Havá, Poey (hijo) y otros que hoy hacen papel más ó menos brillante en el mundo de las letras. Allí, sin la pompa de las reuniones de igual objeto de Delmonte, sin pretender á la popularidad de las Noches Literarias de Guanabacoa, en amistoso coloquio familiar, pasábamos agradablemente algunas horas de dulcísimo y beneficioso solaz. Ora, concluida la lección de francés que daba á sus hijos el Sr. Poey, sincero admirador de los clásicos franceses, recitaba algún trozo de Racine ó Corneille ó Lamartine, deteniéndose luego á admirar y comparar las bellezas; ora platicábamos sobre las últimas producciones de la musa cubana; ora, en fin, preparábamos, en certamen, algún trabajo literario, que leíamos para someterlo al criterio del amable juez y benévolo asistentes.

En estos ensayos sobresalía siempre Joaquín Lorenzo: joven, (tenía entonces veintitrés años) entusiasta, amante de lo bello, de espíritu observador y estudioso, dado á la lectura de los buenos poetas, ya parecía anunciarse en aquellos tempranos y débiles preludios. Era sumamente afecto á traducir del francés, y como entonces por la última edición de las canciones de Beranger se había este nombre popularizado en Cuba, por algunas versiones de sus poesías líricas comenzó Luaces á despuntar. Una noche nos leyó su traducción de la humorística

canción "L' education des jeunes filles," una de las primeras que hizo: en el tino con que imitaba la agudeza y el chiste del lírico parisién podía ya adivinarse al futuro cantor de "La caída de Misolongi".—"Será el único poeta de nuestra reunión," solía decir Poey, vaticinio que no tardó en confirmarse plenamente.

En justo tributo al recuerdo de aquellos fugaces momentos, Luaces le dedicó después una de sus más bellas producciones originales: "La Naturaleza", y es la primera que aparece en la colección publicada por su compañero de estudios y hermano de letras José Fornaris, en 1857.

Poco después de esta época, 1853, salí yo para los Estados Unidos y al volver en el 58 encontré cumplida la predicción; mi patria tenía un poeta más. Ya no era el débil traductor de algunas canciones de Beranger, ya no se ocupaba de "El lente de Pepilla", ni de "La Noche Buena", ni le inspiraba "La Danza" (1). Era ahora el que con el plectro de los grandes poetas había de arrebatarnos en "La caída de Misolongi", arrancarnos lágrimas con "Varsovia" é inspirarnos tan graves conceptos en "La muerte de Lincoln". Sus pasos atrevidos por la senda de la popularidad, sus conquistas literarias, me habían ido á sorprender diversas veces en mi nueva residencia, y allí tuve ocasión de saludar y hacer conocer á muchos el prometedor estado de nuestra poesía por los versos de mi amigo.

En el 65 cuando dominaba el mundo civilizado la admiración por el triunfo obtenido en la gigantesca empresa de Cyrus Field, Luaces cantó ese triunfo de la inteligencia en una brillante oda clásica, digna del asunto, que es la más hermosa de su autor y que puede sostener el paralelo en mérito literario con "El Descubrimiento de la Imprenta" de Quintana, tanto como puede rivalizar en grandiosidad un descubrimiento como el otro. Ya en otra ocasión hemos dicho que "El Cable Submarino" es en nuestro concepto lo mejor que se ha escrito en Cuba después de "El Niágara" de Heredia: con ella obtuvo Luaces el primer premio en un certamen del Liceo Artístico y Literario, y ella sola le valiera el nombre de gran poeta.

En aquel año residía yo en New Haven, capital de Connecticut, y solía colaborar en el "Palladium" de dicha ciudad. En ella recibí y leí la poesía de Luaces, de la que me remití copia manuscrita un amigo y habiéndola presentado al redactor principal Mr. Trowbridge la tradujo al inglés y la insertó en el antedicho diario.

Por el año de 1849 publicó Luaces en *El*

(1) Títulos de algunas de sus composiciones de 1850: quedaron inéditas.

Artista, periódico literario de Suzarte que por dicha época alcanzó grande boga en la Habana, varios trabajos, entre ellos "Rosa", la hija del artesano, que si no fué la primera publicada de sus composiciones, si, la que comenzó á darlo á conocer. Colaboró después, por 1856, en la prensa de la Habana; con posterioridad dió á luz algunas poesías en la *Floresta Cubana*, más tarde coredeó "La Piragua" con Fornaris, la "Cuba Poética", y su nombre ya popularizado, su colaboración fué solicitada con aprecio por todos los literarios que siguieron.

"La caída de Misolongi", "La madre infame", "Ultimo amor", "Canto de Kaled", "La muerte", son de las mejores poesías líricas de dicho tomo, á las que debe añadirse el bellissimo "Canto de Matatias" inserto en *Noches Literarias*. En los últimos tiempos se dedicó con fervor á la dramática y sus laureles en este género no fueron menores que los alcanzados en la lírica. Al contrario, acaso mayores; sin que por esto olvidemos advertir que una de las causas de la popularidad que ha ganado, en lo que obtuvo uno de sus títulos principales para transmitir su nombre, ha sido en las anacreónticas, en cuyo género no le conocemos rival en Cuba, pues tiene muchas dignas del hijo de Grecia que inventó y dió su nombre á esta clase de composiciones. Si no las iguala en mérito, no podrá negarse que son más morales y en esto superan al poema "Cuba", inédito, del mismo Luaces.

Después de su colección de 1857, en que aparecen las poesías acertadamente clasifi-

cadas por el editor en eróticas ó amatorias, históricas, morales, elegiacas y que igualmente contiene sonetos, romances (1) y glosas cubanas, se publicaron sus anacreónticas en "*Cuba Literaria*", periódico del mismo Fornaris.

Luaces deja inéditas varias comedias; de las piezas publicadas, "El Mendigo Rojo", leído en el Ateneo en 1865 y después impreso para distribuirse gratis, el "Aristodemo", drama clásico, merecen atención de los críticos y rivalizan si no superan en mérito á sus tradiciones cubanas. El último drama citado es indisputablemente su obra maestra.

Luaces fué siempre de constitución enfermiza; esto á mas de coartar sus facultades intelectuales, influyó mucho en el carácter de sus poesías. Nunca esperamos sus amigos que viviera largos años.

Hoy al tomar un diario leí en su primera página: "Ha muerto repentinamente un "hombre bueno, un hombre de alma elevada, de nobles y grandes sentimientos, un "hombre de talento, un poeta: Joaquín Lorenzo Luaces".....

Una lágrima corrió por mis mejillas. ¡Cuántas habrá hecho derramar á sus amigos y admiradores la muerte del autor del Aristodemo!

Nació en la Habana en 1827, cursó Filosofía y Derecho en la Real Universidad, llegando sólo á Bachiller. Falleció el 7 del corriente á las seis de la tarde.

Noviembre 8 de 1867.

POESIAS DE JOAQUIN LORENZO LUACES

HABANA—IMPRESA DE "EL TIEMPO"—CALLE DE CUBA NUM. 110.—1857

LA PRESENTE colección contiene las poesías escogidas de un amigo que miramos como á un hermano. La espontaneidad con que el público ha acogido sus versos, nos hace esperar que verá coronados sus esfuerzos y que complacemos á muchos con la publicación de este libro. No creemos que sea mirado con indiferencia por ninguno de los que amen las letras cubanas. Elegías, poesías eróticas, epigramas y todo lo más escogido que ha escrito Luaces con respecto á estos géneros, aparecerá en este volumen.

Haciéndonos el eco de sus amigos, hemos querido reunirlos para



que vean la luz pública; pero confesamos que nos cabe en esto una gran satisfacción. Nos es muy grato emplear algunas horas en estos trabajos literarios. Juntos hemos estudiado, juntos hemos escrito y uno al otro nos hemos sostenido en el escabroso camino de las letras; hacemos así menos duras las espinas que nos hieren, más hermosas las flores que nos encantan. ¡Ojalá mil veces que al publicar este libro contribuyamos al adelanto de nuestra naciente literatura y estimulemos el talento poético de nuestro querido amigo! Habana y Julio 11 de 1857. JOSÉ FORNARIS

(1) No aparece en esta colección su leyenda "La cruz de la serventía," escrita con anterioridad.

A AGUSTIN LORENZO LUACES

NINGÚN nombre, querido hermano, mejor que el tuyo, debe colocarse al frente de mi volumen.—Pueda ese nombre, que fué el de nuestro padre, y llevas tú tan dignamente, dar luz á mis pálidas composiciones.

Recibe, pues, mis versos como una manifestación del cariño que te profesa tu
JOAQUÍN

LA NATURALEZA

Á DON FELIPE POEY

¡NATURALEZA! Transparente espejo,
en que de Dios la vista se recrea...
¿Cómo callar, cuando mi pecho enciende
la augusta majestad que te rodea?
Bulle en la mente gigantesca idea
que en vano quiero que la dócil pluma
fiel reproduzca... arrebatada y loca
vuela mi fantasía y como el curso
del rápido torrente me arrebatada.
En vano, con sus fueros arrogante,
quiere mi firme voluntad sañuda
contener el impulso devorante.

El verso desbordado
se precipita audaz y se resiste,
aunque mi pecho fatigado gima,
á verse entre las redes subyugado,
con que humilla al poeta electrizado
la pompa estéril de la inútil rima.

— ¡ Todo es en tí belleza
y fecundo poder, Naturaleza,
Rompiendo la unidad de las llanuras
en caprichosa variedad activa
amontonas las moles descarnadas
formando montes de escarpada cumbre.
Los verdes llanos á sus pies extiendes
y, arrojando simiente productiva,
la agreste playa y el erial transformas
en bosque espeso de maleza inculta.
Del tórrido Sahara dilatado
bajo un cielo de nubes despojado
y un suelo estéril, calcinado, muerto,
verdes islas esparces, donde ufanas
reposan las infieles caravanas
que atraviesan el líbico desierto.

De tu seno desbórdanse los bienes
que el indolente humano
por juzgarlos tributo merecido
desdeña sin cordura.

Él contempla al oceano
blanca espuma llevando por cimera
sus olas estrellar en la ribera;
y más inerte que la dura roca
se conserva impasible.
Y en tanto el mar que embravecido muge
á cada fuerte y desigual empuje
sus aguas en la costa deposita,
y en eterno combate
las muertas aguas con sus aguas bate.
Y luego ¡Providencia previsora!

el sol las evapora,
y á tu impulso vital cristalizadas,
en blanca sal se quedan transformadas
que el sol poniente con sus rayos dora.

En vapores, alzándose á la esfera
las olas espumantes,
forman el trono azul de los querubas,
en las flotantes nubes
que el industrioso labrador espera.
Del éter en el velo cristalino

el agua del oceano
sus átomos amargos modifica;
y forma luego aljofarada escarcha,
granizo duro y acopada nieve,
al hacer al estéril Capricornio
la anual visita la deidad que humilde
el Inca veneró. Mas luego pródiga
haciendo descender en el verano
las aguas dulces, prez de los sitieros,
da á la tierra las gotas del rocío
y de Mayo los ricos aguaceros,
que matizan la yerba con festones
de flores exquisitas, que en su brillo,
ya prometen al rústico sencillo
de Baco y Ceres los ópimos dones.

¡Sí! De tu radio en la extensión gigante
se enlaza todo, todo se encadena
desde el insecto imperceptible al tacto
á la deforme y colosal ballena;
desde la altiva rosa y la azucena
al pólipa rastrero y al humano.
Los árboles de espléndido ramaje,
las plantas, el arbusto delicado
respiran como el hombre inteligente,
como fieras y brutos.

El hálito que arrojan perfumado
de las hojas, y ramas poderosas,
del principio de vida despojado
que absorbieron las fibras codiciosas,
al gigante del bosque marchitara
si de nuevo con ansia lo aspirara.
Mas el hombre está allí. Tomando ansioso
el mortífero aliento que exhalara
el árbol corpulento
y que á la humana vida contribuye,
por necesaria ley en cambio vierte
el que el árbol aspira codicioso,
y que en el pecho humano causaría
el estertor horrible de la muerte.

La inmóvil planta, el animal sensible,
 porque ambos gocen de vigor cumplido,
 la muerte lanzan y la vida aspiran;
 y, en cadena que nunca se desata,
 el uno toma lo que al otro mata,
 porque más el mortal te reverencie,
 al mirar tu grandeza,
 madre común, gentil naturaleza.

Palacio digno del Señor del mundo
 teniendo por oceano el firmamento,
 la Tierra en el espacio arrebatada,
 establece á tu voz el movimiento.
 Surcando la región de lo infinito
 por leyes eternas conducida
 ¿quién la sostiene en el ignoto espacio
 impidiendo su rápida caída?
 ¿Quién la arroja en el éter insondable
 dentro de un radio de atracción estable,
 haciendo que por siempre gire en torno
 del astro-rey en órbita invariable?

¿Quién hizo que la luna
 en su plateado refulgente coche
 en pos de ella el espacio recorriese,
 y su lámpara púdica encendiese,
 por darle honor, en la callada noche?

¡Naturaleza, tú! Tú solamente
 con la mano que formas
 del monte en los agudos peñascales
 el pálido topacio, y el platino
 y el simpático imán. En las entrañas
 de los ásperos montes escabrosos,
 á impulso de tus fuerzas productivas
 el oro sordamente se elabora
 que al hombre causa tan febril locura.

Sus duros pedernales
 ricas vetas esconden de metales
 más útiles al hombre;
 que en apretado encierro,
 honor de los productos naturales,
 extienden fecundísimos ramales
 el cobre dócil, inflexible el hierro.

¡Mirad! Esa montaña que no sufre
 en su mole severa
 la huella asoladora de los tiempos,
 es de mármol riquísima cantera
 ó mina extensa de inflamable azufre.
 Y tal vez con un fuego devorante,
 por misteriosa fuerza alimentado,
 tú fundes el carbono
 que al indo avasallado arrancan fieros,
 transformado en purísimo diamante,
 los tiranos que dueños de Golconda
 protege Albión con lábaro triunfante.

En profundas cavernas
 ocultas manantiales cristalinos
 que gota á gota el peñascal minando
 raudos se forman anchurosa vía.
 Y luego, transformados con estrépito,
 en ríos espumosos,
 arrastran del oceano á los cristales,
 fertilizando diferentes zonas,
 del ancho Plata el ámbito extendido
 y el inmenso caudal que enfurecido
 al asalto del mar, lanza Amazonas.

Si desde el valle el monte contemplamos
 nuestra vista se inflama
 abarcando el brillante panorama
 que con ávidos ojos devoramos.
 Entreabiertas del día á los albores
 parece que saludan la presencia
 del padre sol, las aromadas flores;
 las flores que del tallo desprendidas
 y á la industria del hombre sometidas,
 después esparcen regalada esencia
 sirviendo á la oriental magnificencia;
 y en pebeteros de sin par valía
 embriagan, en divanes relucientes,
 al déspota, terror de los Creyentes,
 que oprime el cuello á la imperial Turquía

¡Ay! Esas flores que en el tallo lucen
 lecciones dan al alma discursiva.

Mirando el devaneo
 con que la rosa, audaz como coqueta,
 á Céfito galán provoca y reta
 para morir mañana
 de una virgen al pie de la ventana...
 ¿Quién no aplaude la tímida violeta
 que en el bosque sombrío
 se oculta humilde de la vista humana
 y muere, como vive,
 apacible, modesta y atractiva?
 Cuando la virgen que al Amor da culto
 la boca del amante
 sobre la suya siente convulsiva...
 si al beso tiembla y al pudor se acoje
 y en sí misma, temblando se recoje
 ¿hace más que la casta sensitiva?

Mira el mortal con affigidos ojos
 al golpe osado y fuerte
 de la pálida Muerte
 derribados los seres que adoraba.
 Naturaleza conmovida entonces
 en sus entrañas guarda los despojos
 que abandonó la vida. El polvo yerto
 la tierra de las tumbas fertiliza,
 y hace brotar la flor que se matiza
 del Iris celestial con los primores.
 ¡Ay! la esponjada flor del cementerio
 á la orilla naciendo del sepulcro,
 la eternidad del hombre simboliza;
 pues las hojas, adorno de la fosa,
 pedazos son del cuerpo que reposa
 y en las flores su sér immortaliza.

Los árboles que extienden
 los ramajes pomposos
 y altivos y frondosos
 sombra dan al viajero,
 por la segur cortante derribados
 serán, Naturaleza, arrebatados
 para formar los cóncavos navios
 con que oprime Bretaña poderosa
 la colosal y amenazante espalda
 del pérfido Neptuno. El arquitecto
 con ellos alzará su altivo nombre,
 esculpiendo su cifra gigantesca
 de San Pedro en la cúpula famosa,
 en los muros del serio Vaticano
 y en el soberbio templo de Sofía.

Formando delicados instrumentos
encontrarán las leyes inmutables
con que fija el astrónomo profundo
la carrera eternal de los planetas;
y, deshaciendo los errores vanos,
harán honor al dilatado mundo
del sabio ilustre en las augustas manos.

Más humildes, apenas levantando
de la tierra, los débiles ramajes
otras plantas más útiles florecen.
El verde lino que se dobla al viento
del arroyo en las blancas pedrezuelas
formará los magníficos ropajes
de los monarcas de la vieja Europa,
en los leves y diáfanos encajes
que diestra labra la industrial Bruselas.
Del algodón en los nevados copos
están, como en embrión, esos tejidos,
que el universo atónito proclama,
y que dan, con laureles merecidos,
á Albión orgullo y á Lutecia fama.

Entre productos de riqueza doble,
en radio más extenso,
brota Ceilán ardiente la canela,
especies el Birman, Arabia gomas,
resinas Persia, el Indostán aromas.
Anatolia produce las higueras
de más precio. Con púrpura teñido
el aromoso plátano Zanzíbar;
Cuba las piñas de fragante almíbar,
y allá en las tierras donde nace el día,
donde el Simun la atmósfera oscurece,
el dulce dátíl que salvaje crece
en la inculta región de Berbería.

Mas no sólo en terrenos tan feraces
proclamas tu poder, Naturaleza.

En el desierto mismo
sólido oceano, como el mar extenso,
de candentes, mortíferas arenas,
la Tierra infatigable en sus faenas
te paga humilde, merecido el censo.
Con la fuerza que en todo distribuyes
al movimiento eterno contribuyes.
Sin flores, sin verdor, sin claras fuentes
el estéril Sahara
es padre del Simun, y al viento insano
sepulta en extensas soledades;
respetando la vida del humano
que, al dejar el puñal del asesino,
por la social unión de las ciudades
la tienda cambia del feroz beduino.

En cada clima y zona diferente
son diversos los árboles y frutos,
los insectos, los peces y las aves
voraces fieras y apacibles brutos.

En incesante lidia
muestran allá las codiciadas pieles
el hambriento león en la Numidia
que en selva oscura su rugido exhala,
la pantera de Java sanguinosa
y el tigre real que alimentó Bengala.

En tierra más distante
á la industriosa abeja susurrante
roban los hombres, por codicia crueles

de las celdillas del panal ópimo
la blanca cera y las sabrosas mieles.
El gusano que rápido devora
las verdes hojas del moral silvestre,
mariposa ha de ser. Con vuelo manso
descansará sobre las flores leda,
empero al hombre dejará, en tributo,
capullo espeso de acolchada seda.

Incansable la próvida Natura
propende al bien de sus diversos hijos,
ya en las flores del trópico fecundo
ya en los hielos compactos de Finlandia.
Las focas y los osos de Grenlandia
dan aceites y pieles á los hombres
que el cano invierno sin cesar acosa;
y en el trineo del lapón exiguo,
marcando apenas las pisadas leves,
infatigable el reno

tranquilo cruza las eternas nieves,
como el noble bridón firme terreno.

Cubriendo el cuerpo débil
con lana suave que al mortal extasia,
la cabra trisca en el florido valle
que envidia Europa y abandona el Asia.
Y luego, convertido por la industria,
el vellón codiciado

en los chales que teje Cachemira,
teñido en grana y en azul se mira
en los vistosos pliegues del turbante
que en torno ciñe de la trieste frente
nabab altivo del domado Oriente.

O enlazado á la mórbida cintura
estrecha el cuerpo lindo
de la virgen que bebe de las aguas
que el mar de Arabia precipita el Indo.

Del mar en los profundos arenales
el enfermo molusco aletargado
cuaja en la concha la compacta perla.
Debajo de los húmedos cristales
el pólipó, habitante de la roca,
borda en ella, en fantásticos dibujos,
atrevidos mosaicos orientales.....

Ya forma habitaciones
que hacen islas surgir del mar airado;
así brotó fecunda

la extensa y desgranada Polinesia.
Ya del pérfido oceano borrascoso
en los verdes y diáfanos raudales
fabrica audaz, en playas escondidas,
madréporas bruñidas
de retorcidos ramos de corales.

¡Sí! Todo cuanto existe es un misterio
que revela tu gran inteligencia,
desde la roja cochinilla noble
hasta el torpe, indolente
y feroz cocodrilo

que al margen duerme del fecundo Nilo.
A la fogosa cabra triscadora
con tan delgados miembros la dotaste
que parece que débil la entregaste
del lobo audaz al reforzado diente.
Pero vivaz, osada, inteligente,
con músculos de acero,
en lo empinado de la erguida roca

con su silvestre condición, bizarra
rompiendo verdes tallos, desafia
del fiero lobo la torcida garra.

Entregaste al león la cabellera
del áspera melena por abrigo;
con garras duras y defensas crueles
armaste al rey de los desiertos amo;
más no le diste la veloz carrera
con que le burla, en la feraz pradera,
el indefenso y fugitivo gamo.

Todo lo que el mortal en su porfía
puede aprender en los famosos libros
que nos legó la humana fantasía
no vale un solo día
de meditar, oh gran Naturaleza,
en tu libro de espléndida grandeza.

En cuanto el orbe cría
una virtud sublime, una belleza
nos muestra la Eternal Sabiduría
El arquitecto roba, en la estructura
de las casas que elevan los castores,
lecciones de sencilla arquitectura.
Aprende á ser enamorada esposa

la virgen pudorosa,
en lo profundo de la selva umbría
oyendo el suspirar de la tojosa;
y el sereno valor y la entereza,
el guerrero de casco centellante
aprende, contemplando la fiereza
con que vuelan al campo los bridones,
elevando soberbia la cabeza,
al tronar de los cóncavos cañones.

¡Madre Naturaleza! Tú proclamas
el poder de tu autor. Sobre tu frente
escrito el nombre del Eterno veo;
esas letras de fuego que calcinan
la mente ciega del audaz ateo.
Yo, del mundo en el piélago insondable,
insecto miserable
palidezco de miedo, si medito
en el terrible arcano inescrutable
que oscuro vela tu gigante imperio:
y oyendo de: ¡Hay un Dios! el grito santo,
al grave són del místico salterio,
la frente elevo y tu grandeza canto.

(1857),(*)

AMOR PRIMERO

TEN calma corazón y no te abatas
por implorar consolador rocío,
que si en la frente mi dolor retratas
el torpe mundo burlárase impío.

Sofoca tu pesar: haz que en mi rostro
la calma extienda su tupido velo,
que si en la arena, sin valor me postro
el hombre es cruel y gozará en mi duelo.

No sepa el mundo tu dolor tirano,
no sepa el hombre tu pesar profundo:
pues acallar tu padecer insano
ni puede el hombre, ni lo puede el mundo.

¡Jamás gocé la dicha! En lo que el hombre
halla placeres encontré el olvido.
La desgracia en su libro grabó un nombre
y ese nombre infebz, mi nombre ha sido.

Y yo lo comprendí; por eso airado
solo quise gozar mi independencía,
cual la violeta que en gentil cercado
á nadie brinda su ignorada esencia.

Y por el mundo con el rostro frío
pasé tranquilo con serena frente:
sin conmoverme contemplé el rocío,
sin agitarme contemplé el torrente.

Yo ví las flores, contemplé el oceano,
miré del monte la escabrosa falda,
hollé las fuentes en el verde llano
sin inclinar la poderosa espalda.

Miré doncellas de adormidos ojos
que me brindaban la carmínea boca;
besé sus labios palpitantes, rojos
sin comoverse el corazón de roca.

No quise amar, porque temí que al cabo
el volcán de mi pecho estallaría:
no quise ser de la beldad esclavo,
y las mujeres, sin temor, veía...

.....
.....
.....
¡Pero adoré por fin! El vivo fuego
que en mi pecho guardaba sofocado
tuvo al fin su erupción... Quedéme ciego,
y en las aras de Amor encadenado.

¡Adoré sin razón! Vírgen el pecho
para una sola conservó su lava.
¡Ay! mis ojos lloraron de despecho
al ver el alma del Amor esclava.

Largo tiempo luché: pero cansado
arrastrar me dejé por la corriente...
Le hablé de mi pasión electrizado,
y me arrullé á la orilla del torrente.

¡Ella también me amó! Dormí sereno
amante imbécil, sin razón ni juicio,
y cuando desperté de pasión lleno
¡en el fondo me hallé del precipicio!

(1848)

* Aunque esta poesía se ha publicado anteriormente, lleva la fecha del 57, porque en el ha sido notablemente corregida y aumentada.

A LOS COMPAÑEROS DE MR. GODARD

EN LA ASCENSIÓN DE LA TARDE DEL DOMINGO 20 DE ABRIL DE 1856.

¡SUBID, subid! El pueblo congregado
que la barquilla, atónito rodea,
por vuestra noble audacia subyugado
el peligroso arranque vitorea.
Oscila como mar alborotada
la inmensa muchedumbre,
y al Dios de las alturas
la tímida beldad acobardada,
hace votos, mirando vuestra vida,
por el soplo del Norte amenazada.

¡Salud, valientes! Escalad el cielo,
subid á do el condor rápido sube
y despreciad en la región del hielo,
el rayo oculto en la cargada nube.
¿No véis, no véis? la tierra desaparece,
y en el espacio que entre el globo media
y el foro dilatado,
vivo escabel á vuestra audacia ofrece,
para que digno de la empresa sea
ese oceano movable de pigmeos
que humilde á vuestras plantas hormiguea.

¡Volad! ¡Mas no! La Tempestad sombría
en las alas del Bóreas se adelanta,
y en el rayo postrero
del moribundo y borrascoso día
osada pone la invisible planta.
¡Teneos! Es locura
provocar los airados elementos
en la traidora patria de los Vientos.

La muerte en los combates sanguinosos
ó al asaltar la defendida brecha,
es probable tal vez... Pero es segura
en el espacio á que os lanzáis altivos,
si de las nubes se desprende el rayo.
¡Y qué muerte, gran Dios! Desconocida,
sin percibir del enemigo el rostro,
y sin tener siquiera la esperanza
de disputar la vida
al plomo aleve ó á la férrea lanza.
¡Teneos insensatos! ¡Escuchadme!
En batallas terribles
una es la muerte incautos; mas no cuenta
nadie las faces que tomar podría,
cuando se agita en la región vacía
el genio asolador de la tormenta.

¡Vanos votos! Cual bomba amenazante
que circulando por los aires brilla,
así en sus movimientos, arrogante,
de la arena se lanza la barquilla.
¡Ved allí los intrépidos viajeros
el éter borrascoso devorando,
con rostros placenteros
á la medrosa plebe saludando!
Las gruesas gotas de la tibia lluvia
precursoras de pérfida tormenta,
el soplo de los vientos,
las nubes que rodando se dirijen
al opuesto horizonte... Nada, nada

hace latir sus pechos de diamante,
ni poner el espanto irreflexivo
ni el pálido terror sobre sus frentes.
¿Les conocéis? ¡Miradles! ¡Sus cabezas
desnudas admirad! ¡Hurra por ellos!
Intrépido Maciá, Zayas fogoso
y arrojado á la par, Balbín sereno,
inalterable cual inmóvil roca
que fatiga á la mar... ¡También vosotros
sus compañeros hoy, subid, valientes,
de mí no conocidos! Mas en vano
llamandoos me fatigo. Entre las nubes
seguís la peligrosa travesía,
aunque al débil balon Bóreas azota,
como el vapor que en tempestuoso oceano,
impasible prosigue su derrota.

Al veros en los aires suspendidos,
la Tempestad indómita y sañuda.
entre nubes de tintes renegridos,
avanza fiera, amenazante... y muda.
Las nubes despedidas á su acento
os envuelven con redes peligrosas,
cubriendo, en derredor de vuestras frentes,
el espacio con nieblas tenebrosas.
¡Se lanza al fin audaz! Pero vosotros
de frente la miráis... y estremecida
de vuestro ardor, con miedo palidece
da un paso atrás, dudosa titubea,
y abandonando el láuro y la pelea
bramando con furor desaparece.

Yo, que asombrado palpité cual todos,
al contemplaros en la red sombría,
lancé un viva tronante de alegría
al ver que libre del pasado evento
el gigantesco globo descendía.
Y entonces me gocé con la borrasca,
con el viento y la lluvia;
y de ver vuestra audacia entusiasmado
comprimí el corazón alborozado
que con fuerza en mi pecho palpitaba,
y de cantaros arrullé el deseo,
en tanto que el festivo clamoreo
al balón en las nubes alcanzaba.

Y tú, Godard, perdona
si canté solamente
los mancebos que ráudo arrebataste
y que siguiendo tu fortuna, fieles
compartieron contigo
lances, palmas, peligros y laureles...
Intrépido aeronauta,
¿qué importa una hoja más á la corona
que el sereno valor pone en tu frente?
Así permite que mi acento ronco
suba tronante á la región vacía,
en honra sólo de la noble audacia
de esos valientes de la patria mía.

LA PESCA

CORRE por entre margen cenagosa
un arroyuelo sin bramar con saña:
puebla su cauce la flexible caña,
borda su orilla la fragante rosa.

Como ninguna, mi guajira hermosa,
sobre una peña que la linfa baña
contra los peces con furor se ensaña
la mano presta, la mirada ansiosa.

Salta alegre por fin y delirante
la cuerda tira con presteza suma,
saciar creyendo su traidor anhelo.

Y cuando fué á mirar el pez brillante
que se agitaba en la ruidosa espuma...
¡halló mi corazón en el anzuelo!

(1853)

LOS MARTIRES

REINA la paz en la extensión del orbe;
del mundo la unidad ya se ha cumplido,
y al ruído de las armas turbulento
silencio universal ha sucedido.
El triunviro feroz su nombre adusto
cambia, al tomar la púrpura usurpada,
por el nombre pacífico de Augusto;
y en estupor solemne sumergido,
soltando el mundo la sangrienta espada,
de la paz en la era,
á un suceso inminente se previene
que no conoce y que turbado espera.

En el suelo infecundo
que al despótico Herodes obedece,
el divino Mesías
prometido en la ley de los profetas,
el cordero sin mancha,
el manantial fecundo
espanto de Luzbel y sus legiones,
el esperado, en fin, de las naciones
nace en Betlhem para salvar al mundo.

Doce rústicos pobres pescadores
esparcen los brillantes resplandores
de la sublime luz del Evangelio;
y á pesar del abismo
que á la misión benéfica se aterra,
los primeros Pastores
antorchas son que alumbrarán la tierra.

Al Gólgota arrastrado,
por una plebe infiel atropellado,
en medio del triunfante paganismo
como bandido vil crucificado,
muere Jesús y ¡nace el cristianismo!

Aun no bien, entré el humo del incienso,
de los justos se elevan
las preces hasta el cielo,
sangrientas proscipciones se suceden,
y los monstruos se ceban
de la cruz en los santos defensores.
Desde el torpe Nerón y Domiciano
á Galerio feroz y Diocleciano,
diez veces la cuchilla del verdugo
siega la flor de la cristiana gente.

Y era preciso así. Con los suplicios
la cristiana virtud resplandecía.

A la Iglesia naciente
propicia fué persecución impía,
que, ofreciendo de vidas sacrificios,
su juventud valiente
y su cristiana fe robustecía.
Preciso fué la hoguera redentora
para que al orbe infiel regenerara,
y, ciñendo diadema de fulgores,
fúndase la cristiana Monarquía
sobre cuerpos de santos y doctores.

No era bastante á la implacable saña
de un pueblo vil, incrédulo y perverso
hacer morir á los inermes fieles.
Era preciso á su feroz encono
con los tormentos que aprobaba el trono,
de espanto estremecer al universo.
Al impulso de indómitos corceles
era el fiel en fragmentos dividido,
era de tigres generosa presa;
y untado el cuerpo con resina espesa,
oprimido con ásperos dogales,
alumbraban sus carnes inflamadas
del infame Nerón las bacanales.

Mas como el cedro que brotó lozano
en la cumbre del Líbano, y la lluvia
con el fecundo riego fertiliza,
así la Iglesia con la pura sangre
de sus hijos regada
robusta crece y se remonta osada
cuando sube al imperio Diocleciano.
Pero á la voz salvaje Galerio,
alza la diestra impávido, inflexible,
y al edicto terrible,
de linde á linde se agitó el imperio.

¡Postrer persecución! Pero más fiera
más terrible que todas... Era vana
la caridad cristiana
á los "ojos sin vista"
de la perversa juventud pagana.
Olvida cuando el triste Marco Aurelio
de una legión cristiana al ruego solo,

ve caer una lluvia fecundante
cuando todo su ejército moría
de sed, y el marcomano
sus sedientas legiones perseguía.
El pueblo ciego al milagroso evento,
tras tiempo breve, á la legión Tebea,
también cristiana, que á sus pies se humilla,
condena ingrato á muerte ignominiosa;
y el batallón sagrado sin moverse,
el cuello ofrece á la imperial cuchilla
y se deja diezmar sin defenderse...

De Diocleciano al pavoroso grito
los fieles del imperio se estremecen;
tiembla la virgen al clamor funesto,
los imberbes mancebos palidecen.
Rasgan las viudas el ropaje honesto,
los obispos preparan
los hombres para el último combate.
Pero nadie se abate;
y enérgicos, valientes
suspiran por las palmas del martirio,
y oponen sólo al infernal delirio
entero corazón, pálidas frentes.

Los feroces paganos
al ver así, del Cristo, á los campeones
exclaman rencorosos: "¡Los cristianos
al fuego, al agua, al potro, á los leones!"

Duros fueron los últimos combates
que á sus mansos corderos
reservó la Divina Providencia.
A la voz del impío
que bramaba de cólera y demencia,
el cristiano inocente
calabozos poblaba
y en tormentos terribles espía
el crimen de ser fiel. Del triste encierro,
por las puertas de bronce
al salir, al tirano sonreía
y lleno de valor dulce ofrecía
el cuello dócil homicida al hierro.
O de voraces fieras al estrago
inerte se entregaba,
y por sus jueces bárbaros rogaba
en los circos de Roma y de Cartago.

Fatigábanse en vano los verdugos;
de los sayones los robustos brazos
de herir cansados, sin vigor caían,
y al dividir los miembros en pedazos
las cuchillas saltando se rompían
Arrastrados los fieles á millares
á rendir á los Dioses sacrificios

en bárbaros suplicios,
con su sangre regaban los altares.
O en más noble teatro,
por excusar la lenta cimitarra,
en la arena del gran anfiteatro
del nímida león á la cruel garra
entregados, morían,
y al rechinar sus huesos divididos
al ruido de estruendoso clamoreo,
la arena con su sangre reteñían,
y ochenta mil romanos aplaudían
en las gradas del vasto Coliseo.

Y al contemplar el número de mártires
y el populoso imperio despoblado.
— "¡Ya no hay cristianos!" murmuró el impío
y sobre el trono reposó cansado.
Mas vió que se engañaba. Como el río
por el dique robusto interceptado,
que rompe la barrera
inundando furioso la pradera,
el cristianismo así, tras tiempo breve,
por el imperio todo se extendía,
y brillaban con luces refulgentes
Esmirna y Antioquía
y Corinto gentil y Alejandría.
Como el árbol florece
podado por el hábil jardinero,
la Iglesia rompe la ignorancia umbría,
vive, se extiende, se adelanta y crece
del mar de Oriente al que sepulta al día.

La Iglesia, que presenta á las naciones
por únicos blasones
la caridad por sacrosanto emblema;
la libertad del mundo sancionada;
la mujer de su oprobio libertada
como nunca el pagano la hubo visto;
por símbolo una cruz ensangrentada,
y por mártir primero á Jesucristo.

Los cuerpos comprimidos con exceso
á la presión abrumadora estallan.

Ley es moral la física.

Al firmar Diocleciano
el edicto de muerte y exterminio,
firmó también y con la propia mano,
del Evangelio el general dominio.

Del infame pagano
perseguir á Jesús era la idea,
y preparaba el triunfo inmarcesible,
por divino misterio,
del Hombre—Dios, del mártir de Judea,
á cuyas plantas se postró el imperio.
(1854)

CANTO DE KALED

¡Formad vuestros robustos batallones,
y escuche Heráclio de Medina el grito!
¡No hay sino un Dios, Mahoma es su profeta,
el orbe del Creyente! ¡Así está escrito!

¡Dios lo quiere! Cumpliendo su mandato
nuestra fe llevaremos por el mundo,
del Volga rapidísimo y profundo
al risueño y feliz Guadalaviar.
Y del duro y nevado Pirineo
hasta el áspero Cáucaso riscoso,
iremos cual centípedo coloso
que arrebatara sañudo vendaval.

Formad vuestros robustos &c.

Pasad como el Simun de los desiertos
ó rápida avalancha desprendida,
sobre esa vieja Europa ya vencida
por su torpe molicie y corrupción.
Desbaratad sus tercios impotentes,
arrastrad por el cieno sus pendones,
y colgad de la cola á los bridones
las cabezas que el sable derribó.

Formad vuestros robustos &c.

El que no humille la altanera frente
para borrar las huellas del bautismo,
que rueda ensangrentado hasta el abismo
despojo triste de feroz chacal.
¡Así está escrito! Los infieles todos
doblarán al Profeta la rodilla,
ó del árabe fiel, la fiel cuchilla
su sanguinario ardor castigará.

Formad vuestros robustos &c.

Los verdes estandartes de Mahoma
recorrerán la temerosa tierra,
y alzando el grito de exterminio y guerra
vuestros soldados vencerán do quier.
¡Animo fieles! Desnudad el hierro;
la Europa entera con pavor sucumba;
que para el bravo á quien se abrió la tumba
Alá formará delicioso Eden.

Formad vuestros robustos &c.

Más ¿quién piensa en morir? ¡A ellos, valientes!
Después que conquistemos noble gloria,
si morimos, el canto de victoria,
á los cantos de muerte se unirá.
Los que sucumban mirarán, del cielo,
con placer puro, las conquistas nuestras,
las palmas del martirio entre las diestras,
en las sienes la aureola de la Paz.

Formad vuestros robustos &c.

¡Creyentes verdaderos, vuestras lanzas
esgrimid al instante vengativos!
Los infieles, ó mírense cautivos
ó el cuello rindan al potente Alá!
Adoren reverentes al que errante
y fugitivo abandonó sus lares,
y al través de los montes y los mares
hará que triunfe el vencedor Islam.

Formad vuestros robustos &c.

Las arenas del cálido desierto
trocaremos por valles florecientes,
y en ciudades de mármoles lucientes
descansaremos del pasado ardor.
Y veremos, gozando en sus cadenas,
en ardientes y lúbricos placeres,
en nuestros blandos lechos sus mujeres
que brillan más que el esplendente sol.

Formad vuestros robustos &c.

Sus mujeres con labios de granates,
granates vivos que el Amor anhela,
con los ojos ardientes de gacela,
con el seno de lirio y de carmín.
¡Las hembras son del que valiente logra
conquistar con la lanza sus favores!...
¡Animo pues, y besen los amores
la frente audaz del árabe adalid!

Formad vuestros robustos &c.

¡Venid, creyentes! Del Korán divino
por todo el orbe estableced las leyes!
¡Como á manada de serviles bueyes
la incircuncisa gente atrahillad!
¡Venid, venid, y del infiel impuro
teñid de sangre la bordada ropa!...
Después del Asia, caerá la Europa,
después de Europa, el Africa caerá.

Formad vuestros robustos &c.

¡Dios nos protege! Donde quier que audaces
las victoriosas armas presentamos,
cien naciones potentes arrollamos
venciendo siempre desdeñosa su altivez.
¡Siempre adelante! ¡Exterminad, valientes!
¡Feliz quien bravo combatiendo muere!
¡Si el mundo entero la impiedad prefiere,
del mundo entero cementerio haced!

¡Formad vuestros robustos batallones,
y escuche Heráclio de Medina el grito!
¡No hay sino un Dios, Mahoma es su profeta,
el orbe del Creyente! ¡Así está escrito!
(1848)

A TERESA

ELEGÍA

¡OH sombra venerada
de la mujer purísima que un día
contemplé enamorada
de amores abrasada;
y que la pena mía
calmó halagüeña con ternura pía!

Perdona, si mi canto
lloroso vuela á tu mansión de gloria;
si en fúnebre quebranto
derramo acerbo llanto
al recordar la historia
que es tormento y placer de la memoria.

¡Cuán bella y pudorosa
te vió brillar el alma del poeta,
cubana candorosa;
no cual altiva rosa,
sino pura, discreta,
aromática y tímida violeta!

En tu pupila bella
verde, como pensil no profanado,
se posaba, oh doncella,
la paz como una estrella
que disipa el nublado
y apacigua el oceano alborotado.

Contenta y reposada
jamás soñaste en prodigar amores;
tu frente despejada
se vió solo turbada
mirando los dolores
que son, del campo del mortal, las flores.

¡Y yo turbé tu alma,
y quise amante entre mis brazos verte!...
Yo marchité la palma
de tu serena calma...
¡Y llegué á poseerte!
Y... ¡fué mi amor prelude de tu muerte!

Herido y sin consuelo
yo por el mundo sin amar pasaba:
yo te juzgué en el suelo,
mensajera del cielo;
que el pecho que no amaba
amor no obstante sin cesar buscaba.

Amaste, mi querida,
al hombre ya de corazón gastado;
y de amores rendida
ligaste á mi tu vida...
¡A mí, que desalmado,
dejé tu corazón despedazado!

¿Por qué tu alma inocente
al poder se rindió de mi trovada?
¡Ay! ¿Por qué indiferente
mi desteñida frente
no miraste arrugada
del dolor por la mano profanada?

Más ¡ay! los huracanes
que reflejaba mi pupila fría,
y mis crudos afanes,
fueron los talismanes
con que la suerte impía
me abrió tu corazón, Teresa mía.

¡Pobre garza entregada
á las garras del guincho carnicero!
Tu juventud preciada
minó la suerte airada;
y fué tu amor primero
dogal, que al cuello te ceñí, de acero.

Mientras miré contento
pasar serena tu apacible vida,
no tuve ni un momento
voraz remordimiento;
pero al mirarte herida
y en el sepulcro para siempre hundida,

en mi torné, admirado
de haber podido emponzoñar tu suerte..
Postréme avergonzado,
lancé sollozo ahogado...
Mas ya no pude verte,
que nada aplaca á la inflexible Muerte.

¡Tan joven, tan hermosa,
subir tan pronto á la región vacía!
¡Esconderte en la fosa
resignada, amorosa!
¡Dulce Teresa mía,
¡cuán sublime estuviste en la agonía!...

¿Por qué el Omnipotente
marchitó la naciente primavera?
¿Por qué dobló inclemente
tan delicada frente,
y con segur severa
te hirió de muerte, virgen hechicera?

¡Mas lo quiso..... y caíste!
Hasta su trono divinal te alzaste.
Cuando allá sonreíste;
con sonrisa tan triste
el rostro á Dios miraste,
que á los ángeles mismos admiraste.

Ahora que sentada
serena estás en el celeste coro,
no escuches irritada
mi fúnebre trovada...
tú, que ya con decoro,
la frente muestras con diadema de oro.

¡Mártir desventurado
que respiras de Dios el puro aliento;
mírame prosternado,
y siempre devorado
por el diente sangriento
del áspero infernal remordimiento!

Olvida la memoria
de lo pasado, para mí, inclemente:
olvida allá tu historia;
y un rayo de tu gloria
refleja blandamente
en signo de perdón sobre mi frente.

Perdón, ángel del cielo,
perdón para tu amante prosternado:
cúbreme con tu velo;
y con celeste anhelo
veréme consagrado
en tus alas de arcángel cobijado.
(1849)

CONFIANZA *

TRES veces la luna llena
bañó con su luz el cielo,
desde que la espalda diste
á las casas de mi pueblo;
y en las horas que ha arrastrado
entre sus alas el tiempo,
se ha llevado mi esperanza
sin quitarme tus recuerdos.
Apenas el alba asoma
tomo en el portal asiento;
el sol me mira al hundirse
sentada en el mismo puesto.
Si el vecino palmar cruje,
imagino que, en el viento,
á mí viene tu suspiro
prolongado por el eco.
Y aun escuchar me parece,
en tan solemnes momentos,
de tu trinitario potro
el tronante gualtrapeo.
¡Y no vienes! Y las horas
prosiguen el curso lento,
y la razón despedaza
las ficciones del deseo.
De mi confianza amorosa
se burlan ya los monteros;
me aconsejan las amigas
que te borre de mi pecho.
No falta quien me asegure
que es falso tu galanteo,
y que loca, en esperarte,
mis mejores años pierdo.
Yo sola en tu amor confío
en fe de tus juramentos;
sólo yo te hago justicia,
yo sola en tu amor espero.
Que aunque digan que es locura
pretender que un *caballero*
tome á una niña ignorante,
que no salió de su pueblo,
para dividir con ella

sus pesares y su lecho;
yo imagino, cielo mío,
que, para sentir cual siento,
aprender no me hace falta
los mentirosos enredos
de los libros que me diste
y de vez en cuando hojeo.
Yo no sé sino adorarte,
encontrar en tí mi cielo,
en tus brazos mis delicias
y mi música en tus besos.
Pero sé derramar llanto
si me irritas con tus celos...
y vivir por quien me quiere
y morir por el que quiero.
Si anhelas un imposible
habla, ingrato, y al momento
lo hará posible la fuerza
del amor que te profeso.
Me han dicho que te preparas
á casarte en este invierno;
serás causa de mi muerte,
si es verdad tu casamiento.
Tan ligada está mi vida
á tu amor, que en tu himeneo,
las campanas que repiquen
pueden doblar por mi entierro.
Pero son temores vanos:
tal fe en tu cariño tengo
que aun antes que de tí dude
de mí propia dudar quiero.
Podré en los altares verte
pronunciar el juramento,
y nadie podrá obligarme
á creer lo que esté viendo.
Tu podrás con alma dura
tus promesas dar al viento...
Mas al decirme: ¡Te olvido!
Responderé: ¡No lo creo!

(1855)

* Este romance, lo mismo que los demás de este tomo, forma parte de una colección que escribimos. Algunos han sido publicados en la "Floresta", la "Piragua" y otros periódicos literarios de la Habana. A excepción del presente y del último, son inéditos todos los que damos en este volumen.

RECUERDOS DE LA INFANCIA

Estos los campos son donde corría
hollando flores de exquisita esencia;
este monte que forma una eminencia
me vió cuando al insecto perseguía.

Este mamey sus frutos ofrecía
á mi pueril y cándida impaciencia,
y en campestre y feliz independencia
miré en sus troncos reflejarse el día.

En aquel techo de sonante guano
me inspiró Rosa mi primer cariño
medio rústico y medio cortesano...

¡Oh, campos, al mirar tan verde aliño
el joven corazón me late ufano!
¡Hombre os bendice el que os amaba niño!

(1853)

ESCLAVITUD VOLUNTARIA

De hinojos en el templo,
postrada al pie del Cristo,
oh virgen, yo te he visto
bañada en suave luz.
Y en tí, mi bien, tan sólo
mis ojos se han fijado,
que á todas ha eclipsado
tu gracia y juventud.

Aquí en los patrios bosques
que élévanse robustos,
domina á los arbustos
la seiba colosal;
lo mismo descollabas,
altiva como bella,
oh tú, mi blanca estrella,
de aurora tropical.

Tú empero, tú no viste
mi incógnito suplicio,
atenta al sacrificio
del árbol de la cruz.
Y en tanto yo decía
perdida la cordura...
No existe una hermosura
tan bella como tú!

Y, luego te alejaste,
envidia de las bellas,
llevando de tus huellas
los jóvenes en pos.
Hollando un pueblo dócil,
inerte, aunque bizarro;
así adelanta el carro
del fiero vencedor.

Así como resbala
con paso lento, frío,
el límpido rocío
por diáfano cristal,
tus ojos me miraron
y no se detuvieron...
¡Tal vez en busca fueron
de un pérfido rival!

Y yo que te seguía,
por una ley secreta,
cual sigue á su planeta
satélite fugaz;
sintiendo los perfumes
ardientes que exhalabas
sentí que me robabas
la dulce libertad.

Yo siento que el orgullo
circula por mis venas,
y beso mis cadenas
con santa gratitud.
Yo pienso que al servirte
mi vida se ennoblece,
soy siervo que agradece
su dura esclavitud.

Y ¿cómo de otra suerte
pudiera ser, doncella,
si tu eres la más bella
del Cauto al Almendar?
La luz de tus pupilas
es, virgen cual ninguna,
un rayo de la luna
tendido sobre el mar.

Tu undívago cabello
luciente centellea,
diadema que rodea
tu frente de jazmín.
Y envidia el movimiento
que anima tu cabeza
la palma en la maleza,
la rosa en el jardín.

Tus dientes son más blancos
que perla abriantada
al mar arrebatada
que ciñe al Indostán.
Tus labios voluptuosos,
de púrpura teñidos,
pedazos desprendidos
de un ramo de coral.

La gracia con que doblas
el cuerpo voluptuoso,
tu talle delicioso,
tu pompa y majestad,
envidia, al contemplarte
celoso y despechado
el junco que ha brotado
al pie del manantial.

El nómada que corre
el tórrido Sahara,
al ver tu linda cara,
tus labios de clavel,
sin duda te diría
rosal en verde huerto,
gacela en el desierto,
palmera en el Eden.

Del Ganges en las tierras
el indo que sediento
robara de tu aliento
la rosa y alelí,
dijera que es tu labio
arábica pastilla,
perfume de vainilla
y esencia de benjuí.

Así mirando, virgen,
la lumbre de tus ojos,
el alma, por despojos,
á tí consagraré:
la frente que otro tiempo
alcé enorgullecido,
humilde y abatido
con mengua inclinaré.

Empero no receles
¡ay Dios! que un solo acento
se eleve á tí sediento
de estéril compasión.
Há tiempo que mi frente
del mirto he despojado,
há tiempo que he abjurado
las glorias del amor.

Yo sólo quiero, hermosa,
que suaves y veladas
se vuelvan tus miradas
al férvido cantor:
y nunca en tu sonrisa
un dulce afecto note...
¡y nunca por mí brote
tu "lágrima de amor!"

(1854)

TU LUNAR

Como el árabe fiel que en noche triste,
al rápido fulgor de viva lumbre
de súbito relámpago, percibe
ante sus mismos pies florido oasis
que en medio de la arena resplandece
del tórrido Sahara... así, bien mío,
cegué por un instante percibiendo
tu precioso lunar. En vano, en vano
quiero de entonces olvidar su brillo,
que su memoria me persigue eterna
estampada con rasgos indelebles
en la mente de fuego. ¡Cuál bendigo
del chal la indiscreción que suavemente
al descender de tus ebúrneos hombros,
me dejó percibirlo! ¡Dulce mancha,
hechicero lunar! Sintiendo acaso
la prisión en que osada lo sepultas
parece que pretende con audacia,
de entre los blancos pliegues del ropaje,
volar desde los hombros hasta el cuello.
¡Cuál sabe su poder! Aunque pretendes
recelosa ocultarlo porque brilla
donde el seno turgente se levanta,
él pugna por hallar salida libre,
y á cada leve movimiento dulce
que hace abrir la pintada muselina
sus contornos purísimos asoma,
recibiendo tributo merecido
de todos los mortales. ¿Por qué intentas
vedarme, cruel, la seductora magia
de esa mancha de fuego? Amor la quiso
poner en ese cútis porque fuera
foco sutil de tentación sabrosa!

¡Oh, cómo su color oscuro luce
del seno duro en la apretada nieve,
nieve que Venus animó traviesa
para tormento del Amor celoso!
¡Cómo parece á mi fogoso anhelo
abeja parda que en el cáliz bebe
de una blanca y silvestre campanilla!
¡Cómo lo cree mi pensamiento loco
aislada mancha en la blancura tersa
del mármol duro que produce Pinos!
¿Por qué lo ocultas, dí, cuando él pretende
salir á luz, y con sus galas fiero
hacerte digna de los cantos dulces
de las arpas de Cuba? ¡Oh, si pudiera,
con qué placer fogoso el labio mío
tu lunar comprimiera! ¡Cómo hirviente
á la presión de mi ardoroso beso,
tu precioso lunar palpitaría!
¡Cómo ya delirante!... Mas perdona,
perdona mi arrebato... Yo te adoro
y no te ofenderé... Con mis palabras,
aunque nacidas de pasión inmensa,
no quiero lastimar esos oídos
de virgen y mujer. Tan sólo quiero
que aunque pretendas ocultarme tanto
tu precioso lunar, el blanco traje
en indiscreta oscilación se abra
y verlo me permita; que á su aspecto
feliz me creeré más que el poeta
que en los Juegos Olímpicos laureado
de Grecia toda mereció coronas.

(1850)

ULTIMO AMOR

¡Oh Cuba, nombre dulce, indefinible
á cuyo acento por mis anchas venas
la sangre al corazón se precipita!

Relucientes arenas
del florido Almendares que apacible,
en dulce movimiento,
blandamente recorre las amenas
cubanas huertas al rumor del viento;
palmas altivas, seibas sonoras,
agrestes sierras, playas espumosas
que ataca el mar con ímpetu violento;
tierra de promisión de que es escudo
el bramador oceano;

dulce Eden del Amor... ¡Yo te saludo!

¡Yo te saludo, sí! Porque fecunda
la mano del Señor, oh patria mía,
adornó tu recinto perfumado.

La masa ronca y fría
del indomable oceano te circunda
con ceñidor flotante
de espumas de rizada encajería.
Tus árboles de copa murmurante
y tus brisas marítimas halagan
á los ganados que en tus bosques vagan,
y nuestro sol fecundo y centellante
brinda al aura, en incógnito santuario,
habitación secreta
en montañas de mármol estatuario.

Ungida la melena con olores
naciste, como Venus de los mares,
trigueña virgen que la frente adorna
con cinto de palmares.
Besado por los púdicos amores
tu casto seno brilla,
y cansada reposas en tus lares
tendido el cuerpo en la ríscosa orilla.
Tus divinos contornos azotando,
esa mar que te abraza murmurando
su ronca voz á tu mirada humilla,
y, más hermosa que la mar de Italia,
en espumas se rompe
al sentir la impresión de tu sandalia.

Lanza rayos, que incendian, tu pupila,
tus hebras se derraman por la espalda,
y el verde manto que del hombro pende
afrenta á la esmeralda.
Aunque la mar que amenazante oscila
bramante las repela,
parece que se arrojan á tu falda
Florida, Yucatán y Venezuela.
Baluarte rico de la mar Caribe,
tu frente besos del Amor recibe;
y del norte avanzado centinela
en las olas del Seno mexicano;
al ver tu gallardía,
hija te llama Dios, reina el oceano.

Tal vez, tal vez mi loco atrevimiento
me lleve á más espléndidas regiones.
La frente hollando de la mar indócil
de Europa las naciones
visitaré de ilustración sediento.

La romántica Suiza
escuchará en sus lagos mis canciones.
Veré á Roma que el mundo diviniza;
á Florencia, á Parthénope, á Ravena
y á Venecia, la adriática sirena
que el despotismo austriaco tiraniza.
Evocará cien héroes mi arrogancia,
y escucharán mi canto
en Grecia Byron, Bonaparte en Francia.

O ilustradas naciones desdeñando
del Sahara hollaré los arenales
y los desiertos de la libre Arabia.

Por los tersos cristales
del mezquino Jordán iré vagando;
pensaré en Macedonia
al ver de Alejandría los fanales
ó el delicioso clima de la Jonia.
A los beduinos pediré un asilo,
los manantiales buscaré del Nilo;
y donde estuvo altiva Babilonia
demandará mi descordada lira
á las sombras que vagan
por las ruínas extensas de Palmira.

¡Seré feliz! Las rústicas grandezas,
los monumentos célebres, la gloria
harán que lata mi entusiasta pecho
con esa muda historia
que en piedras eterniza las proezas.

Inspiración sagrada,
tronante como un grito de victoria,
rodará por mi frente entusiasmada.
Iré del llano al elevado risco
y del arco triunfal al obelisco...
Mas ¡ay de mí! Con lengua sofocada,
al mundo, entonces, pediré afanoso
la palma altisonante,
la indiana seiba y el mamey frondoso.

Doliente y afligido, aunque mi planta
la frente huelle al Himalaya helado,
demandaré mis cañas bulliciosas
al cielo despejado.
A Albión altiva que á la mar quebranta,
pediré deliciosas
las tardes de mi trópico inflamado,
mis aguas puras, mis gallardas rosas,
mis estrelladas noches y mañanas,
las fuentes de mis tórridas sabanas,
mis brisas de los mares cadenciosas...
y en suma, esas doncellas tropicales
que de los labios vierten
la dulcísima miel de los panales.

¡Ley es fatal! Naturaleza escribe
con ígneos indelebles caracteres
esa ley general dentro del pecho.

En los humanos seres
el amor de la patria sobrevive,
vencedor de la ausencia
y de extranjeros goces y placeres.
El lapón, trasladado con violencia
del Indostán á los brillantes montes,

extraña allí sus vagos horizontes,
sus chozas y su dura independencia;
mientras que pide el libio en triste lloro
á la apacible Italia
su sol de fuego y sus arenas de oro.

Por tan sublime impulso dirigida
de Tell la flecha con fragor silbando
desgarra el manto tutelar de Alberto.
Por él, "guerra" clamando
la inmensa multitud sobrecogida
las legiones ufanas
del invasor terrible contrastando
muere en Leuctres, Termópilas y Canas.
Por él Catón muriendo se engrandece,
y triunfa Bruto y su ofensor perece;
y del audaz Hiparco, haciendo vanas
las duras leyes que sanciona el odio,
con verde mirto cubre
su fiel espada el vengador Harmódio...

¡Oh, Cuba dulce, perla brillantada,
tierra del sol, Edén resplandeciente!
¿Quién más bella que tú? ¡Mundo, responde!
Un sol más esplendente,

una atmósfera azul más despejada
no existe bajo el cielo
del Sur al Norte, ni de Ocaso á Oriente.
Si alguna vez, acaso, patria mía,
gimes de horror con pálidos afanes,
al tronar sobre tí los huracanes,
más hermosa despiertas todavía.
Como levanta con orgullo nuevo,
después de la batalla,
la herida frente el lidiador mancebo.

Yo... mísero cantor, solo y perdido,
sin amores y en hondo desconsuelo
padezco sin cesar, el alma presa
de fúnebre desvelo.
El corazón con rápido latido
"Cantor, con una amante,
así me dice, encontrarás consuelo".
Yo quiero obedecer. ¡Arda incesante
el fuego del amor! ¡Venid con rosas,
oh dryadas de mis campos amorosas!
¡Alzad al cielo un himno delirante!
¡Mirad mi deposada! ¡Lluevan flores!
¡Yo, Cuba, te proclamo
"la vírgen de mis últimos amores!"
(1853)

LA MUERTE DE LA BACANTE

(PARA SERVIR DE ARGUMENTO Á UN CUADRO)

ERÍGONE en desórden la melena.
de Venus presa, con ardor salvaje,
oculta apenas en el griego traje
los globos de marfil y de azucena.

El seco labio que el pudor no frena
del lienzo muerde el tempestuoso oleaje,
y rasgando el incómodo ropaje
besa y comprime la tostada arena.

Ebria de amor, frenética de vino,
en torno extiende la febril mirada,
mal tendida en las piedras del camino.

Y al contemplarse sola, despechada
se oprime el pecho, con rumor suspira,
cierra los ojos, y gozando espira.
(1853)

EL CORSARIO

EN un negro bajel que destrozaron
batallas duras y azarosos viajes,
triste cantaba trovador marino
á compás de la brisa susurrante:

‘Yo, marino de amor, de nuevo surco
las claras ondas de los patrios mares:
torno á la playa que partir me viera
y de llanto se inunda mi semblante.

¡Ay! ¡Cuán diverso mi bajel cansado
volvió á ver de mi costa los fanales,
de aquella que en un tiempo audaz y fiera,
zarpó del puerto, vencedora nave!

Ha deshecho sus cóncavos costados
el bronce destructor de los combates,
y sus lonas y drizas deslustraron
con el soplo feroz las tempestades.

Tú, Juventud, que en el dorado busto
de la soberbia proa te elevaste,
fuiste, al fin, en el Ponto sumergida
á tanto duro destructor embate.

En vano, en vano mis flotantes rizos
con perfumadas flores coronaste;
ya cayeron marchitos y sin hojas
de mi frente los blancos azahares...

¡Olvide siempre el borrascoso día
en que, presa de fiebre delirante,
hastiado ya del apacible puerto,
las blancas lonas desplegué á los aires!

A toda vela devoré el oceano
dejando de mi patria los hogares,
y ofreciendo á la brisa juguetona
mi soberbia bandera de combate.

Con guirnaldas de flores y con cintas
cubrí la popa y los altivos mástiles,
y entre flámulas mil y banderolas
suspendí en el alcázar mi estandarte.

No hubo ñave que viendo mi divisa
al corsario de amor contrarrestase,
y todas las banderas se humillaron
al mirar extenderse mi velámen.

Rico de naves, pero hastiado siempre,
dejé las presas que gané con sangre,
abandonadas en la estéril playa
de alguna costa de región salvaje.

Si otro bajel, mis presas disputando,
á mi marcha se opuso amenazante,
al tronar de mis cóncavos cañones
audaz lancé mi gente al abordaje.

Y siguiendo mi curso despedido,
arrancados á estúpidos rivales,
los mirtos del Amor, sobre mis sienes,
sombra dieron al pálido semblante.

Mas ¡ay! A cada triunfo vió más débil
el cansado bajel su mole grave
y los secos maderos recrujían
del ancho mar al peligroso embate.

Deshicieron mis lonas y banderas
del vendaval las ráfagas fugaces,
y miré destrozadas mis entenas,
pues cada triunfo me valió un combate...

¡Adios los sueños de dorados goces
al rumor de mis cánticos marciales!

Inútil el bajel ya busca el puerto
dejando de la guerra los azares.

Que fué tan rica la postrera presa,
que aquel que nunca palpité cobarde,
ya teme que un corsario aventurero
su conquista magnífica arrebate.

Al abrigo del puerto sosegado
en paz tranquila viviré constante,
y en la apresada nave mi bandera
desplegarán los plácidos terrales.

¡Ay! Yo pude hace tiempo sosegado
con la serena paz alborozarme
sin desafiar las lúgubres borrascas,
cuando era joven mi bajel pujante.

Entonces, orgulloso, por el día
vestido hubiera del placer el traje;
volando por la noche á mis festines
al brillo temblador de mis fanales.

Mas, tarde conocí mi desacuerdo,
y al buscar el reposo de mis Lares,
el mísero bajel sostiene apenas
de las olas del puerto los embates.

Destrozados sus mástiles altivos
cayó al mar desgarrado mi estandarte:
¿espada al vendaval ofrezco
mi soberbia bandera de combate...

¡Oh, jóvenes marinos, que en el puerto
queréis surcar los procelosos mares;
vivid tranquilos en la patria orilla,
no busquéis del amor las tempestades!

Haced que se deslice vuestra barca
de una tranquila mar por los cristales,
que si habéis de tornar al puerto amigo
¿por qué esperar á que los años pasen?"

Cesó el corsario. Un trémulo suspiro
le contestó de la apresada nave;
y flameó su bandera destrozada,
destrozada, es verdad, pero arrogante.

(1856)

PROFECIA A JERUSALEN

¡GUAY de tí, ramera osada
que brindas la infame sien
á esa plebe degradada!
¡En tu crimen obcecada,
guay de tí, Jerusalén!

¡Guay de tí! Tu servirás
á las naciones de ejemplo;
y aunque tan soberbia estás,
las rojas llamas verás
que han de consumir el Templo;

cuando la gran población
que dentro del muro encierras,
en tan varia confusión,
diezmen las hambres, las guerras
y la civil disención;

cuando mires cien rivales
disputarse tu gobierno,
que te ostigarán fatales
con espadas y puñales
y rencores del Infierno;

cuando te mires esclava,
sin paz, ni judaicas leyes;
bajo el poder de unos reyes
que en ignominiosa traba
encadenarán tus greyes;

cuando de miseria lleno
el pueblo, de dicha ajeno,
demande pan con la lanza,
tomando cruda venganza
del Juez infame y del bueno;

cuando venga de Occidente,
tras un caudillo valiente,
tropel de adustos guerreros
que clavarán los aceros
en tu mutilada frente.

¡Guárdate, pueblo inhumano,
ya para siempre maldito,
cuando llegue un Vespasiano
que deje el hierro en la mano
de un inexorable Tito!

Mira en el llano oscilar
sus legiones tumultuosas,
mírales juntos y al par,
con máquinas poderosas,
tus murallas asaltar.

¡Ay! ¿No escuchas de la llama
el zumbido atronador,
ni el hierro del vencedor
que siega al pueblo que clama
por su muerto Salvador?

¿No escuchas ya confundidos
el sonar de los clarines,
los ayes de los heridos
y los roncros alaridos
que atraviesan tus confines?

¡Qué escena desgarradora
vas á presenciar Salen!
¡Cómo tu profeta llora
tu suerte que ya no ignora
y tu ignominia también!

Los árabes escuadrones
vendrán con rojiza tea
tras las romanas legiones,
y nunca entre las naciones
será contada Judea.

Entonces será el llorar
y el atornar los oídos
con lastimeros gemidos;
entonces será el lanzar
al espacio ayes perdidos.

Entonces será el perderte
en recuerdos de otros días,
y llorar la triste suerte
del Sér á quien diste muerte
entre blasfemias impías.

Entonces recordarás
tantas penas y baldones;
entonces suspirarás
cuando errante vivirás
entre bárbaras naciones.

¡Pueblo, llegarás á ver te
sin esperanza, sin luz;
llorando la triste suerte
del Sér á quien diste muerte
en el árbol de la cruz,...

¡Guay de tí, ciudad malvada
que de la divina sien
sangre vertiste sagrada!
¡Guay de tí, Jerusalén,
de tu Dios abandonada!

(1849)

LA MADRE INFAME

I

LA triste huella del nocturno lloro
muestra joven beldad sobre la frente,
bajo artesones en que brilla el oro,
sobre tapices que bordó el Oriente.

Tenaz la oprime abrumadora idea,
ante los hombres la mirada humilla,
y una lágrima férvida se orea
en el mustio carmín de su mejilla.

De la conciencia al implacable grito
rechaza los adornos centellantes,
que no oculta la huella del delito
el brillo temblador de los diamantes...

¡Ay infeliz de la beldad que sueña
placer y amor al rayo vespertino,
si al fin comprende que su amor desdeña
ya satisfecho el torpe libertino!

¡Ay infeliz de la que fiel suspira
por consagrar su amor en los altares,
si ajada y rota en el cieno mira
su corona de blancos azahares!

¡La doncella que presta al loco amante
la llave del honor en el misterio,
fácil es prostituya, en adelante,
el tálamo nupcial al adulterio!

II

En las sombras de noche cenicienta
cuando reposa la ciudad dormida,
y al áspero bramar de la tormenta
se conmueve la tierra estremecida;

un hombre temeroso y anhelante,
trémulo el paso, la mirada incierta,
depone tierno y sonrosado infante
del mudo Hospicio en la cerrada puerta.

Y cuando asoma la gentil mañana,
mientras la faz en el embozo esconde,
el monótono són de la campana
al ¡ay! del niño con pavor responde.....

¡Y es fruto del amor; entre placeres
y apasionados raptos concebido!
Y luego... ¡Y tales madres son mujeres!
abandonado al hambre y al olvido.

¡Por salvar el honor de la familia
y porque el mundo á la pureza aclame!
¡Honor mentido que al delito auxilia,
honor que roba y asesina infame!

¡Honor, sin duda, extraño el que avasalla
á las que así con sangre se redimen,
y del materno amor el grito acalla
y oculta el crimen duplicando el crimen!

III

Y vos, patricia, viviréis dichosa,
ó lo pensáis al menos, aturdida
cubriendo con el velo de la esposa
vuestra corona virginal rompida.

Podréis dormir en recamado lecho,
vivir en la oriental magnificencia...
¿Pero podréis ahogar en vuestro pecho
el grito acusador de la conciencia?

Al empezar la tenebrosa noche,
¿no teméis, respondedme, que algún día,
solo con vos en el cerrado coche
miréis espectro de apostura umbría?

La cortesana vil que muestra al hombre
el fruto criminal de su torpeza,
honra, mejor que vos, el alto nombre
que á las madres cedió Naturaleza.

¡La tímida tojosa con las alas
su nido cubre cuando al hombre mira;
y vos, madre inmoral, vestís de galas,
y el hijo vuestro en el silencio espira!

Hora que estáis con el vistoso traje
del baile arrullador en el camino,
escuchad, en mi enérgico lenguaje,
la voz tronante del feroz Destino.

IV

Ese joven mirad de rostro bello
con el sayo fatal del delincuente,
en desórden los rizos del cabello,
con el espanto en la turbada frente.

Como bestia feroz agarrotado,
al pecho la templada bayoneta,
en estupor profundo aletargado
dirije en torno la mirada inquieta.

Toman sus guardas con la presa ufanos
de la bárbara máquina el camino,
que han sorprendido en sus terribles manos
el sangriento puñal del asesino...

Hijo del mundo, en mísero abandono,
y por su torpe madre desechado,
sin amor en la tierra, el duro encon
probó del hombre, el mísero afrentado.

Cuando lloraba, con la furia ciego
al recibir inmerecido ultraje,
jamás oyera maternal el ruego
que desarmara su rencor salvaje.

¡Temblad, señora! De terrible suerte
abatirá el suplicio su arrogancia.
¿Será, tal vez, el condenado á muerte
el niño que expusistéis en la infancia?

V

Procaz en la mirada, y altanera,
con traje airoso y crujidor de raso,
ved la joven y estúpida ramera
marchar enhiesta con lascivo paso.

Por ojos muestra rutilantes soles,
descarnan sus mejillas los deleites,
y nos finje encendidos arreboles
con el rico matiz de los afeites.

Con excitante esencia dizfrazando
del cuerpo vil la corrupción naciente,
á la tím id vírgen insultando
levanta audaz la profanada frente.

¡Miradla bien, señora! Cuando niña
expuesta fué la joven desdichada;
hora ya véis como su cuerpo aliña
para llamar al hombre á su morada.

¡Ah! ¡Miradla y temblad! Sierpe rastrera
ponzoña vierte en su letal estancia...
¿Será, tal vez, la impúdica ramera
la niña que expusistéis en la infancia?

¡Llorad, llorad, escándalo del hombre,
vuestro pasado y porvenir funesto,
que en cada niño que nació sin nombre
veréis, oh, tigre, al infeliz expuesto!

(1855)

LOS QUINCE AÑOS

MAMÁ, cumplí por Agosto,
 hay dos meses, quince años:
 y desde entonces ¡qué tristes
 son los instantes que paso!
 Sin causa alguna me aflijo,
 y es mi dolor tan amargo,
 que á duras penas contengo
 los raudales de mi llanto.
 Y á poco, también sin causa,
 serena miro el espacio,
 y con alegre impaciencia
 frenéticamente salto.
 Mis amigas me incomodan,
 me fatigan mis hermanos
 y arrojó, cuando las tengo,
 las flores de mi cercado.
 Lo que ansiaba delirante
 me fastidia á breve rato,
 y busco lo que hace poco
 mis miradas despreciaron.
 El libro que loca hojeo
 se desliza de mis manos,
 y la aguja permanece
 inmóvil en mi bordado.
 ¿Para qué deseaba torpe
 llegar á los quince años,
 si esta edad sólo me trae
 amarguras y cuidados?
 Bernardo, el hijo más joven
 de ese rico arrendatario
 que cultiva, por sí solo,
 casi la mitad del Hato,
 ignoro por qué motivo
 siempre me sigue los pasos,
 y ha de correr á mi encuentro
 siempre que al camino salgo.
 Si consigue hablarme á solas
 me dice: ¡Belén, te amo!

Me repite que soy bella,
 me pregunta si me caso.
 Y... mamá yo le aborrezco;
 que siempre que me da el brazo,
 ocultándose de todos,
 quiere tomarme la mano.
 És preciso que no vuelva
 el perverso á visitarnos
 ó cuando él esté en la sala
 no he de salir de mi cuarto.
 ¿Qué es esto que me atormenta?
 ¿Por qué yo que fuí en el campo
 tan alegre y juguetona,
 ni corro el batey á saltos,
 ni persigo las higuanas,
 ni voy á pescar al charco,
 ni quiero cojer los nidos
 de rabiches ni de mayos?
 Ahora en todo lo que veo,
 mamá, reflexiono: y tanto,
 que se abrasa mi cabeza
 como herida por el rayo.
 Mirando ayer dos palomas
 posadas en seco ramo,
 rizarse las suaves plumas
 con arrullos y aleteando,
 sentí un dolor en el pecho
 tan agudo, tan insano,
 cual si una flecha de fuego
 me hubieran en él clavado.
 Luego en éxtasis profundo
 permanecí tiempo largo,
 y... pensé, al mirar las aves,
 en los ojos de Bernardo.
 ¿Qué es esto, mamá, qué es esto?
 ¿Éstos son los quince años?
 ¡Malhaya entonces, malhaya
 edad que me cuesta tanto!

(1856)

RESIGNACION

EN vano con tus bárbaros desdenes
 piensas herir mi corazón de fuego:
 el frenesí con que te adoro ciego
 tus iras trueca en regalados bienes.

En vano por mi amor me reconviene
 y el rostro vuelves á mi estéril ruego;
 y cuando acaso á tu presencia llego
 coronas, cruel, de mi rival las sienas.

Cuando Efigenia sin temor veía
 el paternal cuchillo enarbolado,
 como un favor la muerte recibía.

Y yo, sintiendo el golpe inesperado
 como viene de tí, gacela mía,
 beso el puñal y espiro resignado.

(1850)

LA PIRAGUA

*No hay estrellas y la Brisa
barre el húmedo arenal
¡Pronto, pronto, que en la aurora
nos hacemos á la mar!*

CUANDO alzaban sus caneyes
los venerados behiques
de los nobles siboneyes,
de la costa se lanzaban
y ese mar atravesaban
en piraguas los caciques.

Y escucharon
las oleadas
agitadas
de la mar,
caracoles
y marciales
atabales
resonar.

Con rojas plumas, con bellas flores
hoy la piragua se adornará:
viendo su forma graciosa y bella
¿quién á su centro no saltará?

No hay estrellas y la Brisa &c.

Y nosotros arrogantes,
oh doncellas, prometemos,
por las olas espumantes
conduciros, entre risas,
al impulso de las brisas
secundadas por los remos.

Tendréis nácar
y cristales
y corales
de primor;
y en el cuello,
por prendido,
el lucido
caracol.

Allá entre mangles el verde hicaco
su rojo fruto nos brindará,
que, al ver la grana de vuestros labios,
al suelo mustio descenderá.

No hay estrellas y la Brisa &c.

¡Oh, cambiad, castas doncellas,
los sonoros palmares
por las olas siempre bellas,
y tendréis en vuestras frentes
por diamantes relucientes
blancas perlas de los mares.

¡Es tan linda
la trigueña
ribereña
de la mar,
que del cuello
ciñe en torno
rojo adorno
de coral!

Entre los rizos de su cabello
la blanda brisa dormitará:
sobre sus labios que manan mieles

la parda abeja se posará.

No hay estrellas y la Brisa &c.

¡Listo! ¡A bordo! La piragua
blandamente balancea
sus costados en el agua;
y se pinta, en cada ola,
la sonante banderola
que magnífica flamea.

Y los remos
embrazando,
y entonando
una canción,
se despide
ya del puerto
el experto
bogador.

Y el grito agudo de los marinos
cruza las olas, á tierra va,
y entre las alas del raudo viento
de roca en roca resuena ya.

No hay estrellas y la Brisa &c.

Ya la mar ciñe la espalda
con los ramos y las flores
con que airoso se enguirnaldada
el velámen del esquife;
ya se ven del arrecife
los penachos saltadores.

Tiñe el rayo
matutino
el vecino
litoral;
y ya esperan
placenteros
los remeros
la señal.

La blanca aurora vierte rocío
que el mar sediento recoge ya;
venid, ó el rayo del sol ardiente
el suave cútis abrasará.

No hay estrellas y la Brisa &c.

¡Presto, amigas! Esplendente
¡ved cuán diáfana que raya
la alborada en el Oriente!
Ved el mar que al mangle azota;
ved el guincho y la gaviota
merodear sobre la playa.

Los festivos
parabienes,
los vaivenes
del batel,
y los gritos
que se chocan
os convocan
en tropel.

El pez dorado con dura escama
las olas mansas surcando vá;
en la piragua, quizás bien pronto,
ya prisionero, palpitará.

No hay estrellas y la Brisa &c.

Negros ojos y trigueñas,
castas hijas de esta zona,
las alegres ribereñas
tomen puesto en la piragua;
cruja el remo sobre el agua,
tienda el mástil blanca lona.

En los bordes
agrupadas,
animadas,
con rumor;
gozad, bellas,
en albricias,
las primicias
del amor.

Cupido oculta las alas bellas
el hierro agudo dispuesto ya.
¡Ay de la ingrata que le desprecie!
Con duras flechas se vengará.

No hay estrellas y la Brisa &c.

Si abandona la barquilla,
orgullosa con su arranque,
los peñascos de la orilla;
blanca lona al aire entrega
cual guanana que despliega
su plumaje en el estanque.

Sepultando
los extremos
de los remos
en el mar,
todos canten
barcarolas,
de las olas
á compás.

Y al dulce canto, de entre las olas,
blancas Sirenas broten quizá:
y una Nereyda, con blando acento,
las suaves notas remedará.

No hay estrellas y la Brisa &c.

Al cruzar las verdes olas
canta así el marino ufano:
“Doy claveles y amapolas
“por las algas de las aguas,
“que no vale el Casiguáguas
“cinco brazas del oceano.”

“Aire libre,
“mar salvaje,
“grueso oleaje
“bramador,
“son el goce

“más divino
“del marino
“pescador.”

“En las ciudades y en las campiñas
“tal vez el aire nos faltará;
“pero, en sus olas, el padre Oceano
“frescura siempre nos brindará.”

No hay estrellas y la Brisa &c.

Y la flámula oscilante,
retorcida como boa,
lanza al aire, tremolante,
suelos lazos de escarlata:
surco azul que borda plata
marca rápida la proa.

Al miraros
agrupadas,
las oleadas
dormirán.
¡Ved el agua
qué apacible!...
¡Imposible
naufragar!

El soplo fiero de la tormenta
jamás las olas revolverá,
que al contemplaros, con suave aliento,
á vuestras plantas espirará.

No hay estrellas y la Brisa &c.

¡Bien, remeros! ¡Boga! ¡Vamos!
¡Dos brazadas y adelante!
En los viajes que emprendamos,
siempre mire el alto cielo,
con bondad al barquichuelo,
con amor al bogavante.

¡Halle siempre
pasajeras
placenteras
el batel!
¡No halle bajo
ni arrecife
el esquife
siboney!

Mientras vosotras estéis á bordo
la mar indócil no bramará;
y la piragua, corriendo ufana,
las roncas olas devorará.

*No hay estrellas y la Brisa
barre el húmedo arenal.*

*¡Pronto, pronto, que en la aurora
nos hacemos á la mar.*

(1856)

LEONOR LA CORTESANA

I

LELIO, abrasado en enojos
y celoso de Leonor,
el llanto asoma á los ojos,
que son los celos abrojos
de los jardines de Amor.

A su encuentro loco vá;

le da quejas impaciente:
mas ella, culpada ya,
con un *nó* ó un *sí* le dá
satisfacción solamente...

—Leonor, me han dicho, y no creo
tan infame apostasía,
que ayer, en ausencia mía,
te contemplaron reir.

Dijiste que te afrentaba
mi amor ardiente y sincero...
¿Mintió ese mundo grosero
en lo que dijo de tí?

—Sí.

—Añadieron, vida mía,
que te han visto, por la noche,
subir al brillante coche
de un perfumado Señor;
y delirante volviste
del prolongado paseo...
¿Es cierto ese devaneo?
¿Tú pecho ya me olvidó?

—Nó.

—Aun dijeron que la frente
levantabas arrogante,
y que en la mano un diamante
te miraron relucir.
Respóndeme: ¿Fué mentira?
¿Admitiste su presente,
ó es calumnia solamente
el que me olvidas así?

—Sí.

—Me repiten mis amigos
que, con brutal embeleso,
al partirse, te dió un beso
tu nuevo galanteador;
y que tú, por recompensa,
lo enlazaste con tus brazos...
¿Es cierto que con abrazos
tu hermosura profanó?

—Nó.

Dicen, Leonor, que en tus días,
te mandó joyas de precio,
y que hablastéis con desprecio
de tu amador infeliz.
Responde, Leonor, responde.
¿Me aceptarás por esposo?
¿Más que al conde poderoso,
me adorarás? ¡Ay de mí!

—Sí.

—Me aseguran que mañana
abandonas estos valles
por las florecientes calles
de un jardín encantador.
¿Olvidarás, bella ingrata,
á tu dulce amor primero,
por el conde aventurero
que la dicha me robó?

—Nó.

—Calumniarte es frenesí:
tu pecho no me afrentó.
¿Me olvidarás, bella?

—Nó.

—¿Me querrás por siempre?

—Sí.

II

¡Miradla allí, en la quinta do reside
la sien ornada de vistosas galas,
altiva como el águila que mide
la azul esfera con inmuebles alas!

Ved cuan lasciva la cabeza mueve,
el cinto roto en la cintura esbelta.

Del blanco pecho en la apretada nieve
muere la oscura cabellera suelta.

¡Reina el placer! Los vasos espumosos
aumento dan al lúbrico deseo;
y Leonor y el magnate á los esposos
usurpan los placeres de Himeneo.

¡Allí el placer está! ¡Brilla la fiesta!
¿Sin amor ni riqueza qué es la vida?
Al són acorde de armoniosa orquesta
¡feliz aquel que la constancia olvida!

¡El vivir es gozar! ¡Suene la danza!
¡Constancia y fe... palabras sin sentido!
¡Viva el placer y reine la esperanza!
¡Sembrad amor, recojeréis olvido!

Leonor allí con torpe devaneo
se arroja al vicio desenvuelta y loca,
y por lograr infame su deseo
pedazos hace la virgínea toca.

El dolor contra Lelio se enfurece;
se prolonga su bárbara agonía,
Leonor á cada beso palidece...
¡La vida es el placer, reine la orgía!

No venga al pensamiento negra historia
de amores ó dolor á entristecernos:
ahogemos con el vino la memoria:
serán las fiestas y placer eternos.

El magnate ya seca la garganta
con ojos torpes á su amante mira
y dice á media voz: "¡Sirena, canta,
"canta el placer en tu acordada lira!"

Y ella canta al Amor, cediendo al sueño,
y su amante falaz su mano oprime,
y en el húmedo párpado sedeño
el mudo beso del placer imprime...

¡Siempre lo mismo! A cada nuevo día
brillan las luces de nocturna fiesta...
¡La vida es el gozar! ¡Reine la orgía!
¡Vino y amor sin fin! ¡Suene la orquesta!

III

Leonor, yo te ví tan bella
como flor de la sabana
y en tu sien miré lozana
la corona de vestal.
Ví tu oscura cabellera
que aumentaba tus hechizos,
en ensortijados rizos
tus mejillas azotar.

Yo te ví como el fantasma
de un erótico delirio,
más pura que el casto lirio
de las mañanas de Abril.
Ví tu boca sonrosada,
ví tus pálidas facciones...
¡Oh, qué gratas emociones
viéndote pura sentí!

Más ¡ay! La ambición soberbia
corrompió tu joven pecho,
y soñabas en tu lecho
con riquezas y poder.

Frente al espejo pensaste
que tus virginales galas,
merecían regias salas
y recamado cascabel.

Y vendiste la inocencia
á un mortal de gran riqueza;
profanando la pobreza
santificada por Dios.
Y el seductor..... como siempre,
tras tiempo breve pasado,
de tus caricias hastiado
infame te abandonó.

Y en vez de llorar tu suerte
dijiste: "Soy tan hermosa,
"que no faltará á la rosa
"un retrete de marfil".
Y en pos de nuevos amantes
lanzada con ardor ciego,
tanto bajaste, que luego
apenas te conocí.

IV

¡Ah! ¿No te agitas con pesar profundo
cuando contemplas qué te dice el hombre?
¡De aquí no pasarás, que eres del mundo,
y el mundo pronto olvidará tu nombre!

La madre temerosa del veneno
que en ese pecho la maldad encierra,
á su hija oculta en el caliente seno
porque no midas á su igual la tierra.

Do quier que con temor la planta posas
temor inspiras, y aversión y hastío:
las amantes, las madres, las esposas,
todas al par te miran con desvío.

¡Mas ¿qué mucho? si á nadie le interesa
saber si tu alma en el pecado vive,
y el hombre mismo que tus labios besa
desprecia el beso que de tí recibe!

Y tú marchando sigues, desgraciada,
por esa ruta de ignominia y mengua;
y no te grita la conciencia airada,
y no se agita en la oración tu lengua.

¡Levántate, mujer! Tal vez la muerte
te prepara la veste funeraria:
contrita llora tu enemiga suerte,
santifique ese llanto la plegaria.

¡De rodillas, mujer! En su desvelo
el mismo Dios al pecador abona.
Sin ser esposa se perdió tu velo,
lleva, al morir, de mártir la corona.

Torna al redil, oh mísero cordero,
á la llamada austera del poeta,
como volvió á David al buen sendero
la dura voz del rígido Profeta.

Llora, marchita flor, con sangre llora
las negras culpas de tu triste vida...
¡Si fuíste Magdalena pecadora,
sé también Magdalena arrepentida!

V

El sol apenas se muestra
en una atmósfera opaca
donde fantásticas flotan
nubes de lluvia cargadas.
El Norte pálido y frío
con ronco zumbido brama,

y las naves temerosas
se alejan de nuestras playas.
La mar se encrespa irascible
y con sus espumas baña
la inhospitalaria costa
de arrecifes recamada.

Al bramido de los vientos
responden, con algazara,
los desgraciados dementes
en su mansión solitaria.

Y triplicando el concierto,
de los muertos en la estancia,
con los vientos y dementes
los tristes cipreses cantan...

Están en el cementerio
dos hombres de faz tostada
abriendo una sepultura
entre roncadas carcajadas.

Y á cada golpe estridente
la sagrada tierra salta,
de profanación tan negra,
al parecer, indignada.

Un hombre se acerca triste
á las tumbas solitarias,
donde un cadáver cubierto,
en la tierra descansaba.

¡Es Lelio, el primer amante
de la virgen profanada,
que siempre en el pecho lleva
las memorias de la ingrata!

Se acerca á los hombres torvos,
y en el ataúd fijada
la vista, con firme paso
al cadáver se adelanta,

preguntando con voz triste:
—¿"Para quién en tal mañana,
"sin el fúnebre cortejo,
"se abre la tumba callada?"

Y dando un sepulturero
al ataúd, con la planta,
dijo con sarcasmo á Lelio
estas horribles palabras:

"No interesa al hombre honrado,
"Señor, lo que aquí descansa;
"porque es el liviano cuerpo
"de *Leonor la cortesana.*"

VI

¡Adiós Leonor! Mientras mi voz retumba
tus deslices cantando y tus amores,
ningún mortal en tu olvidada tumba
coronas depondrá de gayas flores.

Como el fragor de tempestad sombría
al paso brilla temblador lucero,
mostraste tu esplendente lozanía
y se nubló tu resplandor primero.

Nunca te borraré de la memoria;
y si mi dura voz pudo ofenderte
jamás diré tu criminal historia,
diré no más tu deplorable muerte.

¡Virgenes que gemís en la pobreza,
no déis aliento á la ambición liviana!.....
¡Si vendéis el honor á la riqueza,
seréis como Leonor la cortesana.

[1857]. [*]

* Lo mismo decimos de la fecha de esta composición que de la de "Naturaleza."

LOS OJOS NEGROS

(IMITACIÓN DEL ROMANCERO)

OJUELOS que al contemplarme
mi pecho en fuego abrasáis,
¿por qué, si á verme empezáis,
no proseguís en mirarme?

Si es por temor de matarme
os ruego que continuéis;
que aunque es verdad que podéis
matarme, con solo un rayo,
miradme, aunque desoslayo,
con tal de que me miréis.

Tengo tan osado aliento
en mi ruda independencia
que, antes que la indiferencia,
quiero el aborrecimiento.

Bueno ó malo un sentimiento

quisiera inspiraros yo;
y si pena mereció
mi llama, ojos adorados,
si queréis, miradme airados,
pero indiferentes, no.

Me mataréis si por suerte
me contempláis con enojos:
mas muerte de tales ojos
debe ser gustosa muerte.

No es mi pecho roca inerte
para poder contrastaros:
pero sabed, ojos claros,
que todo hacerme podéis,
con tal de que me miréis
y que me dejéis miraros.

(1856)

TU FALTA

EL verde mirto del amor emblema
jamás brilló sobre tu frente pura;
Cupido nunca en su febril locura
audaz rozó tu virginal diadema.

Te dió, no obstante, la bondad suprema
arrobadora y pálida blanca,
melena crespada cual la noche oscura
y rojo labio que besando quema.

Turgente seno de marfil y grana,
voz que remeda en lo melífluo al canto,
pie vaporoso, recogido y breve...

Pues ¿qué te falta para ser cubana?
¿Qué te falta? ¡Ay de mí! ¡Que un amor santo
haga latir tu corazón de nieve!

(1853)

LA AGUJA Y LOS ALFILERES

I

Es una mísera pieza,
pero que hace adivinar
que se pueden hermanar
el aseo y la pobreza.

Todo allí nos hace ver,
aunque esté la estancia sola,
que lo pule y acrisola
la mano de una mujer.

Cual deja ver un destello
de su genio un gran pintor,
por el tono y el vigor
que á su cuadro imprimen sello.

Allí más bella que la flor de Mayo
que el rojo cáliz al Favonio cierra,
está una hermosa en tropical desmayo
angel que, por azar, bajó á la tierra.

Visión que apenas el poeta alcanza
á concebir en toda su excelencia,
gemela de la nítida Esperanza,
nacida del Amor y la Inocencia.

A caseras labores entregada
al ensueño más casto sobrepuja,
cuando, en humilde asiento, acomodada
mueve veloz la reluciente aguja.

II

Es un salón esplendente
de labores y molduras,
con fúlgidas colgaduras
que bordaron en Oriente.

Allí escudos de nobleza
y blasones de altivez
revela todo á la vez
el poder y la riqueza.

El nauta del Indostán,
con sólo en la playa verla,
así adivina la perla
en la concha de Ceilán

Allí brillante como el oro duro
que el Cauto arrastra en su menuda arena,
una virgen está, de rostro puro,
con la frente de rosa y azucena.

Parece así, con joyas adornada,
carrozas ricas, árabes caballos,
una antigua condesa respetada
recibiendo en audiencia á sus vasallos.

En mullido sofá, con frente leda
que festivos halagan los placeres,
el rico traje de crujiente seda
prende gentil con áureos alfileres.

III

Con tornasoles de grana
el verde monte se dora,
y esparce la blanca Aurora
las rosas de la mañana.

La vírgen pobre su puerta
abre á la par con premura...
y vese, ya en la costura,
por la ventana entreabierta.

¡Qué dulces ocupaciones
tiene la vírgen graciosa
cuando concluye piadosa
sus sencillas oraciones!

Flexible el talle como el junco indiano,
envuelta en blanco y vaporoso traje,
bruñe veloz con la rosada mano
la madera del mísero mueblaje.

Ya enfrente del cristal de almos destellos,
con el peine de búfalo luciente,
alisa de su madre los cabellos
besando luego con amor su frente.

Ya las labores que acabó rechaza,
y al comedor corriendo solitario,
pone el alpiste en la bruñida taza
de la modesta jaula del canario.

IV

Ya cubre la noche al prado
con su estrellada cortina,
y se apoya de una esquina
el sereno desvelado.

El palacio está de fiesta
como las más de las noches;
las ruedas de muelles coches
se oyen al són de la orquesta.

Danza con febril ardor
la joven rica entretanto.
arrullada por el canto
y adulada del amor.

Ora, en los brazos de galán garrido,
lo breve muestra del airoso talle,
lirio en jarrones de valor mecido,
sin la inocencia del paterno valle.

Ora, fuera de sí, con gozo nuevo,
mal arreglada la severa toca,
al beso torpe del audaz mancebo
la flor ofrece de la vírgen boca.

Ora, animada por la dulce herida
que al alma causa de su amante el fuego,
con la dulce mirada humedecida
el beso vuelve y languidece luego.

V

Espejo de las mujeres
tan varias escenas son,
que encierran una lección
la aguja y los alfileres.

Circumspecta y grave aquélla
llegará á ser buena esposa,
ésta rasga licenciosa
su corona de doncella.

Y tal conducta, á mi ver,
es precisa consecuencia,
de no ver la diferencia
entre aguja y alfiler.

La primera es un arma en la pobresa
para vencer horribles tentaciones:
el otro es oropel de la riqueza
que pierde á la mujer en los salones.

Sabiéndolo, podéis, mujeres todas,
evitar el terrible precipicio;
que la mujer esclava de las modas
las alas tiende con que vuela el vicio.

Decid buscando en la virtud escudo,
porque adquiráis el merecido precio.
"¡Aguja sin rival, yo te saludo!"
"¡Alfiler tentador, yo te desprecio!"

(1854)

EL ULTIMO DIA DE BABILONIA

MANE-THECEL-PHARES

ERA noche de fiestas y de orgía
del rey en los palacios. Babilonia
indiferente al palaciego ruido,
cual gigante del sueño importunado,
al correr de las aguas se dormía.
Por las luces espléndidas herido
que brotan del recinto iluminado,

alzaba Eufrates la corriente fría,
y en un raudal de llamas transformado
los altaneros muros sacudía.
Y la torre de Belo, contrapuesta,
entre las negras sombras de la noche
alzando al cielo la cerviz enhiesta,
al palacio brillante contemplaba,

y un Genio de tinieblas parecía
que á otro genio de luz amenazaba,
y que, impasible al inminente evento,
á los genios del aire revelava
del torpe rey el porvenir sangriento.

En el palacio..... Baltasar imbécil
rodeado de magnates y mujeres,
por el licor los ojos encendidos,
al aire la copiosa cabellera;
de la flotante ropa
los recamados pliegues desteñidos,
con la siniestra la dorada copa
á los sedientos labios acercaba,
y con la diestra infame
á las esclavas de la fértil Jonia
el ceñidor lascivo desataba,
y en el templo inmediato sollozaba
el númen tutelar de Babilonia.

Con manjares las mesas abrumadas
al excesivo peso se rendían;
con vino-miel las copas desbordadas,
al trémulo fulgor de las antorchas,
con el líquido pérfido lucían.
Cerca del rey..... ¡Profanación horrible!
los vasos arrancados
por Nabuco terrible
al templo de Salen en servidumbre
por libaciones báquicas manchados
en la boca del rey se envilecían,
ó al culto de los númenes servían.
Y mientras blasfemaba el rey impío
y aplaudían esclavos y magnates,
como el Dios que preside las batallas,
socava del Asirio las murallas
aliado Ciro, al bramador Eufrates.

“¡Vino y amores! Sin placer al cabo
“el mundo es carcel que al humano encierra.
“¡Gima doliente el infeliz esclavó,
“al rey de reyes la sandalia noble
“rendida bese la medrosa tierra!
“¡Suene la orquesta, reine la alegría!
“¡Nuestro canto atraviese los baluartes!
“¡Muramos en la orgía!
“Mañana flotarán mis estandartes
“sobre el campo vencido
“del presentuoso meda. Envilecido
“el despreciable Dios de los hebreos
“vanamente pretende al babilonio
“arrancar de la frente los trofeos.
“Aun tienen sus profetas esperanza
“de congregar las esparcidas tribus.....
“¡Ilusión engañosa! Más ardientes
“coronen los placeres vuestras frentes.
“¡Las copas apurad! ¡Ceñid de flores
“de las beldades los flotantes rizos!
“¿Qué puede Adonái con los valientes?
“Sus ritos despreciad: que su venganza,
“terror de mis esclavos de Judea,
“jamás al rey de Babilonia alcanza”.

Así, ronca de vino la garganta,
les grita Baltasar á sus cautivas,
augures y guerreros;
y el ébrio coro á la blasfemia canta
al estruendoso aplauso de los vivos.

Y la copa se eleva
donde el vino de Lésbos se desborda,
y acaricia el monarca á las doncellas,
y se adelanta la tormenta sorda;
mientras algún soldado que sañudo
contempla á su monarca envilecido,
hace el asta chocar, enfurecido,
contra el perfil del triangular escudo

Mas... ¿qué visión, de súbito, espantosa
al rey asirio con espanto hiela,
haciendo que el armado centinela
cual cierva joven que el pastor acosa,
se lance de terror estremecido
al fondo del salón, despavorido?
Cúmplese el fallo que anunció terrible
Jehová á los profetas, y visible
aparece una mano
que grava una leyenda misteriosa
sobre los muros de la rica estancia.
Amenaza ó sentencia, la formulan
tres palabras... Intérpretes en vano
consulta el rey de Asiria. Los caldeos
los magos, los augures enmudecen
ante el armado Dios de los hebreos.
Los placeres al punto se interrumpen,
palidecen los falsos sacerdotes,
desfiguran el rostro las mujeres;
y Baltasar, como del rayo herido,
hacia atrás inclinado, titubea;
tiemblan sus carnes tras la rica ropa,
y permanece con la vista fija
unida al labio la escanciada copa.

Obediente del rey á los mandatos
preséntase Daniel: “Oh rey, le dice,
“tu iniquidad, tus fieros desacatos
“el que tronaba en Sinaí maldice.
“Su culto profanaste;
y los sagrados vasos
“del festín con la crápula manchastes.
“A ídolos de mármol y de bronce
“el incienso sagrado prodigaste.
“La hora del castigo se avecina,
“la Asiria hundióse en pavorosa ruína.
“Los medas y los persas
“dividirán tu imperio,
“y verás á la reina del Oriente
“gemir, como Salem, en cantiverio.
“Terrible se encamina
“al régio alcázar la inflexible Parca.
“¡Babilonia cayó! ¡Tiembra monarca!”

Dice, y en tanto que el monarca gime,
que tiemblan los soldados,
sollozan las mujeres.
y en el suelo espantados
se postran de Baal los sacerdotes;
entre las ruínas del hundido solio
que á la vista de Ciro se quebranta,
la frente coronada con aureolas
el profeta impertérrito levanta.

Oyese entonces ronca vocería,
y Baltasar comprende
que, en el tiempo es llegado inexorable
de Babilonia el postrimero día.

Mil rumores se escuchan confundidos
en trueno formidable...

Y sobre el ruido atronador que forman
del persa la salvaje gritería
y los guerreros himnos de los medas
y el relincho feroz de los bridones,
flanqueando los desiertos torreones
del carro volador crujen las ruedas.

Mientras el torpe rey y sus vasallos
así olvidaban el antiguo brío,
torcido el curso del fecundo Eufrates,
el valeroso Ciro y sus magnates
atravesaban el enjuto río.

Dejando atrás los muros,
llegan al interior de Babilonia,
y degollados con furor impío
los centinelas torpes;
llaman á los guerreros
apostados al pie de la murallas.
Sedientos del botín de las batallas
avanzan los resueltos batallones
dando al aire, flameantes, los pendones
que, cual sierpes aladas, fieramente
silbando tremolaron.

Las huestes de Babel que neciamente
en el espeso muro confiaron,
con pavoroso espanto despertaron
al áspero sonar de las trompetas.....

Y mientras el guerrero
la coraza terrífica ceñía
y á morir por su rey se preparaba...
¡Baltasar, entre bellas, apuraba
el vino infame de salaz orgía!

Los soldados de Ciro,
traspuestas las altísimas almenas,
llegaban, del palacio, á medio tiro
del honda resonante.

Con teas incendiarias
de Babel las antiguas tributarias
avanzan, por esposas y cadenas,
empuñando mortíferos aceros...
Los hijos de la Media perfumados
el asiático lujo muestran fieros
en el oro que entalla la armadura.

Los argentinos cascos
con flotantes plumeros
ostentan la oriental magnificencia:
se adelantan los jefes decididos
la blanca veste respirando esencia,
de bermellón los párpados teñidos
y en el cuello y los brazos suspendidos
collares de luciente pedrería;
y en los áureos escudos ostentando,
en vez de huellas de sangrientos bores,
emblemas torpes y lascivos motes
afrenta del pudor. ¡Ah! ¡Cuán diversos
sus aliados los persas arrogantes
al azaroso encuentro se presentan!
Ateizados los hórridos semblantes,
con pieles ó con hierro solamente
los cuerpos revestidos;
sin láminas de oro reluciente
los escudos tres veces reforzados
con la piel cruda del salvaje toro,
anuncian ya á los hombres esforzados

que, con el hierro, arrancarán el oro
á los pueblos del Asia afeminados.

Ya avanzan á la plaza defendida
por el enjambre trémulo de asirios
el oro en los vestidos, y en la frente
el pálido terror. El ancho foro
cuaja en desorden numeroso el bando
de siervos de Baal. Como avalancha,
de la cumbre del monte desprendida,
en la espaciosa plaza desemboca
el persa formidable... Esas mujeres
que revestidas del arnés pretenden
sostener el imperio vacilante
¿podrán contrarrestar el fiero empuje
del huracán de hierro amenazante
que fiero avanza y formidable ruje?
¡Ah, no! ¡Volad, volad á los placeres
y abandonad sin gloria
á los hombres el luero y la victoria!
¡Huíd!.....

¡Vano clamor! El babilonio
con trémula algazara
cubre de flechas el espacio breve
que le separa del feroz contrario;
y el arco inútil arrojando al suelo
hacia el contrario decidido corre
cual ráfaga de viento asoladora
que ataca audaz á la encumbrada torre.
En vano; que su mole se quebranta
contra el cerrado frente que adelanta
el inmóvil contrario... Babilonia
retumba al són del formidable choque;
y la compacta formación rompida,
pierde el asirio la afrentosa vida
y el persa besa la desnuda planta
sobre un lago de sangre corrompida.

Así contra la roca,
si enfurecido choca,
con ronco estruendo que ensordece al cielo,
al hondo valle y escondido soto,
salta el sólido témpano de hielo
en mil pedazos cristalinos roto...

Y no encontrando resistencia alguna
en la ciudad inmensa el persa airado,
avanza, prosiguiendo su fortuna,
al palacio del rey acelerado.

La guardia real defiende
las gradas anchurosas
que al palacio conducen del monarca,
y cada pie de tierra que abandona
lo convierte sañudo
de polvo y sangre en cenagosa charca.
Salta el mármol del piso al golpe rudo
de la espada terrible,
y sin que valga el martillado escudo
en cien pechos se esconde.

El hierro destrozado
con fulminantes chispas centellea:
cruz contra cruz se rompen los aceros,
y arma haciendo del pomo los guerreros
moribundos prosiguen la pelea.

Los aliados pendones,
los flotantes airones
de los templados yelmos, las bruñidas

corazas, y los mantos de colores,
en confuso desórden oscilando,
hacen de la batalla un torbellino
que va asirios y persas devorando.

Algún guerrero de Babel, furioso
al observar rendido
de sus lides al dulce compañero,
frenético y lanzando un alarido
á los contrarios se arrojó terrible:
cada vez que lanzó crudo gemido
moribundo á sus pies cayó un guerrero...
Pero sucumbe al fin..... Duros sicarios

los medas de la Parca
le derriban, y aun es, por su monarca,
su cadáver un muro á los contrarios.....

Que los guardias feroces,
despreciando las voces
de perdón de los medas,
dejan el paso libre solamente
cuando todos, cayendo amontonados,
hacen con sus cadáveres helados,
al fiero persa vacilante puente.

¡Libre el paso está ya! Vibra la espada
el persa enfurecido,
y á franquear el palacio se previene:
mas en el propio instante
un torrente de llamas le detiene
que brota de la puerta abandonada.....
Baltasar ha querido sepultarse
con su imperio á la vez, y hacer su tumba
del imperio infeliz que se derrumba.

A Ciro vencedor tranquilo mira,
hace del trono gigantesca pira,
sobre la hoguera roja
lanza esclavas, esposas y riquezas,
y á su centro impertérrito se arroja.
¡Paz al monarca, paz! Su muerte horrible
disculpa lo pasado;
que si vivió afrentado
en molicie indolente,
espiró como el sol en Occidente,
por torrentes de fuego circundado. (*)

Y al asomar la aurora,
dorando las almenas,
la oriental cortesana envilecida
en pies y manos encontró cadenas.
Miró en sus techos devorante lumbre,
á sus propios vasallos
dar de beber del meda á los caballos
en el domado Eufrates.

Sus vírgenes, guerreros y magnates
gemir en infamante servidumbre:
y al sentir en la mórbida garganta
del persa audaz la abrumadora planta,
sollozando exclamó: "¡Dichoso el fuerte
"que arrostrando las bélicas faenas
"halló en la noche silenciosa muerte!"

Y el pueblo pudo así mirar turbado
cumplirse de Daniel la profecía,
y llorar, aunque tarde, encadenado,
de Babilonia el postrimero día.
(1855)

LA FUENTE DEL AMOR

Por piedad te ruego vengas
á la fuente, Blanca-Rosa
diligente;
y que á beber te prevengas
del agua limpia y sabrosa
de la fuente.
Ven: que es mengua en tus abriles
cruzar los frescos pensiles
con ardor,
desdeñando así las galas
de agua en que moja las alas
el Amor.

No vuelvas el rostro airada:
mira que ninguna tiene
tal frescura:
mezcló su linfa plateada
á su cristal Hipocrene
con ternura:
á su fresco margen brota
por cada límpida gota
una flor,
y, alzando tiernas endechas,
hace, con sus juncos, flechas
el Amor.

Nunca en su cáuce florido
arrastróse amenazante
la serpiente
con el cuerpo retorcido;
ni bordó tuna punzante
la corriente.
Flores y mieles tan sólo
en ella permite Apolo,
con favor;
porque sabe que la hermosa
no esquiva junto á la rosa
al Amor.

Antes que tú cien monteras
que sus aguas despreciaron,
las bebieron.....
Y las niñas hechiceras
de las aguas se prendaron,
y volvieron.
Que virtud tan poderosa
tiene el agua deliciosa,
casta flor,
que en probando la corriente,
todos vuelven á la fuente
del Amor.

* No refieren así las historias la muerte de Baltasar, pero hemos querido poetizar su muerte y más cuando no faltan ejemplos semejantes en la Historia antigua. Hubiéramos excusado aquí esta nota, como lo hicimos, cuando por vez primera vió esta composición la luz en las "Brisas de Cuba", pero por consejos de algún amigo ilustrado la consignamos en esta edición.

Del agua que da la vida
 bebe ardiente, Blanca Rosa,
 y al instante
 verás como agradecida
 das las gracias amorosa
 á tu amante.
 Y tus labios en la fuente
 sumergiendo dulcemente
 con rubor,
 sentirás que no hay placeres
 si no prueban las mujeres
 el Amor.

¡Acércate: nada temas!
 Mírame bella á tu lado:
 entre flores,
 mira que cifras y lemas
 junto á su cáuce han grabado
 los Amores.....
 ¿La pruebas, y de la boca
 retiras presto la copa
 con temor?
 ¡Animo! La vez primera
 quema el agua placentera
 del Amor.

(1851).

DESDEN

ME han dicho que muchas veces
 te han visto, por la portada,
 para atisbar cuando vuelvo
 y cuando salgo de casa.
 Que te informas cada día,
 preguntando á mis criadas,
 si al baile voy por la noche
 y al baño por la mañana.
 Que preguntaste en el pueblo
 si es de mi padre la estancia,
 y que hiciste un gesto amargo
 al saber que era arrendada:
 mas que luego te animaste
 al ver lo que redituaba,
 y lo fértil de las tierras
 que hay del valle á la cañada.
 Sé también que preguntaste
 á Mercedes mi mulata,
 si las piedras de mi adorno
 eran finas ó eran falsas.....
 No son esos los informes
 que toma el hombre que ama,
 si la avaricia no ha echado
 honda raiz en su alma.
 No has preguntado á ninguno
 si soy jóven recatada,
 si mi padre es hombre honrado,
 ni si fué mi madre casta;
 si tengo el genio apacible,
 si hay en mi conducta mancha,

si soy una buena amiga
 y seré buena casada.
 De modo que muestras claro,
 con tu conducta villana,
 que más te agradan mis rentas
 que mi cuerpo y que mi cara.
 Y esperas mal esperando
 que á ti vuelva la mirada,
 porque un alma que se vende
 ninguna debe comprarla.
 Y si la quisiera alguna,
 sólo por extravagancia,
 un doblón dará por ella,
 no el amor de una muchacha.
 Abandona, pues, tu empeño,
 pues nada habrá que te valga;
 y deja mis verdes campos
 por tus campos de Managua.
 O busca en otros partidos
 quien, ignorando tu infamia,
 te reciba por esposo
 por tus frases engañada.
 Sin salir de mis confines
 prenderé de amor la llama;
 y pues tiene el pueblo mozos
 no he de amar á gente estraña.
 Y ya que tan insolente
 te acercas á la portada,
 te prohibo que preguntes
 si estoy buena, á mis esclavas.
 (1856)

CUESTION.

ME adoran á la par Carmela y Clara
 y no sé, vive Amor, á cual quedarme:
 una ha dado en el tema de celarme,
 otra en quererme con la fe más rara.
 Aunque en brazos ajenos me mirara
 no por eso Carmela ha de ostigarme:
 mas si lograra Clara contemplarme
 cerca de una rival.....me destrozara.

Parece que me odia, con quererme,
 Clara gentil, pero Carmela, al cabo,
 parece que me adora sin temerme.

Así, en justicia, por fallar acabo,
 perdóneme la fe de mi Carmela,
 que más me quiere, la que más cela.
 (1853)

DE OTRO MODO

AMA Estrella á Tomás, y tan celosa
que por sombras se mira atormentada:
Rosa quiere á Ginés, y reposada,
tranquila vive con su fe dichosa.

Una riñe al amante, caprichosa,
otra rie al amante confiada.....
Una vive feliz; otra angustiada.
¿Quién es mejor amante, Estrella ó Rosa? (1853)

La que teme le roben su alquería,
indica que la quiere, mas aquella,
también la quiere, que en su guarda fia.

Así pues yo fallara en tal querella,
que ama Rosa *mejor* porque confía,
y quiere *más*, por lo contrario, Estrella.

ROSA, LA HIJA DEL ARTESANO

I

Como en limoso pantano
brota una flor sin esencia,
así brilla, en su inocencia,
la hija del artesano.

Nacida en humilde cuna
de casa desconocida,
pasará su triste vida
sin dejar huella ninguna.

Y cual muere la violeta,
en su confin ignorado,
su nombre será borrado
de los cantos del poeta.

¡Ay! Allí está, belleza peregrina
que la miseria adormeció en la cuna.
Modesto lirio que la frente inclina
por ver su palidez en la laguna.

En su trigueño cutis vivo deia
el sol de Cuba su destello ardiente;
y en los barrotes de la humilde reja
apoya triste la cansada frente.

¡Tres lustros solamente, y lastimera
ya su frente se inclina á los dolores;
que produce su verde primavera
espinas siempre sin ningunas flores!

II

Presa del destino adusto,
escaso el cabello y blanco,
de su taller en un banco
duerme su padre robusto.

El melancólico brillo
que triste lámpara exhala,
esparce en la pobre sala
su resplandor amarillo.

Y en tanto la virgen bella,
su miseria contemplando,
al cielo eleva llorando
una doliente querella.....

Y cual sarcasmo bárbaro, insultante
que alegre el mundo hasta su frente lanza,

en un salón, con luces deslumbrante,
con alegre rumor suena la danza.

La tierna virgen, el doncel fogoso
se embriagan de placer y de armonía:
y en trueque de un feliz: ¡Seré tu esposo!
responde la beldad: ¡Ah prenda mía!

Y uniendo de la danza el embeleso
al embeleso que el amor provoca,
parece que convida al blando beso
cada entreabierta, enamorada boca.

III

Tales escenas de amor,
en su tierna edad temprana,
la joven, de su ventana,
mira con dulce rubor.

Y piensa que sus oídos
nunca al Amor escucharon,
ni dulces los penetraron
de un amante los gemidos.

Y se compara afligida
á alguna dama dichosa,
y se encuentra más hermosa
y digna de ser querida.

Porque ella tiene el virginal aroma
del intacto rosal de Alejandría;
y tiene el corazón de la paloma
con la inocencia pura de María.

Que al postrarse en el templo avergonzada
con el velo nupcial, podrá inocente,
tal vez como ninguna desposada,
alzar altiva, y sin rubor, la frente.

Que su blanca corona de azahares
su perfume infantil conserva honroso,
y no turbó la paz de sus hogares
el beso audaz del libertino odioso.....

IV

Más ¿qué importa ese decoro
al mortal indiferente
que no vé sobre su frente
ni una lámina de oro?

¿Qué importa el grato perfume
del alelí más bizarro,
si en tosco jarrón de barro
su triste vida consume?

Que los hombres arrogantes
quieran, de la sien en torno,
áureas joyas por adorno
donde brillen los diamantes.

Por eso tú, infeliz, desconocida
bajarás pronto á desierta fosa;
cual fuentecilla clara y escondida
que en las zarzas se esconde temerosa.

Verás allí la vanidosa gala
del negro mármol que al magnate encierra...
¡Miente quien dice que la tumba iguala
las condiciones todas de la tierra!

Verán los ricos elevarse ufana
su blanca losa de bruñidas faces,
pera tu padre ignorará mañana
la fosa triste en que durmiendo yaces.

V

Tranquila sufre tal suerte,
no quieras suerte mejor;

conténtate, pobre flor,
con tan ignorada muerte.

Y no pruebes ¡ay de mí!
la copa que el vicio encierra,
por dejar sobre la tierra
una memoria de tí.

Exigiría inclemente
un licencioso mortal,
que el adorno virginal
arrancarás de tu frente.

Prefiere, virgen cándida y lozana,
morir sin nombre, sola y escondida.....

¡Con la frente venal de cortesana
no fué bella jamás la envilecida!

¡Ay! Tú lo sabes bien: por eso ahora
contemplas con terror el precipicio.
Gime, niña infeliz, suspira y llora,
más no profane tu pureza el vicio.

¡Y muere pura, sí, joven divina,
que te apagas al rayo de la luna,
como el lirio modesto que se inclina
por ver su palidez en la laguna!

[1849].

LA CAIDA DE MISOLONGI

(CANTO DE GUERRA DEL GRIEGO)

¡VENGANZA, griegos: Misolongi en ruínas
bajo el alfanje de Ibrahim cayó!
¡Halle siempre el muslim, cual en sus muros,
al griego muerto, pero esclavo nó.

Cayó el baluarte de la antigua Etolia
del fiero Islam en las sangrientas garras,
que ayudó á las infieles cimitarras,
aun más que el hambre criminal traición.
Vendidos nuestros míseros hermanos
reposan en sangrienta sepultura.

¡Siempre acompañe, en su mansión oscura,
al nuevo Epiáltes nacional baldón!

¡Venganza, griegos, &.

Yo he visto, combatiendo hasta la muerte,
á las falanjes griegas valerosas,
primero que la mano á las esposas
presentar al acero el corazón.

¡Ay! Yo he visto á las tímidas mujeres,
ardiendo en llamas de entusiasmo vivo,
antes que el cuerpo al vencedor lascivo
el alma dar con entereza á Dios,

¡Venganza griegos, &.

En el campo murieron los soldados,
murió el etolio en la ciudad sagrada;
y fué tanta la sangre derramada
que el mar, de verde, se trocó en carmín.

Cercado de cadáveres cristianos
de la llama á las ráfagas ardientes...
"¡Exterminad, exterminad, creyentes!"
clamaba ronco el mulsuman chaik.

¡Venganza, griegos, &.

Ya son ruína y no más aquellos muros,
altivas torres, sólidos baluartes.
donde flotó en soberbios estandartes
del Hombre-Dios la enrojecida cruz.

¡Venganza, griegos! Misolongi ha sido!
¡Sangre por sangre, crímenes por crimen!
¡Infamia á los cobardes que se eximen
de comprar, batallando, un ataúd!

¡Venganza, griegos, &.

¿No oís, no oís el grito de venganza
que en Grecia toda repetir se escucha?
¡Venid, valientes! Renació la lucha.

¡La gloria siempre del osado fué!
Si el turco se debate á vuestras plantas
lanzad contra él, indómito el caballo.
y rompa el férreo y resonante callo
la humilde frente del postrado infiel.

¡Venganza, griegos, &.

¡Al arma todos! Al combate luego;
y que sepa Mahamud nuestro verdugo,
que el griego sable, quebrantado el yugo
el yatagán del bárbaro melló.

¡Al arma, al arma, desnudad el hierro!
¡Quebrantad las cabezas agarenas!
¡Rompedles en las frentes las cadenas,
y que espiren de rabia y de baldón!

¡Venganza, griegos, &.

Las sombras ya palpitan de entusiasmo
de vuestros nobles, bravos ascendientes.
¡Allí está Maratór! ¡Mirad, valientes,
donde Platea y Salamina están!

Cuando triunfantes del Islam impuro
la santa cruz elevaréis gloriosa,
rompiendo el mármol de la tumba honrosa,
Philophemen la frente asomará.

¡Venganza, griegos, &.

El silencio responda á sus clamores
á sus alfanges oponed espadas,
y á sus garzotas de color, preciadas
el gorro frigio audaces presentad.
¡Adelante, adelante! ¡Herid! ¡Son vuestros!
El Señor los entrega á la venganza
¡Suene el clarín, y la nudosa lanza
cien cuerpos do clavarse encontrará!

¡Venganza, griegos, &.

Los santos, los patriarcas consagrados,
por contrastar el infernal delirio,
con las sangrientas palmas del martirio
ciñeron bravos la modesta sien.....
Si han podido unos débiles ancianos
regar con sangre propia sus laureles
¿no podremos, muriendo, los donceles
martirio santo recibir también?

¡Venganza, griegos, &.

¡Pensad, palideciendo, que esos viles
vuestras esposas, sin pudor robaron,
y con ellas las alas adornaron
del Harém voluptuoso del Sultán.
Y vuestras hijas.....pudorosos lirios,
por la fuerza brutal arrebatadas,
se vieron en los brazos arrojadas
del despótico y hábaro bajá.

¡Venganza, griegos, &.

¡Volad, volad! ¡Batid á los tiranos,
degollad al vasallo y los emires;
haced con los flotantes cachemires
gualdrapas al caballo vencedor!
¡Romped sus haces! ¡Derramad su sangre!
¡Venganza por la patria dolorida!
¡Y si es preciso que perdáis la vida,
perdedla, griegos, en la lid feroz!

¡Venganza, griegos, &. (1856).

¿Qué es la vida del griego? Lenta muerte,
vida de mengua y abyección infame,
en que sucumbe ó abatido lame
la vil cadena que le ciñe el pié.
¡Oh mánes de Trasíbulo y Harmodio,
oh sombra gigantesca de Tirteo!
¡Antes que viva deshonrado Alceo
que el griego muera, combatiendo, haced!

¡Venganza, griegos, &.

La Grecia toda se despierta armada.....
¡Venid, venid con reposado pecho!
¡Qué asista Dios al de mejor derecho,
y nuestras frentes ceñirá el laurel!
De Misolongi el pavoroso grito
con bronco estruendo repitió el Pireo;
salvó el jónico mar, salvó el Egeo
y á Europa y Asia retumbando fué.

¡Venganza, griegos, &.

Llegó á las nubes el terrible acento,
y, en el cielo, se alzaron, por legiones,
depuestas de la tierra las pasiones
los héroes griegos de remota edad.
Con la sombra del bravo Aristómenes
las de Arato y Filipo se abrazaron.....
y crugiendo las lápidas saltaron
de los califas que adoró Bagdad.

¡Venganza, griegos, &!

Ya la Bretaña á combatir se arroja,
nos manda bravos la gentil Lutecia.
¡Cual sol naciente se alzaré en Grecia,
cual Misolongi caerá Estambul!
Y cuando avance el moscovita fiero,
y mire el turco su guerrera tropa,
ese tártaro estúpido de Europa
postrado en tierra adorará á Jesús.

*¡Venganza, griegos: Misolongi, en ruinas
bajo el alfange de Ibrahim cayó!
Halle siempre el musulín cual en sus muros
al griego muerto, pero esclavo nó!*

LA VIDA

Como el voluble oceano,
hoy tranquilo, mañana tempestuoso,
la vida del humano,
que se fatiga en vano,
se pasa sin reposo
por camino desierto y escabroso.

La verde Primavera
huye el calor del abrazado Estío
y Otoño, la severa
intensa cabellera
del cano Invierno frio
que cuaja en los arbustos el rocío.

Los ríes placenteros
corriendo van á los turgentes mares
por húmedos senderos;
y escóndense altaneros

en pálidos manglares
dejando atrás colinas y palmares.

Así corre la vida
por sendero con flores matizado,
en presurosa huida,
hasta llegar perdida
al recinto callado
que sepulcro los hombres han llamado.
Ni el magnate orgulloso,
ni del rey los altivos consejeros,
ni el guerrero brioso,
ni el rico voluptuoso
de tristes pordioseros
dejan de ser, entonces, compañeros.

Allí nuestros placeres
sepúltanse, por siempre confundidos.

Allí todos los seres,
los hombres.....¡las mujeres!
y los brutos son idos
y entre polvo y escoria refundidos.

Y ¿por qué tal anhelo
en pulir de la Suerte las cadenas?
Las torres que hasta el cielo
se elevan del suelo,
de leve polvo llenas
esmaltan del desierto las arenas.

Cual quedan en la pira
cenizas del nabab, con gloria muerto;
el corazón suspira
cuando en escombros mira,
como gigante yerto,
las ruínas de Palmira en el desierto.

En incesante giro
alumbra cada sol un nuevo estrago
que las historias miro.
Así cayera Tiro,
así, al latino amago,
cayó, en escombros, la infeliz Cartago.

Desde que el duro griego
contra Ilión marchó de rabia armado, (1850).

y en su venganza ciego
puso á los muros fuego.....
¡Cuánto diverso estado
ha sido, entre cenizas, sepultado!

Del meda poderoso,
del romano de tierras dilatadas,
del azteca brioso,
del Inca magestuoso
las leyes profanadas
del mundo fueron, por jamas, bordadas...

Así con pecho fuerte
debe el hombre marchar siempre sereno.
Porque siendo su suerte
caminar á la muerte,
correr debe á su seno
el noble corazón de audacia lleno.

Y no agitarse en tanto
por mirar á sus plantas la Fortuna
postrada con espanto;
que si es su herencia el llanto,
no espere dicha alguna
quien empieza á llorar desde la cuna.

EL SELLO

[DE BERANGER]

De tí viene este sello en que la yedra
se mezcla al oro en símbolo ingenioso:
sello en que el arte diseñó en la piedra
al Amor con un dedo sigiloso.
Mas en vano, dulcísima Sofía,
á tu amante promete sus favores.....
De su poder mi pluma desconfía.

¡Ya no existen secretos ni en amores!

¿Por qué, me dices, lejos de tu amiga
"cuando suple un billete amantes voces,
"por qué temes que vil mano enemiga
"rompa ese Dios que sella nuestros goces?"

No temo, nó, que en frenesí un celoso
á mengua tal descienda en sus furoros.
Lo que yo temo.....Ni escribirlo oso.....

¡Ya no existen secretos ni en amores!

Existe, amiga, un monstruo sanguinario
que de Venecia ensangrentó las leyes,
y vil conquista su infernal salario
inspirando terror á nuestros reyes.

Si no hay crimen lo inventa inexorable;
saberlo quiere todo, y sus rencores
ni respetan el lacre deleznable.
¡Ya no existen secretos ni en amores!

Estas líneas que van á tí, Sofía,
las verá antes que tú, su vista insana:
lo que al papel mi corazón confía
lo fingirá conspiración cercana.
O dirá. "De este par que amor pregona
"descubramos las dichas y dolores
"alegando tal vez á la Corona."
¡Ya no existen secretos ni en amores!

Lleno de horror arrojé ya la pluma,
alivio de tu ausente enamorado:
no son el lacre y sello sino espuma:
tu desgracia infeliz habré causado.
Traidor á La-Valiere manchó su gloria
el monarca inventor de estos horrores.
!Amantes, anatema á su memoria!
¡Ya no existen secretos ni en amores!
[1849].

LA BUENA ESPOSA

[EN UN ALBUM]

I
En frente ya del prometido esposo
esa virgen mirad.....solo un momento,

pronunciando con labio tembloroso
de la cristana esposa el juramento.
Prosternada á los pies de los altares,

en la alfombra la púdica mirada,
sobre casta guirnalda de azahares
el velo de la virgen desposada;
con lo blanco del traje embellecida,
tinta la frente en atractiva grana,
escucha avergonzada y conmovida
la grave y noble exhortación cristiana.....

El juramento que prestó su boca
hasta las plantas del Eterno sube;
y el hombro níveo de la virgen toca
de los Amores el gentil querube.

Allí no irrita la punzante duda
del par hermoso la quietud felice;
porque el enlace que el Amor anuda
la mano santa del Señor bendice.

En el nupcial cortejo acaso alguno
al mirar la hermosura se extasía.....
Mas no puede decir mortal ninguno
"¡Quién allí se desposa ha sida mía!"

II

Ya resbale la brisa en la pradera,
ya ruja el huracán en la campaña,
siempre el ángel con risa placentera
del esposo las huellas acompaña.

Si el triste amigo con pesar medita,
presa tal vez de pensamiento umbrío,
si contra el cielo, criminal se irrita,
si ronco gime, si blasfema impío,

ella le oprime con su dulce beso;
del cruel silencio criminal, se queja
y con el dulce, prolongado beso
las negras nubes de su frente aleja.

Si obedeciendo á incontrastable Sino
el esposo abandona sus hogares,
aunque ella tiembla, en vacilante pino
la vida entrega á los revueltos mares.

Cuando él con fiebre y con dolor se agita,
y llora contemplando su flaqueza;
ella en el seno que de amor palpita
apoya del enfermo la cabeza.

Y si venciendo padecer tan largo,
la Suerte quiere que en pobreza gima,
con él divide el pan que tan amargo
suele saber en extranjero clima.

III

Una joya no existe más valiosa
ni una flor de más plácido perfume.
que el santo amor de enamorada esposa
que todos los amores los reasume.

Es un himno de amor y de esperanza
que en apacible soledad resuena,
y no el estruendo de festiva danza,
ni el pérfido cantar de la sirena.

Es la celeste inspiradora llama
de perfumados, místicos blandones,
y no el fuego insensato que derrama
la borrascosa edad de las pasiones.

¡Oh, cuantos goces para sí reserva
la esposa que su amor no ha profanado,
como el jazmín naciente que conserva
el perfume en el cáliz inviolado!

Miradla adivinando los deseos
del abatido y fatigado esposo,
olvidando mundanos devaneos
mirar en él su porvenir radioso.

Miradla con el rostro embellecido
al esposo decir con gozo nuevo.
"¡Ya nuestro amor se encuentra bendecido:
"me siento madre, y á tu amor lo debo!"

IV

¿Queréis escena tal que siempre cuadre
al alma noble, al alma corrompida?
Con el sagrado título de madre
á la joven mirad ennoblecida

Al ceniciento rayo de la luna,
ó en las nieblas de noche borrascosa
vedla hermanar, sobre la blanda cuna,
los deberes de madre á los de esposa.

De su rostro sereno y despejado
¿queréis, acaso, que el matiz se quiebre?
Decid, decid que el ángel adorado
siente en las venas circular la fiebre.

Miradla entonces revelar su pena,
los ojos llenos de amargura y duelo.....
Ella, fuerte mujer, siempre serena,
tiembla y solloza con mortal desvelo.

Si contempla en el niño agonizante
de la viruela la ominosa plaga,
ella calma los ayes del infante
unido el labio á la terrible llaga.

Si muerto al niño en su regazo viese...
A la impresión del golpe doloroso
espirara á la par.....Si no tuviese
que dar consuelos al doliente esposo.

V.

Así ha de ser la virgen hechicera,
así ha de ser la esposa enamorada,
así ha de ser la madre.....Si quisiera
cumplir la bella su misión sagrada.

Esa es la mujer que, sin rivales,
de la mundana vida en el oceano,
ha de ver á los férvidos mortales
de hinojos puestos estrechar su mano.

Venciendo los azares de la Suerte,
llena de amor, de paz y de hermosura,
esa es la mujer púdica y fuerte
que tan noble nos pinta la Escritura.

Una mujer modesta y candorosa,
que al mismo amor con su cariño asombre,
una mujer así quiere de esposa,
el que comprende la misión del hombre.

Para verla del mundo respetada.
cuando se mire en el sepulcro hundida,
del pintor en el lienzo retratada,
ó en el bronce inmortal reproducida.....

¡Mujeres, no temáis en la batalla
aspirar, por difícil, al trofeo;
que el enano, contento con su talla,
tener merece el cuerpo de pigmeo!

[1855].

AMENAZAS

ME ha dicho, Belén que dices
 que yo fuí tu enamorado,
 y que si á veces mis burlas
 degeneran en sarcasmo,
 es que me sangra la herida
 que á mi altivez has causado
 con tu mofadora risa
 mis amores rechazando.
 También dijiste..... Me rio
 tan sólo con recordarlo,
 que yo nunca he de casarme
 si contigo no me caso.
 Quiero contestarte ahora;
 y lo haré, Belén, tan alto,
 que tal vez tu rostro cambie
 en viva grana lo pálido.
 Dices que te amé..... Querida,
 es razón que hablemos claro;
enamorar no es lo mismo
 que *sentirse enamorado*.
 Que te enamoré confieso,
 más que te amé, cielo santo,
 es mentira que no quiero
 que en su libro escriba el Diablo.
 ¿Ama el que mira una fruta
 á la altura de su mano,
 la prueba, la arroja al suelo
 y la espalda vuelve al árbol?
 No eres tú de las mujeres
 que rinden un pecho honrado,
 porque los hombres queremos
 menos bulla y más recato.
 Tan sólo sirven las damas
 de ademanes tan livianos,

en el tocador de dije,
 de maniqué en el estrado.
 Y yo no tengo, bien mío,
 pora hacer lucir tu garbo,
 ni figuras en mi sala
 ni tocador en mi cuarto.....
 Aunque tu amante no he sido
 pongo por testigo al Diablo
 que envidiar no me dejaste
 al amante más amado.
 Tu sabes que á las doncellas
 que queremos, respetamos;
 y responde ¿cuántas veces
 tu modestia he respetado?
 Si conmigo recordaras
 los sucesos ya pasados
 ¡qué de materia hallarías
 para crónicas de escándalos!
 ¿Recuerdas aquella rosa,
 aquella cita, aquel lazo,
 aquellos besos fogosos?.....
 ¿Palideces? Pues me callo.
 Que no han de ser tan ligeros,
 como los tuyos, mis labios,
 y no quiero que me digas
 que en indiscreción te gano.
 Mas no repitas, te ruego,
 que te amé, ni que te amo,
 que no quiero entre los hombres
 quedar desacreditado.
 Y escucha lo que te digo,
 que nunca en balde amenazo.
 No repitas tus calumnias:
 ó si la repites.....; Hablo!

(1856.)

LA CONCHA DE VENUS

Dijo la antigüedad en sus ficciones
 que los mortales que rindió Cupido,
 en la concha de Venus, la de Gnido,
 arrastraban, gimiendo, sus prisiones.

Voló Dione del cielo á las regiones,
 cuando su culto se entregó al olvido,
 y la concha de nacar se ha perdido
 partida en menudísimas porciones.

Ansiosas de agradar todas las bellas,
 la buscan de la mar en las orillas,
 y nada encuentra su avaricia loca.

Y ¿cómo la hallarán esas doncellas,
 si una parte se ostenta en tus mejillas,
 y Amor formó con las demás tu boca?

(1853).

LA INSPIRACION

[FANTASÍA]

¿QUÉ visión rutilante se apodera
del pecho, y con su fuerza abrumadora
me arrebató en su rápida carrera,
cual vívido cometa que devora
la inmensidad de la estrellada esfera?

¡Eres tú, inspiración! ¡En mí te siento!
Circulas ya por mis hinchadas venas;
me arrebató tu loco movimiento,
y el alma, quebrantando sus cadenas,
se pierde en la región del firmamento...

Goce en reposo criminal el alma
del hombre, á lo sublime indiferente,
la suave paz de la tranquila calma;
goce con los rumores de la palma
ó el resbalar de la tranquila fuente.

Baste á su tibio ardor el tibio rayo
de la amarilla transparente luna;
la sonrisa de un ángel en su cuna:
las gayas flores del fecundo Mayo,
la guanana dormida en su laguna.

Le baste ver el temblador reflejo
del sol hiriendo la breñosa cumbre;
el plumaje del cándido azulejo,
la mar tranquila cual bruñido espejo
y opaca luz que vacilante alumbre.

Del pardo torreón en las almenas
del mar contemple la naciente bruma;
alivio encuentren sus mentidas penas
de la playa en las húmedas arenas,
de la cascada en la rompida espuma.

Yo, presa de una fiebre devorante,
de la calma detesto la apatía,
cuando siento en mi pecho delirante
el fuego de la santa poesía
hacer latir mi corazón gigante.

Porque es la poesía cual torrente
de la cima del monte despeñado,
y yo gozo al mirar sobre mi frente
rodar la inspiración noble y valiente
y sentirme por ella arrebatado.

¡Hija del Hielo, Inspiración divina,
baja hasta mí con luces coronada;
y al rayo de tu vívida mirada
deja mi frente que el pesar inclina
con tu surco de fuego calcinada!

Toca mi frente que á tu frente sube
con tus sonoras alas de Querube.....
Mi pecho en llamas tu contacto enciende,
como al chocar de la cargada nube
el eléctrico fuego se desprende.

¡Volemos! Tus potencias encendidas
mi pecho tienen de arrebató lleno:
yo quiero ver mis alas extendidas,
primero que manchadas por el cieno
por el fuego celeste consumidas.

Ya siento que en mi lánguida cabeza

se agita como el mar la Poesía;
y en vano la razón pretende fría
contener con enérgica entereza
el vuelo de la indócil fantasía.

Al áureo carro á mi pesar uncido
se aumentan de mi pecho los afanes,
y el corazón me late conmovido,
cual si oyera, con lúgubre gemido,
roncos bramar los fieros huracanes.....

¡Inspiración, tu vuelo precipita,
los campos deja de sonantes cañas;
y el breve espacio que el mortal habita,
y el ronco mar que con rumor se agita,
y la cúspide azul de las montañas!

Con iracundo esfuerzo sobrehumano
al mismo Sol el paso interceptemos,
y la antorcha del Genio soberano,
esa antorcha que agitas en la mano,
en el rostro del Sol encenderemos.

¡Siempre adelante! Mas si fuera acaso
preciso descender, bajemos juntos,
sin que vacile el atrevido paso,
de la riscosa cumbre del Parnaso
á la oscura mansión de los difuntos.

O bajando á la gruta ennegrecida
en que Encélado triste forcejea
en un río de lava derretida,
sintamos la corriente removida
que las cóncavas bóvedas caldea.

Y en ese mar que fulminante zumba
cuando más fuego y destrucción esconda,
el eco sordo de la interna tumba,
que en las cavernas lúgubres retumba
con ronco estruendo á nuestra voz responda.

Tu mirada vivaz y centellante
sobre mi frente calcinada clava.....
Despreciemos la llama fulminante,
y empapemos las plumas de diamante
en ese mar de enrojecida lava.

¡Inspiración! Irresistible y ciega
tu fuerza me arrebató.....El alma mía
al delirio y al vértigo se entrega,
como la antigua Pitonisa griega
que en la délfica trípode gemía.

En todo quiere agitación el alma.....
Quiero con nubes renegrido el cielo,
quiero tronchada la robusta palma,
porque es horrible, para mí, la calma
y tempestades que admirar anhelo.....

Yo siempre en las campiñas palpitaba,
cuando del monte la enriscada cumbre
con eléctricas chispas centelleaba,
y cuando el rayo con sulfúrea lumbre
mi desnuda cabeza amenazaba.

Detesto ese gozar que siempre inerte
hace al hombre dormir como en desmayo....

Yo quiero contemplar, con alma fuerte,
á dos pasos de mí tronar el rayo
sembrando en torno confusión y muerte.

Yo quiero ver, en majestad violenta,
al Bóreas desplegar sus potestades;
y cuando el hombre débil se amedrenta
mugir, sobre mi frente, la tormenta,
bramar, bajo mi pie, las tempestades.

La reflexión no venga á encadenarme
cuando el delirio celestial me inflama:
no pretenda á la calma avasallarme,
y del hirviente pecho arrebatarme
del sacro Apolo la fecunda llama.

El espontáneo impulso que ilumina
al corazón y que la calma ahuyenta,
siga el que siente agitación divina;
y, obediente á la ley que les domina,
medite el sabio, pero el vate *sienta*.

Si el débil cuerpo, en la batalla activa,
de lo inmortal y lo mortal, cediera
como al trabajo la infeliz cautiva;
el cuerpo débil de congoja muera,
eterno el canto entre los hombres viva.

Bello es morir, en la robusta mano

agitando del triunfo las coronas
en el estadio del concurso humano;
y morir combatiendo el oceano
como espira triunfante el Amazonas.

El arpa en la floresta abandonada
que el Vendaval enfurecido azota,
con eco sordo, deslustrada y rota
mira saltar la cuerda destemplada
que muere dando su postrera nota.

Así cuando mi cuerpo ya repose
bajo la losa del sepulcro, fría,
mi canto que respire valentía,
cuando la planta en el Empíreo pose,
en la tierra resuene todavía.

Si es preciso morir del rayo herido
perezca, sin lanzar triste gemido
de lo interior del pecho desmayado;
no á la nieve del polo entumecido,
sino al fuego del trópico abrazado.

Porque yo quiero en amargura tanta,
si he de espirar al golpe del Destino;
hollar mi tumba con serena planta,
y morir, como el mártir girondino,
con un canto inmortal en la garganta.

[1856]

LA LUZ

CUANDO era el Caos... en oscura masa
los cuerpos, y en confusa muchedumbre,
la inmensidad llenaban del vacío.
No obedecieron al calor ni al frío
los idénticos átomos,
rechazábanse todos con desvío,
y la materia inerte
sin mezclar sus iguales elementos,
el gérmen confundiendo de la vida
con el terrible gérmen de la muerte,
vencedora una vez y otras vencida,
con el sér y no sér se eternizaba,
por la vida y la muerte combatida.

Presidiendo al desorden espantoso
en que todos los cuerpos se fundieron,
inmensa oscuridad sólo reinaba
donde el poder activo divagaba.

Por la "faz del abismo"
las opacas tinieblas se extendieron,
y con sus alas densas envolvieron
la negra masa que á sus pies flotaba.
Pero truena la voz omnipotente;
y al ¡*Hágase la luz!* como un torrente
brotó la luz; las masas se movieron,
y heridas con el rayo refulgente
las sombras con pavor retrocedieron.

¡Brotó la luz! Y luego, en el instante
se pudo ver la creación inmensa
que iba á nacer al superior precepto...
Era el éter azul, diáfano el río,
dibujábase vago el horizonte,
al Sol verdeaba el encumbrado monte,

y del mirar de Dios á las centellas
la Luna y las estrellas
tachonaban el cóncavo vacío.
De la concha, el estúpido habitante,
torpemente arrasrábase en el suelo,
y el insecto dorado en sordo vuelo
la miel libaba de la flor fragante;
mientras que altivo, noble, rozagante
con sonoro callo,
batía la tierra, indómito el caballo
y marchaba pesado el elefante.

¡Salve, salve la luz! Sin su destello
fuera el mundo una cárcel tenebrosa.
No pudiera el garzón, hebra por hebra,
de la vírgen hermosa
contar rizo el magnífico cabello.
No viéramos la pérfida culebra
de brillantes y auríferas escamas,
ni la rayada piel del ágil zebra
del bosque espeso entre las verdes ramas.
En el color, igual fuera el zafiro
á la radiante púrpura de Tiro;
la fúlgida esmeralda
del rudo monte á la escabrosa falda,
y en triste oscuridad, la noche umbría,
sin producir distintos los colores,
sobre el mundo y la luz imperaría.

¡Qué suave sentimiento
henchido de consuelos apacibles,
no inspira del mortal al pensamiento,
el rayo amarillento
de la modesta luna,

rompido luminoso en la laguna
que apenas riza el adormido viento!
¡Cuán divina aparece la hermosura
de blanca vestidura,
cuando en los anchos pliegues del ropaje
con rayo melancólico fulgura
el apacible astro!
¡Oh! ¡Cuánto más aumenta
su pálida blancura,
si detrás del ramaje
el cándido contorno de alabastro
á la beldad dormida acecha ardiente,
y haciendo penetrar en la espesura
un rayo solamente,

mientras que el rostro permanece en sombray en arco de vivísimos colores.
le da un toque de luz sobre la frente! reflejada en el Iris resplandece.

Tal vez en playas dilatadas, solas
la luna brilla en la mojada arena,
plateando los arbustos que más lejos
las ramas tienden en florido llano.
¡Hermosa reina entonces!... Mas parece
de más severa majestad ornada
al rielar en los mares despeñada
en línea móvil, que se busca en vano,
como ruta de fuego que en las olas
á los Genios del mar brinda el oceano.

En noche tenebrosa,
cuando sopla iracundo Bóreas frío,
y la airada tormenta borrascosa
los costados azota del navío,
¡cuán fúlgida y hermosa
al náuta que desmaya
aparece la luz que brota amiga
en la extensión del Piélagos desierto,
y anuncia alegre en la remota playa
la entrada fácil del nativo puerto!

¡Todo lo tiñe, todo lo matiza
el alma luz! Alijera, impalpable,
el cristal atraviesa;
entre diversos cuerpos se interpone,
sus átomos unidos descompone
y otro cuerpo admirable
al impulso del rayo se produce.

La luz incomparable
tiñe el tronco del árbol corpulento;
pinta las rosas, brilla en el rocío,
tiembla en las olas del oceano frío,
la claridad esparce vespertina,
el minarete arábigo ilumina,
del coco juega en el penacho airoso;
y, en las alas de su mismo poderío,
sube á la torre que defiende el foso
y al foso baja, que circunda el río.

¡En todo está la luz! Ya reverbera
en el astro monarca de la esfera,
del oceano fosfórico en la orilla,
del cometa en la rubia cabellera.

En el cocuyo esplendorosa brilla;
y en las talladas faces del diamante,
rompida en rayos mil, luce brillante.
En las ondas del áspero torrente
luminosa resalta.

y en el vórtice negro y espumante,
en rápido cambiante,
brilla, chispea, se sumerje y salta.
Vése en el hielo de laalzada cumbre.
que se agita parece
del súbito relámpago en la lumbre;
y en séptuples fúlgores,
rompiendo de las aguas los vapores,
en las nube se mece,

reflejada en el Iris resplandece.

¡Oh, bienaventurado el que disfruta
la luz de las pupilas! Un espejo
en el mundo verá do se retrata
el poder de su autor. Como el reflejo
revela del diamante la presencia,
en el rayo postrero que en la altura
deja el Sol al hundirse en Occidente,
la huella mirará deslumbradora
que deja del Señor la vestidura.
Verá en el rayo su vivaz mirada;
y al contemplar en todo difundida
la luz apetecida,

dirá con un suspiro:

“¡Por qué en la luz tus atributos miro
que niega en vano el orgulloso ateo,
“Señor, me postro, y en tu nombre creo!”

Cuando al llegar el postrimero día,
sin lumbre el sol ni la apacible Luna,
en el Caos profundo
de la nada sombría
de nuevo torne á sumegirse el mundo
de sus leyes rompida la armonía,
¿también te apagarás, luz refulgente?
¡Ah, no, jamás! Cuando lucir no puedas
en torrentes ni flores

ni en Iris centellantes de colores;
del mundo viendo el funeral destino
subirás al Empíreo arrebatada
por radios mil de lustre diamantino;
y tu apacible transparente rayo
de la inmortal Jerusalem celeste
alumbrará las perfumadas calles,
y del Eden en los floridos valles
del mismo Dios la recamada veste.
Y Santos y Profetas y Doctores
exclamarán con místicos loores,
como en un tiempo el abatido hebreo
del poder del Egipcio libertado
por la mano de Dios “¡Santificado
“sea el nombre del Señor! ¡Bendito sea.
“y por todos los siglos alabado”
[1854]

LA SALIDA DEL CAFETAL

TASCA espumante el argentino freno
el bridón principieño generoso;
enarca el cuello en ademán rifoso
de noble ardor y de soberbia lleno.

La dura boca en el membrudo seno
exhala un resoplido estertoroso,
y bate con estrépito ruidoso
con fuerte callo el desigual terreno.

Suelta la crín de la ondulante cola,
abierta la nariz, el ojo esquivo,
poco es el llano á su impaciencia sola.

Salta mi bien, al fin: toma el estribo,
el restallante látigo enarbola
y parte el bruto con su carga altivo.

(1855)

LA DIAMELA

Pensé que te adoraba
hasta el fatal instante
en que una flor fragante
tu mano me cedió.
Porque era una flor nítida
que siempre me desvela,
porque era una diamela
de pálido color.

Si hubiera sido, hermosa
la flor que me cediste
un ramo seco y triste
de fúnebre ciprés;
tal vez conservarías
mi plácido cariño;
acaso como un niño
me vieras á tus pies.

Las flores más sencillas
que tu me hubieras dado
te hubieran conservado
señora del cantor:
ya fueran castos lirios
ó tiernos miraveles,
ya fúnebres claveles
ó adelfas sin olor.

¿No existe en tus jardines,
mi ya perdida Ofelia,
ni plácida camelia
ni pálido jazmín?
¿Por qué diamela ha sido
la flor que me entregaste?
¿Por qué, por qué atizaste
mi fuego antiguo así?

Alla en mis verdes años,
perdona si sollozo,
sombreada tierno bozo
mi labio juvenil...
y quise una belleza;
mas ¡ay! la quise loco,
y parecióme poco
lo mucho que le dí.

Su rostro no era, jóven,
tan bello como el tuyo:
más ¡ay! que fui tan suyo
cual tuyo no seré.
Yo he visto de tus ojos
los húmedos destellos;
mas ojos como aquellos
en nadie contemplé.

Con púdicas diamelas
las sienas adornaba,
diamelas le llevaba
tu mísero cantor.
Y en todos sus tocados
miré la flor severa,
que siempre, la primera,
fijaba mi atención.

A veces, al hablarme,
rozaba mi mejilla
aquella flor sencilla
con grata suavidad.
El plácido perfume
en mi se detenía,
y yo á sus pies caía
sin voz ni libertad.

De entonces, cuando aspiro
la esencia regalada,
la sangre calcinada
me invade el corazón.
Entonces melancólica
se inclina mi cabeza,
que es dulce la tristeza
que nace del amor...

Aunque me encuentro libre
de aquel amor primero,
conozco, hermosa, empero
que ya no puedo amar.
¡Mentí si te lo dije,
mentí! Si lo he jurado,
mi voz ha profanado
la llama del altar.

Hermosa, yo te juro
que al ver tus perfecciones,
las muertas ilusiones
sentí reverdecer.
Mas soy de una palabra
el eco disipado...
Panal ya despojado
de aromas y de miel.

No puedo amar, no puedo,
no puedo ni aun aquella
purísima doncella
que un tiempo me adoró.
Empero, la flor casta
que loca me has cedido
recuerdos me ha traído
del ya perdido amor.

Al verla entre mis manos
me agita la memoria
de aquella dulce historia
de férvida ansiedad...
Sintiendo sus perfumes
pensé que respiraba
la esencia que exhalaba
su aliento virginal.

No la amo... te lo juro
mas ¡ay! que la diamele
también hoy me revela
que no te puedo amar.
Consuélate á los menos
saber que el inconstante,
sin otra nueva amante
muy solo morirá.

Al Sér eterno pido
que no me adores, bella,
cual quise á la doncella
que un tiempo idolatré.
Que entonces ningún joven
pudiera cautivarte,
y fuera condenarte
al llanto y la viudez.

Pensé que te adoraba,
castísima gacela,
mas ¡ay! que la diamele...
¡Adios por siempre, adios!
De un nuevo amor evita
los lazos y las redes,
¡y olvídate, si puedes,
del pérfido amator!

[1851]

EL ESPIRITU Y LA MATERIA

[ESCRITA DURANTE UNA GRAVE ENFERMEDAD]

No porque enfermo el cuerpo desfallece
transmite al pensamiento su miseria:
el alma sus prisiones ennoblece,
el espíritu vence á la materia.

En vano el cuerpo entre dolores gime;
el alma llega en su altivez al cielo:
las alas pliega con valor sublime
y se cierne del Eter en el velo.

Espíritu sutil de la existencia,
¿quién comprenderte en su altivez presume
si es más abstracta tu ideal esencia
que el aire, que la luz y que el perfume?

Como tal vez de endurecida grieta
en negra roca con modestia asoma
el delicado broche la violeta
regalando á los árboles aroma;

Así también un cuerpo lacerado
un alma puede contener augusta,
y un pecho por la muerte amenazado
brotar sublime inspiración robusta.

Cuando el humano cuerpo se disuelve
y al borde del sepulcro se avecina,
su actividad el alma desenvuelve
á expensas del coloso que se arruina.

Entonces puede el alma hasta el asiento
elevarse del Dios de sus mayores,
besar su trono y aspirar su aliento,
y arrojar á sus pies ramos y flores...

Por eso yo, que débil, miserable,
doliente paso la azarosa vida,
miro al polvo del cuerpo deleznable
presa ya de la Muerte encrudecida.

Pero al sentir las férvidas pasiones
se agita el alma en mi interior activa,
y cual ave que rompe sus prisiones
levanto erguido la cabeza altiva.

Que el alma vence á la materia ruda
sin dar al cuerpo de su gloria parte,
y firme voluntad puede sañuda
arrancar á la Muerte el estandarte.
[Isla de Pinos, 1852]

LA GUERRA

ABORTO del Infierno, Guerra infame,
¡cuantas veces la tierra despoblada
ha sido, por tu brazo furibundo,
desde el Ganges al Tajo;
y de Sarmáthia helada
hasta el cabo terrible
en borrascas fecundo,
que limita las tierras africanas,
postrero linde del antiguo mundo!...

Mas ¿qué fuera de tí?, Numen odioso,
si á tus negros designios no ayudase
el humano furioso?

Nace el hombre, y el sello generoso
del autor inmortal brilla en su efigie;
la razón, la conciencia
alas dan á su noble inteligencia.
¡Vanos dotes! Monarcas de los mundos
cada cual para sí quiere el espacio
á todo suficiente y su palacio
no mira con el propio regocijo,
al contemplar el mísero cortijo
donde encierra el pastor, por escuadrones,
ufano con su alegre independencia,
las ovejas de cándidos vellones
orgullo y honra de su tosca ciencia.

Anhela entonces su ánimo irascible
las tablas pobres del rendil contrario;
su antorcha negra la Discordia atiza
atropella el monarca su decoro,
y levantando ejército nefario,
tú, Carlos de Borgoña, temerario,
rico en provincias donde sobra el oro,
feroz llevas la guerra

á los riscos indómitos de Suiza,
de Suiza pobre, mas dichosa y libre.

Y en el terrible choque
rompidos tus brillantes caballeros
contra el pecho indomable
de montañasas hordas de pecheros
ejemplo dando á la veraz historia,
es la cruz de Borgoña destrozada,
del Helvecio feroz la gloria aumentas
y en Grandson y en Morat rindes la espada.

En los paternos campos,
satisfecho y alegre
el tropel de afanosos labradores,
en verdes llanos de pintadas flores,
al puro rayo de la rubia Aurora,
doradas mira las flotantes mieses.

En las ricas ciudades
que elevan hasta el cielo en obelisco
las cúpulas soberbias,
un pueblo mercantil bulle contento,
que el beneficio de la paz disfruta.

Ya dan al manso viento
las velas, los bajeles domadores
del líquido elemento,
recargados sus flancos á porfía
con varia mercancía.

Ya truecan, en el puerto concurrido,
por las pieles famosas de Siberia,

del Indostán la ardiente especiería;
el hierro belga y el café de Moca
por el marfil compacto de Liberia;
el tabaco riquísimo de Cuba,
de París por la rica joyería.

Y todo es movimiento,
actividad y ruído y alborozo...

Mas se oye un ruído ronco: el mar se aterra.

¡Adios, pueblo infeliz, adios tu gozo!

¡Llama á tus muros la implacable Guerra.

¡Todo el placer voló! Gime la esfera
al reventar de la cargada bomba:
la mina estalla atronadora y fiera
como al romperse la marina tromba.

Ya son ruinas los fuertes torreones,
los ricos pabellones,

los soberbios palacios,
la Bolsa, Aduana, Thérmas y jardines.

El sacerdote sin concierto corre
al desplomarse la encumbrada torre;
vuela el soldado audaz á la trinchera
por la enemiga gente superada;
en vano esgrime la sangrienta espada
llegó el momento en el diamante escrito
del libro inexorable:

por cien partes distintas se abre ruta
el enemigo á la ciudad postrada.

¡Escena de pavor! La hueste fiera
en las estrechas calles derramada
incendia y roba y mata y extermina.

Los ancianos inermes,
la matrona severa,
los infantes llorosos,
huyendo acelerados,

perecen por el casco atropellados
de los corceles del contrario adusto.

Y... ¡feliz la doncella que en el seno
del joven combatiente

halla la muerte!..... ¡El prometido esposo,
al espirar después como valiente,
postrer adiós del infeliz al mundo,
podrá rozar con labio moribundo
de la intacta beldad, pura la frente!

.....
¡Mónstruo terrible, qué! ¿Será que siempre
codicioso de sangre,

el licor que en las venas generosas
circula de los hombres infelices
te servirá de bárbaro alimento?

¿Será que nunca, horror de las esposas,
satisfecho estarás de mortandades?

¿Será que siempre, odioso monumento
del rencor y la furia

irás en pos de la implacable injuria
para mengua y baldón de las edades?

¡Cesa mónstruo voraz, cesa un momento
Tu misión de exterminio!

¡Vanas voces! La guerra en bronce armada
hierros y antorchas blande ensangrentada,
incendia campos y devora aldeas.....

¡Mónstruo insaciable y vil, maldito seas!
(1855)

LA GUAJIRA COQUETA

SE quejan todos los hombres
de Bejucal á Santiago,
de que los matan mis ojos
y que los queman mis labios.
En vano, en vano quisiera
alegres siempre mirarlos;
y en vano parecer mala
con mis amantes ensayo,
Me adoran..... Yo lo agradezco:
mas ¡Dios eterno! son tantos,
que imposible me parece
dejar á todos pagados.
Yo quisiera..... Pero temo.....
Es tan numeroso el bando.....
Amar uno es tal vez poco,
pero veinte, demasiado.
Amor con amor se paga.
Mas ¿cómo podré pagarlo?
O tengo que ser esquiva
ó dividirme en pedazos.
Dividirme es cosa dura,
ser ingrata es un pecado;
entre el pecado y la muerte
quiero ver á los cristianos.
Como á todos les sonrío
demostrándoles agrado,
en lugar de agradecerlo
se incomodan los malvados.
Y aun dicen que tanta risa
es de mi honor menoscabo,
y que me llaman las feas
"la coqueta de Santiago."

Disimulando la risa
los he visto con enfado,
y he merecido por ello
mas que por la risa, cargos,
De modo que no he podido
libertarme del mal paso,
en que me ponen los hombres
de los pueblos comarcanos.
Si los miro satisfecha
soy liviana en alto grado:
pues..... y coqueta me llaman
si mirándoles me ensaño.
Y me fatigan y acosan,
cuando á la portada salgo,
al mirar que atiengo á todos
y con ninguno me caso.
¿Casarme? Eso es ya distinto
de tener enamorados;
para casarme ya tengo
escogido un buen muchacho.
Pablo, el sobrino del Cura,
es el único á quien amo,
hasta el extremo de darle
en los altares la mano.
El me quiere, yo le quiero:
se alegra al verme en el campo;
mas si con otros me mira
se va triste y cabizbajo.
Por eso cuando le veo
de mi altivez me desarmo.....
Soy gavilán para todos
y tojosa para Pablo!

[1856]

AL DESGRACIADO ALZAMIENTO

DEL PAÍS LOMBARDO-VENECIANO

A los nombres de patria y de venganza
despierta rencoroso el italiano,
y alzando armada la robusta mano
altivo blande la nudosa lanza.

Le conduce á la gloria la esperanza,
reta á los siervos del feroz germano,
y retumba en los ámbitos del llano
el himno precursor de la matanza.

El pendón nacional despliega al viento,
combate bravo, asalta las almenas,
huye el austriaco á su mirar sangriento...

Y exhaustas ya las generosas venas,
sólo pueden alzar en monumento
¡Venecia ruínas y Milán cadenas!

[1848]

LAS RUBIAS

I

Á JOSÉ FORNARIS

Yo á quien cupo la suerte venturosa *
de celebrar la espléndida blancura
de la rubia beldad; con pecho firme,
la sien ornada de azucena pura,
de verde mirto y encendida rosa;
aunque alumbre tu fama extenso radio;
ansioso de laureles,
la arena piso del glorioso estadio.

Pero ¡guay! que me espanta
el brillo aterrador con que fulgura
tu lira melodiosa.

Al mirarte, impasible en la palestra,
tus cuerdas recorrer con mano diestra,
palidezco al herir mis cuerdas de oro,
y temo que al brotar la primer nota,
al discorde rumor de mi garganta,
mi lira salte descordada y rota.....

Sin color en la frente purpurina,
helada de pavor, débil la mano,
así debió palidecer Corina
al verse en frente del cantor tebano.

Empero firme estoy, y la Esperanza
mi valor fortalece. Aunque te mire
vencedor en las lides del ingenio,
inflama al Númen que mi pecho agita
el noble tema que defiende altivo.
Duro el trance ha de ser, pequeño el campo,
árdua la lid, incierta la victoria,
y al escuchar el lírico certámen
á quien corone dudará la Gloria.
A tu noble valor, á tu pericia
en el arte divino, opondré sólo
el acento veraz de la justicia,
y en el fiero lidiar acaso arranque
Themis, el lauro que te ciña Apolo.
Y ¡vosotras de rubia cabellera,
castísimas doncellas, acorredme!.....

Con boca plañidera
clamad si soy vencido "Es por nosotras!"
y al ver laureado á mi rival triunfante,
resonará mi voz agonizante:
¡Culpa fué del campeón, no de vosotras!

Tan suave como el véspero apacible,
la vaporosa rubia se colora
con el nácar hermoso indefinible
del róseo manto de la blanca Aurora.
A través de su cútis delicado
la sangre tiñe las azules venas
como se ven, tras olas transparentes,
en ásperos ramales
enrojecer las aguas los corales.
Disminuye el carmín de su mejilla
el nevado color del rostro bello,
que el marfil y la púrpura mezclados
benignos tiñen su rosado cútis.
El rubí de sus labios refulgentes

hace brillar la blanca dentadura,
cual resaltan las perlas esplendentes
en el rojo coral. Las hebras rubias
esparcen inflamadas aureolas,
sobre los hombros y la ebúrnea espalda
cayendo crespas en doradas olas.
Así el río que mezcla sus raudales
al más rico metal, corre sonoro,
y del Gauce en los blancos arenales
á trechos deja desgranado el oro.

Cuando hiere Titán las destrenzadas
melenas de las rubias, si la Brisa
retoza con sus hebras perfumadas,
un círculo de fuego

la cabeza magnífica rodea:
como en las horas del silencio triste
del dorado relámpago la lumbre
rompe á la Noche el denegrido manto;
y con la luz que vívida serpea,
del alto monte la nevada cumbre
con torrentes de fuego centellea.

No con la horrenda luz de los volcanes,
cuando del cráter la extensión inflama,
ni del rayo terrible
con la sulfúrea aterradora llama,
las azules pupilas
brillan amenazantes.

Dulces en el mirar, suaves, tranquilas,
tan castamente alumbran
como el rayo purísimo del astro
que la noche preside.

Miel destilan sus labios carmesíes;
y se levanta su turgente seno
cual dos palomas que el Amor ha unido,
de blanca pluma y pico de rubíes,
nacidas ambas en el propio nido.
Que Venus por dejar luciente el rastro
de sí misma en el seno palpitante,
une con mano liberal y amante
lirio al clavel, carmín al alabastro.

Cuando quiere el artista
la hermosura del cielo pudorosa
al blanco lienzo trasladar risueña,
no pinta nó, la férvida trigueña.
A la imagen que trazan sus pinceles
pone azules las plácidas pupilas,
rubio el cabello, de coral el labio
y el suave cutis de azucena y rosa.
Y ¡cómo de otra suerte la pintara
si son azules las distantes lomas.
azul del Eter el tendido velo;
si son blancas de Venus las palomas,
y rubios son los ángeles del cielo?

Cual las tierras que blandos fertilizan
sonantes ríos de corriente pura
esparcen un ambiente de frescura,

* La defensa de las rubias tocó por suerte al autor en una tertulia en la que se suscitó la cuestión del mérito respectivo de rubias y trigueñas.

así la rubia en derredor esparce
 un perfume que excita á la ternura.
 Parece que en su rostro la Inocencia
 y el amable Pudor la cuna tienen,
 y que el Vicio, torciendo con violencia
 el cuerpo de serpiente sanguinosa,
 se enrosca ante sus plantas confundido.
 Y el hombre, al contemplarla réverente,
 adora en ella trinidad sublime,
 viendo en tres rayos de celeste lumbre
 que mueren en un rayo solamente,
 belleza, castidad y mansedumbre

confundirse y brillar sobre su frente.
 ¡Respóndeme, poeta! De la rubia
 ya escuchaste la breve apología:
 defendiendo á las virgenes trigueñas
 tu voz responde á la entusiasta mía;
 ó confiesa turbado,
 á los pies de la rubia prosternado,
 que no existe una bella semejante
 á la que ostenta con gentil decoro,
 zafiro en la pupila centellante,
 azucena y coral en el semblante,
 nieve en el seno y en los rizos oro.
 (1855)

LAS RUBIAS

RÉPLICA Á JOSÉ FORNARIS

II

EL joven combatiente no avezado
 á las circenses lides, cuando pisa
 por vez primera el Circo polvoroso,
 en frente de un atleta endurecido,
 y en los gímnicos juegos coronado;
 al empezar dudosa la pelea,
 mas que á triunfar á perecer resuelto,
 en los primeros golpes titubea.
 Pero al sentir que la enemiga punta
 hace manar la enrojecida sangre
 del ancho pecho ó la robusta espalda,
 deja el temor y parte decidido.
 Sobre el rival que se defiende en vano
 se lanza enfurecido;
 le fascina, le acosa, le derriba,
 y al ronco estruendo popular del ¡viva!
 que escucha complacida la Discordia,
 con peso abrumador le oprime el pecho
 y le obliga á implorar misericordia.

Yo, así también en tu presencia pude,
 al verme sin coronas
 que oponer á las tuyas, un instante
 de horror palidecer. Pero la audacia
 vence al temor en pechos generosos
 en frente del peligro. Al navegante
 arrullan las borrascas, al valiente
 incitan los obstáculos. Altivo
 así de nuevo con mi lira ebúrnea,
 del palenque en el centro colocado
 á tí mi grito de combate envío,
 y delante del pueblo congregado
 á cantar otra vez te desafío

Con nácar transparente en las mejillas,
 en el labio encendida cambustera
 y por rizos del Sol la cabellera...
 ved la rubia... ¡Mancebos, de rodillas!
 Su eabeza se asienta con donaire
 sobre el marfil purísimo del cuello,
 y juguetona el aire
 en las hebras retoza del cabello...
 ¡Mirad el Sol después! Las trenzas rubias
 agita alegre en ademán bizarro,
 y al asomar flamígero su carro

enciende en llamas á la azul esfera.
 El Sol es rubio. Y ¿quién lo vencería
 cuando vivo en el Zénit resplandece?
 La rubia es Sol, es bruma la morena
 y la bruma ante el Sol se desvanece.

¡Hablan tan dulces los azules ojos
 el blando idioma del amor!... Los negros
 tal vez expresen con violencia doble
 la cólera feroz y los enojos;
 mas si quieren que el vértigo y las ansias
 en el amante pecho se derramen,
 es menester que tiernos languidezcan
 con la dulce expresión de los azules.
 Con cualquiera pasión que la domine,
 bella es la rubia. La pasión parece
 mas noble en sus facciones. Cuando airada
 contra el ingrato amante se enfurece,
 la majestad de Palas resplandece
 en el limpio fu'gor de su mirada.

Si gime enamorada,
 es tórtola que el rico
 plumaje enriza, y enarcando el cuello,
 al agitado esposo que la busca
 arrulla dulce con rosado pico.
 Y si el dolor le asalta y en tumulto
 se escapan de su pecho los sollozos,
 cuando la ausencia del amante llora,
 parece que en el Eter cristalino
 en suspiros y en ayes se evapora.

La liberal Natura
 venero inagotable
 de luz y de hermosura,
 para ostentar magníficos primores,
 arrebatada á la rubia los colores.
 El blanco de su tez brilla soberbio,
 en la plata, las perlas, los diamantes
 y en el ópalo noble. Las diamelas,
 los cándidos jazmines,
 el sanjuanero lirio de la patria
 con su aliento perfuman los jardines.
 La Paz de blanco viste; y la Inocencia
 hermana del Pudor... El carmín puro
 de su labio encendido

se ostenta en el coral, en los rubíes
y los ricos granates. Los claveles,
el fuego, el Sol el ánimo cautivan
con el rojo color por atributo.

En suma, es encarnado
el matiz que el rubor pone en la frente
de joven inocente,
cuando por vez primera
siente el alma de virgen abrasada
del casto amor en la gigante hoguera,
al rayo incendiador de una mirada.

El azul de sus diáfanas pupilas
reflejan los torrentes espumosos,
el ancho río y la tranquila fuente.
Azules son las olas apacibles
y el cielo que en sus aguas se contempla
de esta tierra de amor, Cuba inocente.
Azules son las fúlgidas turquesas,
azules los zafiros centellantes.....

Los lirios de más precio
azules son, azules las belesas
que el cáliz abren al naciente día,
y en fin, azul, para mayor victoria,
azul también el manto de María.

Y reuniendo, en suma, los colores
de la blanca gentil, la *rubia* Aurora,
del Oriente los ténues resplandores
de blanco azul y de carmín colora.

¡Ved la rubia otra vez! El azul iris
el pecho contorneado,
la piel rosada, transparente y fina,
todo parece, todo,
que á ser Diosa de amores la destina.
Siempre bella parece; ya se adorne
con delicados plácidos matices
ó con vivos colores. Ella cubre
el cutis sonrosado
con verde, azul, con púrpura ó violado,
colores que rechazan con despecho
las virgenes trigueñas, porque aumentan
el oscuro color con que presentan
la frente, brazos, y tostado pecho.

¡Ah! No en vano á la rubia
envidian los trigueños serafines
los bellos rasgos delicados, pulcros,
que es la rubia el clavel de los jardines,
la morena el clavel..... de los sepulcros.

La envidia, á veces deslustrar creyendo
la suave piel de lirios y azucena,
roba el pardo color á la morena
y un oscuro lunar pone á la rubia
en el redondo pecho ó la mejilla,

¡Vano afanar! En el nevado cutis
las faltas son bellezas. La blancura
más nítida aparece

con el esmalte de la negra mancha,
y ese oscuro matiz con que la Envidia
el cutis blanco deslustrar procura,
es un nuevo atractivo que embellece
la nieve que en el cuerpo resplandece
de la rubia y castísima hermosura...

Así la negra sombra contribuye
á dar tono y vigor á la pintura.

“La blanca es nieve, la trigueña fuego”... pero venciendo con tenaz porfía

Por eso al fuego del volcán rugiente
sirve el diáfano hielo de corona.

A más..... el fuego santo,
la llama deliciosa que Cupido
en blandos pechos generoso enciende,
también del seno de la rubia amante
en magnéticas chispas se desprende.
¡No es en amor como las ondas fría!
¡Quién lo dijo mintió! Su blando pecho
oculta el fuego tras los orbes cándidos
si en ellos el Amor la flecha clava,
como oculta la cima de los Andes
tras dura nieve fulminante lava.

Tal vez la virgen que bebió del Támesis
el alma tenga, cual su clima, helada.
Mas si al margen del Cauto resonante,
del Mayabeque claro, del Caunao,
de Almendares florido,
del ancho Sagua ó límpido Arimao
miró, al nacer, el refulgente día;
no tiene que envidiar el fuego amante
á la ardiente beldad del Mediodía.

Jamás canté rendido
del espumante Rhin á las doncellas,
á la frígida virgen de Batavia,
del aterido sármata á las bellas
ni á la blanca beldad de Escandinavia.

Mi canto solo ha sido
para la hermosa que en tranquilas ondas
de cubanas orillas,
empapa la dorada cabellera
bajo el Sol tropical de las Antillas.

También bajo la nítida blancura
puede latir el corazón valiente
de famosa heroína. Cuando altivo
sobre la Francia ensangrentada y triste
el Genio de las tumbas se posaba,
y lleno de arrogancia y de coraje
la numerosa población diezmaba;
cuando Marat frenético rugía
y cien ilustres víctimas hería,
con torrentes de sangre preludiando
la Era del terror... ¿Quién al dominio
se opuso del tribuno inexorable?
¡Fué Carlota Corday! Resuelta corre
como las nobles hijas de la Grecia
á triunfar y morir. Llega á Lutecia,
y, al golpe de la blanca girondina,
expira, debatiéndose con saña,
el cínico y feroz republicano
triunviro aterrador de la Montaña.

“Es bronce la morena”... Mas la rubia
oro y marfil y púrpura y zafiro.
¿Quién que sienta en el pecho un solo rayo
de tierna poesía,
á materias tan nobles

ese impuro metal antepondría?
“Viven las artes en el bronce”... ¡Y viven
también en el marfil! La altiva Pálas
del Parthenon magnífico de Atenas
y el celebrado Júpiter Olímpico
con marfil y con oro se labraron.

“Viven las artes en el bronce”... Ciertamente
pero venciendo con tenaz porfía

la resistencia que tal vil materia ruda le opone. Praxiteles pudo honrar ese metal envilecido, porque hasta el duro bronce al copiar á la blanca se hermosea, y dando vida á su gigante idea, forzó al metal á retratar las formas de la rubia y amable Citerea.

Si consiguió en el bronce tal victoria, el oro puro y el marfil luciente doblado hubieran su gigante gloria, y triunfador dichoso de guerras propias y extranjeras lidias, hubiera, con su Venus igualado la Minerva y el Júpiter de Fidias.

El metal desdeñando con orgullo su genio lo alcanzó cuando atrevido en el mármol blanquísimo de Páros labró la Venus que adoraba Guido.

Quedó el bronce vencido por el tallado mármol. En la piedra que respiraba Dione parecía, la cabeza gentil, el labio dulce, las mejillas redondas el alto pecho, la cintura esbelta, del cabello riquísimo las ondas sobre la altiva frente relevadas, de la color de las espigas blondas y á la moda del Atica trenzadas, retrataba mejor la piedra dura que lo hizo nunca el atezado bronce. De la Diosa en los ojos parecía que centellaba arrobador deseo, y que en el blanco pecho discurría el fuego animador de Prometeo. Si pudo una orgullosa cortesana partir con el artista los laureles, ¿qué no hubiera alcanzado Praxiteles teniendo por modelo á mi cubana?...

¡Baldón á los poetas que rechazan las tradiciones clásicas del griego! Con zafiro en los ojos adormidos, el cabello flotante por la espalda, nacida de las cándidas espumas surgió del mar la blonda Citerea. Y la Diosa, de entonces, si desea colocar una bella en sus altares, con la nevada espuma de los mares el virgen cuerpo con amor blanquea. Cegada la trigueña contemplando el níveo cuerpo de marfil bruñido, blancura artificial lucir pretende regando sobre el cutis denegrado el blanco caracol de nuestras costas á imperceptible polvo reducido... Si es defecto en el cutis la blancura, si eclipsa la violeta á la azucena; ¿por qué, responde, con tenaz locura,

fingido nácar ostentar procura la hermosa virgen que nació morena!

¡Apolo, sacro Apolo! De tus sienes en rizos bajan los cabellos blondos, y ¿sufres el insulto que infiere á la dorada cabellera el bardo mismo que te rinde culto?

Tú, poeta de amores, tú que pretendes con altivo paso al són de blanda lira á la cima encumbrarte del Parnaso; al padre Apolo enfurecido mira. Oyéndote insultar los rubios rizos, mira su frente centellar severa, y cual león del Atlas formidable sacudir la flotante cabellera.

Dejando el ígneo trono el rubio Numen, respirando encono, lanza á tu frente destructor el rayo.

Tu rostro palidece, é invadido de súbito desmayo tu voz en la garganta desfallece, Y Apolo fiero que en rencor se inflama, al destrozar las cuerdas de tu lira, como tus versos cadenciosos ama, solloza triste y lágrimas acerbas de dolor y de cólera derrama. Así, pagando el natural tributo á la madre común Naturaleza, derribando á sus hijos la cabeza debió gemir el inflexible Bruto.

Y las vírgenes púdicas del trópico, de azules ojos y de rizos rubios, acuden presurosas alegres sonriendo al contemplarte, para ceñir de mirtos y de rosas la frente que levantas todavía. ¡Mas no te insultan! Con palabras dulces ajenas de falacia,

acompañan tus pasos inseguros llorando compasivas tu desgracia. Tú las miras y al punto quedas ciego: te indignas porque sientes que arde en tus venas del amor el fuego y aunque, fingiendo el ademán del bravo, á insultarlas sarcástico te atrevas, en vano ocultas que gimiendo llevas el cuerpo libre, el corazón esclavo.

¡Triunfa la rubia y el laurel es suyo, y nadie de sus sienes atrevido arrancarlo podrá! Pues bien: escucha. ¡Tuya es la gloria, la razón es mía! Si la Justicia coronó mi frente, de mis sienes arranco la corona diciendo, por mi triunfo acongojado, al ponerla á tus plantas reverente... ¡EL QUE CANTA MEJOR, ESE HA TRIUNFADO!

(1855)

EL POLACO

¡Ah! ¿Para qué en las lides
mi vida respetó la muerte airada,
y en tantos adalides
tendió la infame la segur templada?

¿Por qué me olvidaría
cuando mezclado en la feroz pelea,
las huestes recorría
fija en la tumba la febril idea?

¿Por qué, si de venganza
rebosaba mi pecho enfurecido
la moscovita lanza
no traspasó mi cuerpo endurecido?

¿Ni para qué legarme
del fugitivo el miserable estado,
y sin gloria dejarme
en extranjeras playas emigrado?

¡Oh cuánto preferible
no fué la noble apetecida suerte
del que al golpe terrible
del cosaco feroz halló la muerte!

Ellos, nobles murieron
el rojo sable en la crispada mano;
más, felices no vieron
sobre Varsovia el pabellón insano.

¡Oh Dios! No fué bastante
combatir con honor y bizarría
para herir del gigante
la cabeza terrífica y sombría.

Tendió pérfidos lazos,
cubrió la tierra con sus hordas fiero,
y con sangrientos brazos
ahogó la patria con dogal de acero.

Luchamos valerosos,
á torrentes la sangre derramamos:
mas, cansados, rabiosos
en la sangre enemiga nos ahogamos.

Chispearon los aceros,
tronó el cañón preñado de matanza,
cayeron los guerreros
mordiéndolo el asta la férrea lanza.

Dó quiera su camino
alumbraron los rusos batallones
con raudo torbellino
de tristes incendiadas poblaciones;

y en tanto que á lo sumo
llevó su infamia la venal Cracovia,
llamas, cenizas..... humo,
el lecho fué donde cayó Varsovia.

Cayó segada y mústia
tu noble juventud en las batallas.....
¿Cómo, dime, tu angustia,
patria de bravos, temerosa acallas?

Cayó, só la cuchilla,
lo más noble que el mundo contemplaba,
y ya la frente humilla
el polaco que altivo respiraba.

Recuerdo lastimero,
¿por qué atosigas mi infeliz memoria?
¿Por qué no hallé un acero
que diera fin á mi terrible historia?

Mis tristes ojos fijos
buscan, noble Polonia, tus soldados;
y responden tus hijos.
¡Murieron en las lides destrozados!

¡Y todo conciuuyóse!
Todo ya lo perdí con la esperanza:
el polaco humillóse;
no vibra ya la ponderosa lanza.

¿En dónde aquellos bravos
que alzaron de Kosiusco las banderas?
En vez de hombres esclavos
recorren, sollozando, las fronteras.

Pero si acaso un día
vuelves á alzar la coronada frente,
la fuerte espada mía
de las primeras se alzaré luciente.

Y los viles perezcan
cuando el clarín á batallar nos llame,
y de horror palidezcan
Berlín y Viena y Petersburg infame.

(1848).

¡ A D I O S !

¡VIRGEN adiós! Si arrebatado un día
juzgué en tu seno reclinar la frente,
al mirar tu pupila refulgente
que el fuego del amor humedecía;

Cuerdo á la voz de la conciencia fría
la flecha arranco de mi pecho ardiente,
al verte en el festín, indiferente
al mudo amor y la constancia mía.

Jamás mi lengua murmuró turbada
¡Piedad de mí que delirando muero!
Mas hoy parto..... Y escucha, desgraciada.

El beso grave de mi amor postrero
era digno, en tu frente avergonzada,
del casto beso de tu amor primero.

(1857).

INTRODUCCION

ESCRITAS PARA UNA COLECCIÓN DE POESÍAS MORALES

Yo soy aquel que con tranquilo gozo,
en otros tiempos de entusiasmo y fe,
cuando en mis labios apuntaba el bozo
himnos á Venus sin cesar canté.

Cuando al mirar las encendidas flores
amor y dichas en el mundo ví:
y empuñando el laud de los amores
buscando amores con placer corrí.

Entonces, puro como el casto armiño,
sentí en mi pecho inextinguible ardor;
y crédulo y feliz jera muy niño!
canté las glorias del rapaz amor.....

Mas hora en vez de lánguidos amores

llo de unción y con serena fe,
á la Virtud coronaré de flores,
á la Virtud no más le cantaré.

En negros cuadros pintaré del vicio
el fantasma brillante y seductor;
y mostraré desnudo el precipicio
para que inspire saludable horror.

.....
Sin respetar sus locas concepciones
al mundo sus acciones mostraré,
y á que mire sus hórridas facciones,
en mis cantos, al mundo obligaré.

(1853).

A T E N A S

Atenas, ¿dónde estás? Silencio triste
responde á mi clamor. En vano al mundo
con mi acento fatigo ¡Pereziste!

Mis voces te llamaron,
y nadie respondió Volví á nombrarte...
Las sombras de tus hijos que evocaron
mis lúgubres canciones,
con tristeza me vieron, y pasaron
rasgados de los yelmos los airones,
rompido el hierro del antiguo Marte.
Perdido como el jay! del muribundo
que sorprende el simun en el desierto,
el eco solo respondió á mi grito
vagando en la región de lo infinito.

Un tiempo fuíste rápido torrente
que lo arrebatara en su carrera todo,
cuando tu pueblo respiró inocente.

Mas ¡ay! te corrompiste
y tus propias entrañas desgarraste,
cuando, vencido el colosal imperio,
en tu virgen recinto recogiste
las cortesanas de la muelle Jónia,
y el cabello á tus hijos perfumaste.
Entonces abortó lasciva el Asia
las mujeres honradas en Corinto,
y al peligroso y atractivo amante,
queriendo avasallar la ciudadela,
ya pudo abrir la licenciada Aspasia
de social corrupción pública escuela.

¡Y todo se perdió! Ya tus garzones,
los hijos de los héroes de Micala
trocaban el arnés de los combates
por el ropaje de festín y gala;
adornando la suave cabellera
con la purpúrea red de la ramera.

En juglares estúpidos tornados,
no hicieron tus campeonos
palidecer de Grecia á los soldados.
La corrupción te precipita al crimen,
el crimen al delirio, y el delirio
á la muerte social de las naciones.
Suicida de tu gloria,
por tí muertos tus propios generales,
del esparciata recibiste leyes,
del macedón robusto y del romano,
uncido el cuello que se humilla en vano,
al yugo vil de los pacientes bueyes.

Tal vez, al apagarse en Occidente,
opacas nieblas y apiñadas brumas
del Sol ocultan la radiosa frente;
mas de céfiro al soplo
fugaces por el Eter se pasean,
y rompidas se mecen
y en el seno del mar desaparecen.

Y el astro moribundo
lanza un destello luminoso al mundo
que alumbra su caída majestuosa.
Así también el brillo centellante
que lanzaste, mortal, en tu agonía,
fué lúgubre relámpago brillante
que hizo ver que la patria perecía,
mas que era digna de morir triunfante.

Y Trasíbulo entonces valeroso,
el hijo del Valor y de la Gloria,
ardiendo en entusiasmo generoso,
entre los gritos de medrosa plebe,
al pueblo llama á la civil pelea.
Y á la voz de Demóstenes sublime
despliegas tus robustos batallones
que á la llanura van que señorea

el rudo macedón con sus legiones:
y allí si la victoria
guirnaldas teje al enemigo bando;
terribles y sañudos,
sin soltar de los brazos los escudos,
como en el tiempo heróico de Platea,
espiran tus mancebos consagrando
la llanura inmortal de Queronea.....

Mas, los siglos pasados,
remacharás, envilecida Atenas,
tus pesadas cadenas.
Rompido el cetro abrumador de Italia,
tus guerreros verás encadenados
al férreo carro del fatal Destino.

Besarás la sandalia
del que usurpe la púrpura homicida,
en la augusta ciudad de Constantino;
y á cada nuevo emperador vendida
inclinará la perfumada frente,
como sierva que cambia de señores
y á todos se prosterna reverente;
al miedo prostituye los amores,
y el seno criminal cubre de flores
al odio y al amor indiferente.

Y viéndose rendida y desarmada
con infame baldón y mengua doble
rompió de Harmodio la terrible espada
el patriotismo con fiereza noble.
Y solo del valor en la palestra,
pueblo infeliz de esclavos y mujeres,
de tu honor en el negro cenotáfio,
escribió con sangrientos caracteres
de la patria infeliz el epitafio.

Fué cuando á vista de la débil Roma
y de la Europa entera estremecida,
al frente de su bárbara falanje,
el segundo Mahoma
sobre tu frente suspendió el alfanje.
Cuando atada á su carro la Fortuna
y á sus plantas llevando el Fatalismo,
alzó la media la luna
derribando la cruz del Cristianismo.
Cuando á tu arnés quitara una por una
las piezas recamadas;
y arrancó de tu diestra la manopla
y te azotó con ella el vil semblante,
y puso el nombre de Islam-bul triunfante
á la infame imperial Constantinopla.

Humo fueron entonces tus victorias;
y tu pueblo, en la mengua sumergido,
cubrió con sombras de fatal olvido
de Cimón y Milciades las memorias.
Y tus pasadas glorias
quedaran para siempre en noche oseura,
si en tus mejores días
no hubieras tus murallas ofrecido
á los hombres de ciencia que te hicieron
la lumbrera del orbe conocido.
Vanos fueran el láuro y los honores
que adquirieron tus bravos capitanes
librándote de bárbaras cuchillas,
ó á tu imperio entregaron las ciudades,

si no hubieras tenido historiadores.
Tal vez de Maratón en la llanura
las columnas sencillas
que marcan de tus héroes los despojos
pulvericen corriendo las edades,
pero siempre laureado
de Herodoto en las páginas de bronce
padrón de gloria vivirá Milciades.
Relámpagos de lumbre pasajera
fueron no más los duros vencedores
del rico persa y espartano fuerte;
mas tus sabios, triunfando de la muerte,
el rayo fueron que incendiando alumbró.

El relámpago brilla
y súbito se apaga:
pero si trueno raudo el rayo ronco,
su camino de fuego se conserva
tras tiempo largo en el hendido tronco.

Sin tus sabios y artistas ¿quién los ojos
en tu oscuro recinto fijaría?
A ellos debes, Atenas, que los nombres
de tus bravos y fuertes
repita con amor la poesía,
y que tu suelo clásico y fecundo
interés nos inspire todavía.....

¿Qué importa que tus hijos
hayan rompido el ponderoso yugo
con que el infiel verdugo
sus rendidas gargantas oprimía?
¡Eres nación!..... Tus flámulas airosas
rizan las auras con los soplos gratos.....
¡Eres nación!..... ¡Pero nación sujeta!
de Bretaña y de Rusia á los mandatos:
¡Tu pueblo envilecido,
por la antigua abyección embrutecido,
dormitando en la playa del Pireo,
juzga tal vez por glorias extranjeras
los nombres de Conóu y Timoteo!

Pero, Atenas, te amamos porque aun vive
la gloria de tus sabios, y en tus obras
de mármol pário y de fundido bronce
tu pasada grandeza sobrevive.
Mientras tu plebe en ceguedad constante,
y en injustas y bárbaras peleas,
el licor de sus venas prodigaba;
ó en tumultuosas, torpes asambleas
con inquieto rumor se atormentaba,
ese pueblo escogido,
bajo el cielo del Atica nacido
ó adoptando tus leyes protectoras,
tu futura grandeza preparaba.
Que si al mundo tu luz ha iluminado
si como antorcha de los siglos brillas
y si el hombre se postra de rodillas
delante de un coloso mutilado,
lo debes á esos hombres que te dieron
las doctrinas del Pórtico severas
y la noble vltud de la Academia;
ó gravaron tu nombre, entre laureles,
del fino mármol en la piedra dura,
en el vivo matiz de sus pinceles
y en el bronce inmortal de la escultura.
(1855),

LA JOVEN MENDIGA

I

BAJO enemiga estrella que inclemente
con influencia superior la ostiga,
va arrastrando su vida lentamente
con débil paso la infeliz mendiga.

Cuando amable rió por vez primera,
en pobre cuna de flexibles cañas,
de la niña la risa placentera
destrozó de su madre las entrañas

Que al mirarse en el ángel renacida
su madre con dolor la contemplaba,
y temblando, con alma conmovida
en el tiempo futuro meditaba.....

¡Ay! Noche fué de pesadumbre y duelo
en que nació la virgen candorosa:
sin una estrella el denegrido cielo,
reinaba la tormenta borrascosa,

Rugiendo ronco aterrador el Noto
en ventanas y puertas se estrellaba,
y por el muro desquiciado y roto
como un soplo de muerte penetraba.

La lluvia con estrépito caía,
las paredes y techos retemblaron.....
¡Y estos fueron los cantos de alegría
que el triste nacimiento celebraron!

II

¡Creció la niña! En vano la pobreza
su naciente atractivo profanaba,
que extasiada en su obra la belleza
en su rostro de arcángel se encarnaba.

La vió en la reja moribundo el día
al sepultarse en la región ignota,
como tras reja de prisión umbría
el lirio azul de los pensiles brota.

Como al suspiro de la fresca brisa
se desprende el perfume de las flores,
así exhalaba su gentil sonrisa
la virgínea atracción de los amores.

Pálida, y bella cual mortal ninguna,
cabello rubio de Titán reflejo,
parece el rayo de la blanca luna
sobre cristal de veneciano espejo.

El alma resplandece en el semblante.
y cuando trece primaveras cuenta,
es bella..... como lirio agonizante,
la hija de la Noche y la Tormenta,

Bella á pesar del hambre descarnada
que enflaquece sus pálidas facciones.....
Así en estéril tierra abandonada
brota un rosal cuajado de botones.

III

Mas ruje la tormenta; y afligida
la pura virgen desgarrado el pecho,
ve á su madre convulsiva y dolorida,
sin calor y sin fuerzas, en el lecho;

que, presa de la fiebre devorante,
lívica la color, la mano fría,
le dice sin aliento, delirante,

con el fiero estertor de la agonía.

“Te retuve hasta aquí, dentro del nido
“como tórtola madre á su palomo:
“preste apoyo á su vez al cedro herido
“el joven tronco del florido aroma”

“He mostrado á los hombres en mi duelo
“de la indigencia triste la corona.
“Socórreme á tu vez.—Sé mi consuelo.....
“¡Pide al hombre por mí! ¡Pide y perdona!”

Y desde entonces la mendiga triste
desornada la copiosa trenza,
de abnegación sublime se reviste,
en la frente el color de la vergüenza.

Y plazas cruza y calles bulliciosas,
y al hombre dice con febril anhelo:
“¡Almas felices, almas generosas,
“mi madre espira..... ¡Por amor del cielo!”

IV

¡Soberano Señor! ¡Cómo está expuesta
su ignorante virtud en cada aurora,
escuchando la voz dulce y funesta
del bello seductor que la enamora!

Un mancebo mirando su belleza
finge enjugar de su pupila el lloro,
oculta cauteloso su torpeza
y apóstol falso le prodiga el oro.

A la virtud, con ánimo inflexible,
plazca al Eterno que la virgen siga.
Pero ¡ay cielos! ¡Mirarla no es terrible
sola y hermosa..... joven..... ¡y mendiga!?

¡Oh sí! Que es cosa dura y que extremece
verla en el mundo, sin defensa alguna,
mientras horrible su miseria crece
soñar amor al rayo de la luna.

Ella no tiene la segura egida
que ofrece á otros mortales la riqueza,
que no tiene el honor en nuestra vida
enemigo mayor que la pobreza.

¡Feliz, feliz la joven que dispone
de ricas joyas con que ornar su frente!
¡Entre tu honor y tú, no se interpone
del hambre cruel el obstinado diente!

V

Mas tú, pobre mendiga seductora,
¿podrás vencer el hado que te ostiga,
si el hambre las entrañas tu devora
y el blando Amor sin tréguas te fatiga?

Tú, débil como el junco de los lagos
¿tendrás tan fino temple en tus dolores,
que resista á los pérfidos halagos
del canto criminal de los Amores?

¡Ay! He pensado con dolor profundo,
al escuchar tus quejas doloridas,
en esas hijas del revuelto mundo
tantas veces, con rabia, escarnecidas.....

Mas, sigue tú valiente, la jornada,
que si vences del mundo las zozobras,
serás más grande, niña abandonada,
que los autores de gigantes obras.

¡Mendiga desgraciada que al reflejo
de la luna sollozas triste, inquieta,
recibe con mis cantos un consejo
ofrenda pura á tu virtud discreta!

Conserva siempre tu inocencia hermosa
aunque de hambre y dolores te consumas,
y tú conseguirás, pálida rosa,
mejores cantos, de mejores plumas.
(1855).

EL TUERTO DE GUANAJAY

ME ves hoy estusiasmado,
no te lo podré negar;
porque en la valla de Güines
he ganado un dineral,
Mas no fuera la ganancia
de entusiasmar me capaz,
que siempre soy impasible
en el perder y ganar:
y he jugado en un minuto,
más de diez veces quizás,
hasta dos años del sueldo,
que gano de mayoral.
Pero has de saber, Regina;
y es lo que gozo me dá,
que ha matado al Artillero
el *Tuerto de Guanajay*.
El Artillero..... Ya sabes.....
Que ha dado tanto que hablar,
que tuvo quince peleas.....
¿Quince dije? Tuvo más.
El que el domingo pasado
mató al *Giro de Bernal*,
y la *Gallina del Rubio*
que llamaban *Huracán*.
En resistir obstinado
al Artillero fatal,
perdió como ochenta onzas
Don Norberto, el Capitán
Mas sabiendo que traían
al Artillero un rival,
al capitán lo cedieron
los amos de San Julián,
porque rescatar pudiese
todo el perdido caudal;
como si pudiera alguno
á la suerte encadenar....
Llenóse pronto la valla,
que los mozos sabían ya
que *echaban* al Artillero
el tuerto de Guanajay.
Ya ví al Tuerto; y bien quisiera
podértelo retratar,
porque es el gallo más fiero
que se ha visto, ni verá.
En color *indio-tostado*,
el pico de gavián,

voz más clara que el sonido
de una copa de cristal.
Ojo vivo y ancho lomo,
paso lento y á compás,
y las varetas más duras
que ramos de guayacán.
Al mirarle el Artillero
cantó dos veces audaz,
mientras el indio se puso
el aserrín á escarbar.
Al fin, como el raudo viento
que levanta el temporal,
á combatir decididos
se lanzaron á la par
Aquello no fué *pelea*,
fué un encuentro nada más
que en los *tiros de cuchilla*
terminado estaba ya.
Desde el segundo *revuelo*
el Artillero tenaz
perdió un ojo, y la pelea
así se mantuvo igual.
Alzóse el pueblo entusiasta
como alborotada mar,
y palideció la frente
del infeliz capitán.
Pero, aun antes que cesara
el estruendo popular,
el Tuerto escondió la espuela
en el lomo á su rival.....
Y, en fin, para no cansarte,
bella Regina; sabrás
que el indio, al cuarto revuelo,
vencedor estaba ya:
Un *golpe de nuca* fiero
dió, tan duro y eficaz,
que cayó muerto á sus plantas
el héroe del Bejucal.
El indio, á los rancos vivos
con orgulloso ademán,
sobre el cadáver contrario
alzó el canto gutural.....
Así fué como en la Valla,
en seis minutos no más,
ha matado al Artillero
el Tuerto de Guanajay.

(1857).

A T I

AUNQUE en tus verdes años juveniles
de amor sintieras la punzante espina,
tú no sabes de amor, joven divina,
en la pompa mayor de tus abriles.

No has sentido los celos que sutiles
nacen, y estallan cual preñada mina;
el estupor de la cercana ruina,
el odio cruel ni los temores viles

Tú no has bebido en ponzoñoso ramo,
sedienta del amor y los placeres,
la atmósfera de muerte en que me inflamo.

Y ejemplo al hombre, espanto á las mujeres,
no has amado jamás como te amo,
ni te han odiado como odiarme quieres.

(1855)

LA FLOR EN EL CIENO

Yo te ví cuando empezabas
á entrar en el mudo apenas;
cuando al mortal encantabas
con la paz que reflejabas
en tus facciones serenas.

Ví tu pestaña luciente,
del pudor modesto asilo,
velar tu pupila ardiente,
como nube transparente
que vela un cielo tranquilo.

Yo te ví como la rosa
de solitario jardín;
y te juzgué, por hermosa,
griego busto de una diosa
con alma de serafín.

Mientras tu madre vivió,
y ejida de tu hermosura
en su pecho te abrigó,
alegre el mundo te vió
tan modesta como pura.

Más ¡ay! la muerte fatal
cortó su vida preciosa;
y miraste al Vendaval
azotarte, pobre rosa,
al rugir del temporal.

Sujeta á las tentaciones
al verte sola, gemiste;
presa de las seducciones
murieron tus ilusiones
y del pedestal caíste.....

Tus amigos se alejaron
y tus amigas huyeron:
los perversos te buscaron,
tus caricias recibieron
y, á su vez, te abandonaron.

En criminales excesos
te buscaron con afán,
y en incautos embelesos,

arrebatoron tus besos
por un pedazo de pan.

Y ¿tienen para insultarte,
motivo alguno los hombres?
¿Por qué razón ultrajarte,
y así á la cara arrojarte,
tan ignominiosos nombres?

Si para impedir tu culpa
y proteger tu beldad,
nadie lloró tu orfandad,
¿con qué motivo te inculpa
la egoísta sociedad?

Si cuando sola quedaste
y un pobre hogar imploraste,
ninguno extendió la mano,
¿por qué te insulta el humano
si loca te despeñaste?

¿Por qué con odio infernal
el hombre torpe se exalta
con tu caída fatal?
Sin un crimen ó una falta,
¿hay en el mundo un mortal?

Los hombres, con su clamor,
de tu culpa no se eximen:
que ordena una ley de amor,
antes precaver el crimen
que castigar el error.

Jesús, con la voz austera,
y de la adúltera en frente,
dijo á la plebe inclemente.
—“¡Lance la piedra primera
“el que se juzgue inocente!”

¡No eres tan culpable, no.
Y si á tanta inmensidad
tu alma pura descendió.....
¡Responda la sociedad
que á descender te impulsó!

(1850)

A UNA VIOLETA

CASTA violeta que en la virgen selva
naces modesta contemplando solo
negro pantano que la verde tuna
pérfida viste.

Tú que en lo interno del añoso bosque
te eximes cáuta del comercio humano
cual tierna esposa que en misterios vela
célicos gustos,

Tú que pretendes respirar intacta
y oculta siempre y solitaria verte,
oye y perdona si mi canto rudo
áspero suena.

Desde que supe conocer de flores
y estéril lujo despreciar altivo,
tu cáliz tierno de rizadas hojas
plácido admiro.

Viéndote siempre de mi arriate adorno,
mi tierna madre contemplar creía,
dulce matrona, como tú, violeta,
púdica y grave.

¡Ay! Desde entonces si tu cáliz miro
húmedos siento los nublados ojos,
bajo la frente y sollozando vierto
trémulo llanto.

Por eso adoro tus violados pétalos,
flor que en el centro de los bosques vives.
Solo al mirarte, de mis ojos brota
lágrima pura.....

Al cielo plegue que la amada mia
á verte acuda, florecilla casta;
puede que entonces el dolor que siento
dúlcida calme.

¡Votos perdidos! En mi negra suerte
tiemblo confuso, y como niño, débil
nunca le digo: "¡Por tus lindos ojos
"bárbara muero!"

Viola, si acaso entre sus dedos níveos
oyes que aplaude tu perfume grato,
dí que, al mirarla; me estremezco todo,
Llámala ingrata.

(1854)

LA VIRGEN TRISTE

Pálida virgen modesta
que te alejas de la fiesta
donde tanta hermosa brilla;
y con dolor tan insano
sostienes con débil mano
la descarnada mejilla;

¿qué padecer inclemente
anubla tu casta frente,
que así te obliga á bajar
la cabeza seductora?

¿Por qué tu pupila llora
fija en doméstico altar?

Tan joven y padecer
es un sarcasmo, mujer.
Vuelve la cabeza en torno,
brille tu mirada pura,
porque, al fin, en la hermosura
la sonrisa es un adorno.

Más ¡ay! la dulce alegría
parece, en ti, una ironía,
virgen reflexiva y seria;
porque en tu modesta casa
ve, indiferente, el que pasa
el sello de la miseria.....

Tienes razón en gemir
porque es duro tu existir;
tú, que al descender la noche,
ves, llorando tu pobreza,
pasar tanta vil riqueza
en tanto brillante coche.

Tú, á quien se cree con derecho,
sin corazón en el pecho,
la juventud corrompida,

para ofrecer un amor
que ha dejado sin valor
su desordenada vida.

Tú, que ves de tu ventana,
pálida rosa temprana,
en esa mansión dispuesta
para el sarao brillante,
tanta bella delirante
que danza al son de la orquesta.

Tú, que miras ruborosa
tanta escena voluptuosa;
y que tu ventana dejas,
por no ver el beso ardiente
que á tu vecina del frente
da su galán por las rejas.

Tú, que puedes altanera,
casta flor de la pradera,
mostrar á ese mundo avieso
pálida frente amarilla,
pero frente sin mancilla
que no manchó uingún beso.

Y el infame libertino
que te encuentre en su camino,
nos dirá cuando te vea.

—“¡La doncella que allí está,
“del mundo pronto será
“como del Señor no sea!”

Empero, el hombre advertido
al agravio inmerecido
dirá de entusiasmo lleno.

—“¡Más vale noble pobreza,
“que la bastarda riqueza
“que se revuelve en el cieno!”

(1852)

CANCION DE HARMODIO Y ARISTOGITON *

De hojas de mirto cubriré mi espada,
cual Harmódio valiente y cual su amigo,
cuando al déspota muerto derrocaron
y á Atenas dieron libertad altivos

¡No has muerto, Harmódio! El libre no perece!
Alegre moras en el grato Elíseo,
donde está Aquiles, el de piés lijeros,
junto al robusto Diómedes, invicto.

De hojas de mirto cubriré mi espada
cual Harmodio valiente y cual su amigo;
cuando de Pálas en las grandes fiestas
muerte dieron á Hiparco decididos.

Caro Aristogiton, Harmódio caro,
jamás os cubra el infamante olvido
porque al déspota osados derrocasteis
y á Atenas disteis libertad altivos.
[1852],

BRUTO, PRIMER CONSUL

MUESTRA el puñal, en sangre purpurino,
Bruto, al pueblo en el Foro congregado;
en el turgente pecho sepultado
de la esposa infeliz de Colatino.

Al clamor del romano y del latino
que rugen como tigre desatado,
apenas, entre vivas sofocado,
se escucha el grito del audaz Tarquino.

Se estremecen los bosques seculares,
retiembla estremecido el Capitolio,
al mar se arroja alborazado el Tibre.

Y elevando las fascas consulares
el héroe dice, derribando el solio.—
“¡Lucrecia ha muerto, pero Roma es libre!”

(1857)

LA CARRERA DEL ARABE

GEMELO del relámpago, del rayo descendiente.
caballo generoso, mitiga mi dolor:
las tiendas de mi jeque dejemos presurosos
y pónme frente al campo del fiero vencedor.
Levanten tus pisadas el polvo del Desierto,
espesa nube opaca te cerque, como á mí,
y corre más aprisa que el águila pujante
que mide de los cielos el diáfano zafir.

¡Corcel á galope! Mi altiva señora
allá, en Tolemaida, cautiva cayó:
los francos son crueles, los francos la han visto,
y Alaida es muy bella.....¡Galopa veloz!
Alá no permite que el bravo creyente
que busca á su esposa, perezca en la lid.
¡A escape, caballo! Quizá mi tardanza
acuse la ingrata, de infame y de vil.

Caballo noble, con la crin tendida
los campos deja del beduino errante,
y que cruja la arena estremecida
al golpear del galope resonante.
Corcel, tú me comprendes; eso quiero:
tu freno cubre enrojecida espuma.
Tiende, al aire la crin, cual buitre fiero,
que ofrece al viento la atezada pluma.

Sigue, sigue, corcel geueroso,
como flecha del arco lanzada,
como pluma de un ave arrancada,
que sorprende sañudo Aquilón.
Que yo sienta pasar por mi frente,
del galope al impulso terrible,
una tromba que halague apacible
de mi sienes el cálido ardor.

Acorta, corcel, las distancias:
que mire la huri que es mi vida,
y con alma reconocida
tu lijereza premiaré.
La intacta yegua que relincha
de mi tribu en el campamento,
hija de la Noche y del Viento
á tu pasión ofreceré.

Animo, vuela anhelante,
pasa campos y lugares;
y deja atrás los palmares
que sombra al viajero dan.
No me intimidan los ríos,
ni me embaraza el torrenre,
que del beduino son puente
los cascós del alazán.

(*) Después de la revolución que dió por resultado la expulsión de los Pisistrátides, los atenienses elevaron estátuas y celebraron con multitud de himnos, el sacrificio de Harmódio y Aristogiton. Esta canción que cita Ateneo, está traducida de la versión de Mr. de la Nauze que Barthelemy copia su VOYAGE du JEUNE Anacarsis.

Y pasará arrogante,
caballo noble y bello,
Alaida, por tu cuello,
su mano de marfil.
Corramos presurosos,
no engañes mi esperanza,
si el viento no te alcanza,
¿por qué no vuelas, dí?

Te den, porque corras,
corcel, más aprisa,
sus alas la Brisa,
su aliento el Simun.
Cual tú, corcel mio,
no encierra un caballo,
en noble serrallo,
la altiva Estambul.

No te de tengas,
tu ardor aviva:
ella cautiva
gime quizás.
¡A escape, á escape,
vuela ligero,
fiel compañero,
de Alí-Dehar!

Vuela siempre
¡Guerra, guerra!
¡Vientre á tierra,

mi corcel!
Y del franco
la falanje,
con mi alfanje
romperé.

Llegamos.
¡Avanza!
¡Vengaza
y amor!
Los muros
percibo:
revivo.....
¡Valor!

Muy pronto, como atento centinela,
contemplará mi Alaida á su campeón:
y libre ya, sus ojos de gacela
gracias darán al rápido bridón.

Que no teme cien soldados
esforzados en la lid;
el que ardiendo en osadía,
solo fia en su djerid.

Pronto, el alfange en la robusta mano,
sus odiosas cadenas romperé;
y, si es preciso, en sangre del cristiano
mis brazos, hasta el hombro, bañaré,

[1848]

DECLARACION

¡OH tú, cubana, á mí pasión sincera
más dura que el *jiquí* de nuestros bosques?
Conserve Dios tu risa plácentera
aunque padezca yo.

No tiene el Almendar en sus cristales
tantas gotas ¡oh lirio de mi patria!
como en el pecho yo chispas mortales
de verdadero amor.

Morí al verte con muerte de delicias.
Más me miraste tú, y á la mirada
que niega á Amor debidas las primicias,
mi pecho revivió.

Libre y altivo como el ráudo viento
pisé la yerba de tus patrios lares.....
Te ví.....quise luchar.....y en un momento
rindióse el corazón.

Como á la orilla de insondable abismo
se adormece arrullado el caminante,
en torrentes bebí de magnetismo
veneno matador.

Y conocí al instante que la muerte
se apoderaba de mis fibras todas.....
Y era, no obstante, mi delicia verte.....
¡Tal era mi pasión!

Un minuto no más ¿y fué bastante
para rendirme así? Más ¡ay! al rayo,
para incendiar al bosque, un solo instante
le basta de furor.

Y casi loco, con febril anhelo
buscaba tu mirada, y tu mirada
de mis ojos huyó, como en el cielo,
de la noche huye el Sol,

Y retorné á Almendares sin acuerdo,
y con fiebre de amor, desesperado:
sin tener en mi abono ni un recuerdo,
ni un rizo, ni una flor.

Y aquí, pensando en tus divinos ojos
desfallezco de amor cuando, en delirio,
la fiebre me hace ver tus labios rojos
dando paso á la voz.

Más ¡ay! al punto la razón terrible
te me presenta, cual te ví, tirana;
como estatua de mármol impasible
al grito del amor.

Y recuerdo, infeliz, de pena mudo,
que, para mí, fué nieve tu mirada,
como la hoja del puñal agudo
que parte el corazón.

Recuerdo tan fatal hiela en mis venas
mi sangre, un tiempo, como el Etna hirvient
y arrastro sollozando, mis cadenas
temblando de furor.

Que tu, moderna Diana cazadora,
la aljaba al hombro y en la diestra el arco,
virgen el corazón, quieres, señora,
luchar con el Amor.

Y aunque el amor con tu mirada enciendes,
y mil donceles tus pisadas siguen,
tu ceñidor de virgen no desprendes
por ninguno, feroz.

Acostumbrada en los paternos Lares
á vagar impasible por los campos,
has tomado, escuchando sus cantares,
de la palma la voz.

Ha teñido Titán tu faz trigueña,
te da la caña su balance airoso,
la seiba que á cien árboles desdeña
su altivez te cedió.....

Mas ¡ay! al paso que te dan sus dones
te prestan su dureza diamantina;
y en cambio de sus bellas seducciones
les das el corazón.

Y, como el mármol del sepulcro frío,
para el triste mortal que te enamora,
serena sigues tu apacible vía,
y matas sin dolor.

Pero ¡ay! si acaso en lo interior del pecho
conservas una fibra generosa,
y miras á tus pies roto y deshecho
un triste corazón,
sobre él no pongas la altanera planta,
no de su duelo con sarcasmo rías,

ni viertas de la mórbida garganta:
sarcástica la voz.

El corazón que ante tus ojos veas
sangriento, palpitante amoratado,
y donde acaso mis dolores leas,
será.....¡mi corazón!

Más ¡vano suplicar! Virgen trigueña,
robas la frialdad á tus arroyos,
y al pedernal de la vecina peña
la dureza feroz.

Mas, ¿qué importa, clavel de mis jardines,
qué importa que me hiera tu desvío?

tú brillas de mi huerto en los confines.....
¿Podré quejarme yo?

Si cayese á tus peis del rayo herido
haré que graben en mi blanca losa:
¡Feliz el hombre que á tus pies rendido
mirándote murió!

[1856]

LA MUERTE

A DON RAMÓN ZAMBRANA

¡SANTA quietud de los sepulcros, salve!
Aquí, en el cementerio, entre las mudas
y solitarias calles que sombrea
el ramaje de lúgubres cipreses,
aquí está la verdad. En vano el hombre
anhelante la busca en el bullicio
de animada ciudad.....Las tristes losas
que fieles guardan los humanos restos
presentan á sus ávidas pupilas
dura piedra y no más. Pero esos mármoles
son un libro gigante cuyas letras
revelan hondo arcano. ¡Qué elocuente
el silencio responde de las tumbas
al mísero mortal que se fatiga
buscando la verdad! Su acento ronco
interroga á los mudos monumentos,
y en las alas del aire estremecido
la voz del tiempo le responde.....¡Nada!

Nada es el hombre, nada es su grandeza;
nada los timbres ni el blasón soberbio
que en charolada espléndida carroza,
sobre la frente de la humilde plebe
orgullosa arrastró. Las ricas sedas,
las bandas, las veneras y las cruces
que á la medrosa multitud cegaban;
los armiños y mantos que cubrían
las cicatrices que al robusto cuerpo
causaron las batallas; los airones
que al impulso de Céfiro mecidos
en los cascos de altivos caballeros
el sol acarició, ya en el sepulcro
con las humildes ropas del mendigo,
con la túnica blanca de la virgen,
con los ropajes de la actriz famosa
confundidos por siempre, el suelo esmaltan,
y presentan al hombre que medita
la República inmensa de los muertos.

Esas fosas humildes, las de mármol
en las que el oro con profundas letras

pretende eternizar oscuros nombres,
los mausoleos altivos y brillantes,
el cenotafio mismo en cuyos huecos
ni siquiera un cadáver se aprisiona,
las obras son con que la torva Muerte
construye la ciudad de los difuntos.
Con lágrimas de amor santificados,
con insultos de rabia escarnecidos,
mancillados con gritos de desprecio,
y tal vez despertando la sonrisa
del sér ingrato que debió á la Parca
de marqués ó de conde la corona,
se levantan los túmulos soberbios
diciendo al hombre que los oye absorto:
"¡Aquí cesan del hombre los delirios!
"¡Aquí empieza la vida, en las fronteras
"del imperio solemne de las tumbas!"
¡De qué miembros distintos es formada
la comunión sublime de los muertos!
Las pudorosas virgenes amables,
el niño indócil, turbulento el joven,
las austeras matronas, los ancianos,
todos, por ley fatal, marchan unidos
al apacible "Valle de las sombras".
Al ver así perdidos los objetos
de su amoroso culto al soplo helado
de la indomable Muerte, el hombre triste
frenético solloza y á la Parca
insulta con los nombres de cobarde
y estúpida tal vez. Empero ¿es justo
el odio y el temor que nos inspira
el Numen que descansa en los cipreses
que sombra dan al túmulo sombrío?
¡No es justo, no!.....

Los míseros mortales
mientras avanzan más por el sendero
de la vida gentil, más aseguran
el golpe de la Muerte inevitable.
Mientras más se desvía de la nada

el mancebo que vuela á los festines,
 más se acerca á la nada. Cada hora
 que con agudo són hasta su oído,
 desde la fauce de metal robusta,
 lleva la voz de la fatal campana,
 la señala la Muerte en el cuadrante
 en que se estrella el vuelo de los tiempos
 que pasan á esconderse silenciosos
 en el abismo cruel de lo pasado.
 Cada año que imagina haber vivido
 lo arreba á la vida que disfruta,
 haciendo que los hombres á los hombres
 sucedan sin descanso, estableciendo
 la poderosa ley de la armonía.
 Justa ley y fatal y necesaria
 que hace que el hombre con razón perezca,
 y que su noble generosa stirpe
 se reproduzca en sucesión constante,
 cual de la cepa del caído plátano
 una familia nueva se levanta,
 que, muriendo á su vez, la planta débil
 en los campos de Cuba perpetúa.

¡Mortal, mortal, inclina la cabeza
 ante las obras del Autor del mundo;
 y estremecido, con terror medita
 qué fuera del humano miserable
 sin el fúnebre Arcángel de la Muerte!

¡Ay! ¡Cuántos hombres desgraciados fueron
 y del mundo á las débiles miradas
 ocultaron su gloria inmarcesible,
 aunque del Genio en las gigantes frentes
 recibieron el sello generoso!

Mientras gozaron de la triste vida
 olvidadas, las letras de sus nombres
 ninguno conoció; pero al instante
 que sufrieron el golpe de la Muerte,
 en alas de sí propios ascendieron
 aun más allá del estrellado coro.
 Esta ley padecieron ominosa
 los Homeros, Cervantes y Camoes,
 y aun de Safo doblaron el renombre
 las homicidas rocas de Leucades.
 Hay una tana engañadora y torpe
 que al mortal que aún respira incienso vana.
 A veces rinde la cerviz humilde
 al poder, al amor á los blasones,
 y al que menos merece las coronas
 triunfos y palmas y laurel ofrece.

Así de Olímpia en el Hercúleo estadio,
 oponiendo las gracias y hermosura
 al blando verso y á la voz vibrante,
 pudo vencer de Píndaro Corina
 al rumor de los víctores del griego.

La verdadera Fama no se humilla
 á brillantes y falsos resplandores,
 porque arranca del mármol del sepulcro
 á los nombres que salva del olvido,
 ¡Y es justo sí! Con poderoso brazo
 la amiga Muerte la diadema cede
 al mendigo, primero que al magnate,
 si digno fué de la inmortal corona.
 Ella en las sombras del misterio triste
 busca á la Fama y á la Fama encuentra
 del cementerio en el umbral marmóreo,
 ¡inmortales honores concediendo

á varones que acaso con justicia,
 si hubiesen la existencia prolongado,
 el nombre de traidores ó cobardes
 hubieran á la historia merecido.
 ¡Honosres da la muerte que la vida
 no puede conceder en su arrogancia,
 pues vale más de Sócrates la muerte
 que la vida afrentosa de Perseo!

Aquellos Esparciatas desgraciados
 que escaparon del lúgubre episodio
 del combate feroz de las Termópilas,
 por conservar la vida merecieron
 de Esparta el odio y menosprecio infame;
 ¡Quedaron sin honor! Desesperado
 el uno se da muerte. Compasivo
 el mundo el manto del perdón despliega,
 y concede una lágrima al mancebo
 que con la muerte redimió su infamia.
 Vuela su compañero á los combates;
 le contemplan los campos del Asopo
 combatir con furor. En ancha vena
 derrama osado la enemiga sangre
 y mata y extermina. Mas al cabo
 del bando del Gran-rey la muchedumbre
 codiciosa de sangre le rodea.
 No se rinde, batalla, cede, espira
 y su cuerpo sangriento y mutilado
 espanta de manera al enemigo,
 que en otro campo batallar prefiere
 por no hollar con la planta pavorosa
 del terrible cadáver la garganta.
 A la muerte del bravo Aristodemo,
 aunque Esparta los fúnebres honores
 al Esparciata despechado niegue,
 con su limpio buril el Patriotismo
 su nombre augusto sobre el bronce imprime.

Enamorada la gentil doncella
 del pérfido galán que la acaricia
 en la frente, ya pálida de amores,
 el ósculo recibe del delito.
 Al estallido criminal, y présago
 de quejas y dolores y abandono,
 oculta entre las alas el semblante
 el ángel que preside al Himeneo...
 Torna la bella en sí. Gime, solloza;
 y al observar la fuga del ingrato
 mira caer del profanado lecho
 su corona de virgen destrozada.

Los hombres la desprecian, sus amigas
 aunque derramen compasivo llanto
 los cariñosos ósculos le niegan.
 ¡Bien hayas Muerte, tú que puedes sólo
 con el terrible golpe de tu mano
 hacer que olvide en el Eden al mundo!

¿Cuando irradió más noble la arrogancia,
 el sereno valor y el entusiasmo
 del brillante francés, que cuando fiera
 la devorante Muerte sonreía
 en la tremenda máquina que al mundo
 reveló Guillotín? ¿Cuándo la arena
 del tablado ominoso coloraba
 de tanto mártir la divina sangre?
 Los ancianos, las débiles doncellas,
 el grave sacerdote, el artesano,
 el militar adusto y el labriego

ceñían con idénticos laureles
 las cabezas que, tibias rebotando,
 en el fondo del cesto se escondían.
 El realista leal cayendo altivo
 clamaba ¡viva el rey! con ronco acento,
 y ¡viva la nación! el girondino
 y el diputado atroz de la Montaña.
 Las páginas que pinten elocuentes
 de aquellos días la terrible historia,
 serán, con sus escenas lamentables
 el más grande y magnífico poema,
 que con heroica sangre ha escrito nunca
 la inspiradora mano de la Muerte.

¿Qué es la edad de los hombres limitada
 al breve espacio que le marca el Tiempo,
 comparada á la vida inmensurable
 que al negro borde de la tumba empieza?
 Cuando honraron al hombre sus virtudes,
 cuando siguió los rígidos preceptos
 que á sí mismo, y á Dios y á sus hermanos
 el natural Derecho le dictaba
 eternos siglos en la historia vive.
 ¡Feliz quien puede al porvenir oculto
 legar un nombre de la Fama en alas,
 y merece del mundo que un frondoso,
 aunque estéril laurel honre su tumba!

¡Todo nace á morir! Mas de la muerte
 brota la vida. El hombre que el sepulcro
 en sus cóncavos ámbitos sepulta
 empieza nueva vida en el Empíreo
 que no cesa jamás. ¡Allí, en la Gloria
 es donde nunca la existencia acaba!
 Para vivir por siempre tiene el hombre
 que romper la prisión en que se agita
 el alma generosa que es eterna
 como soplo de Dios. El polvo inerte
 ha de volver al polvo, el alma al cielo,
 que por ley de la sabia providencia
 la muerte, á la materia es necesaria,
 como al creyente necesario el rito.

¡Sí! Faltando esa ley conservadora,
 aumentado la raza de los hombres,
 de las fieras y brutos que respiran
 ¿qué fuera de los seres que en el mundo
 de la vida el imperio se dividen?
 Si la lívida Parca no diezmasa
 la humana sociedad, si con la muerte
 no abriera á los nacidos un espacio,
 el universo todo en cruel batalla
 con delirio infernal combatiría.
 La inmensa población de las naciones
 como fiero torrente desbordado,
 traspassando con hambre las fronteras,
 invadiera los reinos florecientes,
 derramando en los campos y ciudades
 espeso enjambre de voraces pueblos.
 Los unos por los otros impelidos,
 en agresión constante, lanzarían
 sus hordas adelante, hasta que solo
 contrarrestasen la irrupción terrible
 los naturales lindes de la tierra,
 oponiendo á las huestes invasoras
 del ancho mar las húmedas barreras.
 Entonces, despojado el ribereño
 de las feraces tierras de la costa,

el mar queriendo arrebatarse la arena,
 con el oceano en batallar constante
 su fuerza agotaría. En las montañas,
 que en las nubes esconden la cabeza,
 el despojado pueblo macilento
 al transparente hielo endurecido,
 disputara las cimas escabrosas.
 Entonces ya de Ceres y de Baco
 los dones faltarían, y la peste
 y el hambre descarnada, y la Miseria
 de pálido semblante, de los hombres
 devoraran las áridas entrañas.
 Rompidos ya los lazos que aseguran
 de las familias el consorcio dulce,
 la madre con el pecho desgarrado
 del tierno infante por los blancos dientes,
 no pudiera morir, aunque intentase
 ofrecer á sus hijos alimento
 con su frío cadáver: el hermano
 tal vez al Benjamín de la familia,
 arrancara el sustento miserable,
 y el padre con el hambre enfurecido,
 á la esposa y las hijas contemplando,
 la muerte, en vano, demandara ronco
 al cielo sordo á sus dolientes ayes.

Queriendo precaver tales horrores
 armó con la mortífera guadaña
 el mismo Dios el brazo de la Muerte.
 Obediente la Parca á sus preceptos
 la inmensa población contrapesando
 hace que en la balanza inexorable
 el fiel sin movimiento permanezca.

Obra de Dios la muerte, como todo
 lo que ofrece su gran Sabiduría,
 al conjunto armonioso contribuye
 que regula la gran Naturaleza.
 De manos de aquel Sér incomprendible
 los dulces bienes y los tristes males
 por la tierra impetuosos se derraman,
 se mezclan, se confunden, se combinan,
 y la unidad armónica producen.
 Así flotan dos gases diferentes
 de unión difícil y contraria esencia
 por la región del viento adormecido,
 y de la chispa eléctrica al estrago,
 venciendo su fatal antipatía,
 en torrentes de lluvia se disuelven
 que al valle cubren de olorosas flores.

Parece que la vida necesita
 del brazo poderoso de la Muerte
 para lograr establecer el orden
 que en la existencia universal despliega.
 Los árboles que en bosques nunca hollados
 los poderosos ramos entrelazan;
 los arbustos, las plantas y aun la hierba
 que cubre la extendida superficie
 de la tierra feraz, medrando siempre
 convirtieran en bosque impenetrable
 el universo todo. La maleza
 las mansiones del hombre invadiría,
 y cada vez más áspera y opaca
 ni á las voraces fieras dar pudiera
 profundo asilo en la floresta hojosa.
 Del hombre, empero, la segur cortante
 en los altivos árboles se clava:

el toro ronco y el bridón soberbio;
la oveja cariñosa, el gamo arisco,
la saltadora cabra, el reno dócil,
la llama de la América incansable,
el zumbador insecto y las orugas
contienen la invasión devastadora,
devorando las hojas que altaneras
del bosque cierran la anchurosa entrada.
Empero, esos terribles enemigos
pudieran destruir pasado el tiempo,
de los grandes productos vegetales
la postrera raíz. La Providencia
no puede permitirlo. Los leones,
los tigres y panteras, en la sangre
se sacian de los brutos y las bestias,
los pájaros devoran los insectos,
y el hombre mismo de la peste insana
ó de la guerra víctima infeliz,
con prematura muerte contribuye
á la ley eternal de la armonía.

¿Por qué temer la Muerte? Ella es la amiga
del infeliz que en mísero abandono
consumido por fiebre devorante

el cáncer destructor siente en el pecho.
Ella al mártir sonríe en el suplicio,
cuando á través de las voraces llamas
con el noble semblante iluminado
perdona á sus verdugos, y contempla
entreabrírse las puertas de la Gloria
por recibir su espíritu triunfante.
La muerte es el descanso apetecible
del mortal virtuoso que en la tierra
desgraciado vivió. Ella es el puerto
que salva de las pérfidas borrascas
del cristiano, la barca combatida;
es la grada postrera que conduce
al trono del Señor..... Y ¡la tememos!
¡Ah, nó! Doblando la cabeza humilde,
las frentes en el polvo del sepulcro
contritos sepulremos. Nuestras voces
proclamen en plegarias reverentes
que la muerte es de Dios un beneficio;
y siempre recordemos al cristiano,
que por la santa de Jesús, un día
en la cima del Gólgota escabroso,
cumplida fué la redención del mundo.
[1857]

LA FLOR

BLANCA flor por mi cortada
junto al margen seductor
del arroyo de los mangos
al nacer el rubio Sol,
bien mi crueldad insensata
el Destino castigó,
queriendo vengar la afrenta
que hizo á Flora mi pasión.
Te dí á Belén. En sus rizos
risueña te colocó,
y su color realzaste,
con tu pálido color.
Pero la Muerte, en tu broche
lanzando soplo feroz,
marchitó las frescas hojas
y tus gracias profanó...
A los pies de su ventana
hora yaces, triste flor,
cuando son las flores secas
sagradas al corazón.
Que ese polvo desprendido
sin frescura y sin olor

es recuerdo de otros días
de arrebató y de pasión.
Tú que brillaste en el pecho
en que un tiempo reiné yo,
morirás bajo la planta
del agreste labrador.
De mi suerte eres imagen;
víctimas somos los dos,
pues del seno y cabellera
á la vez nos arrojó.
Iguales somos, y tanto
que mitigo mi dolor,
cuando pienso en el destino
que nos ha trazado Dios.
Hay en mi pecho marchito
el germen de otra pasión,
como en tu pálido cáliz
la semilla de otra flor.
Y mi pecho destrozado,
al rayo de un puro sol,
como tú una nueva rosa
brotar puede un nuevo amor.
(1856)

LA ORGIA ROMANA

[EN FRENTE DE UNA COPIA DEL CUADRO DE COUTURE]

¿Es este el pueblo-rey que audaz y fiero
llevó la guerra á tan remotas gentes?
¿Estos que envuelven en la vid las frentes
son los hijos de Rómulo altanero?

Estos que beben en festín grosero,
abrazando á ramerás impudentes
¿son los bravos, robustos descendientes
del noble Bruto, y de Catón severo?

¡Ah! Venga, venga por ignota ruta
el godo vencedor en cien batallas
y erija aquí de destrucción el sólio.

Que Roma, ya trocada en prostituta,
á cada rey que llama á sus murallas
por lecho le prepara el Capitolio.

[1853]

EL AMANTE INDISCRETO

*Neciamente has propalado,
dándole gozo al partido,
que te hablé por el cercado
¡Ojalá no hubiera sido!*

El comején destructor
mata el árbol altanero;
así en un pecho sincero
la infamia mata el amor.
No esperes ningún favor
de mi pecho enamorado
porque á todos has contado
mi loca debilidad,
y la mentira y verdad
neciamente has propalado.

Mentiroso mayoral,
¡ojalá nunca te viera
de patos en la carrera
salir á la Calle Real!
Viniste del cafetal
en tu agüinado temido
y todo el pueblo reunido
te vió, á poquísimo rato,
con la cabeza del pato
dándole gozo al partido.

En fin, lo que yo deseo
es que olvides á tu amante,
como yo aquel dulce instante
que te ví en el zapateo.
Cuando oí tu galanteo
en el guateque pasado,
cuando en el hombro tostado
tu pañuelo me pusiste,
y tanto al fin me dijiste,
que te hablé por el cercado.

Por necio y conversador
ya determino dejarte.
¡Así pudiera arrancarte
de este pecho mi rencor!
Busca, pues, un nuevo amor.
que quiero sepa el partido
que te doy al negro olvido
aunque repita ¡ay de mí!
Lo que yo contigo fuí.....
¡Ojalá no hubiera sido!

OFERTAS

*Una casita de guano
de una estancia bien labrada,
te espera, dulce Belén,
como deidad soberana.*

Cuando mi pasión fogosa
pague tu acendrado amor:
cuando mire tu rubor
de rabiche quejumbrosa;
cuando al verte pudorosa
pueda yo estrechar ufano
tu pequeña y suave mano,
y diga al fin: "¡Eres mía!"
Por Dios que me bastaría
una casita de guano.

Para recibir las leyes

GLOSAS CUBANAS

que les dicte tu clemencia,
te esperan con impaciencia
mis *cuatro yuntas de bueyes.*
Debajo de estos *mameyes*
que dan sombra á la boyada,
suspiran por tu llegada
todas mis vacas de leche;
porque tu amor se aprovecha
de una estancia bien labrada.

Si por la tarde te asomas
mi *batey* á contemplar,
tal vez no puedas contar
mis pichones y palomas.
Detrás de esas verdes lomas
tengo lechones también;
y porque te sepa bien
el *agiaco* del *montero*,
el provisto gallinero
te espera, dulce Belén.

En mi *jaca* marchadora
montarás de gracias llena,
mientras el perro Azucena
te cuidará, mi señora.
Si al hombre que así te adora
pálida rosa temprana,
quieres bien desde, mañana
considérate mi esposa,
y manda en mí, niña hermosa
como deidad soberana.

TENACIDAD

*Voy á ponerme á la trinca
para interesar á Clara,
esa muchacha de Guara
sobrina del Capitán.*

¡Negro, ensilla mi caballo
con la albardita de ante,
y toma pronto el portante
para echar maíz al gallo!
Yo no sé como me hallo
tan reposado en la *finca*,
cuando en el pecho me brinca
el corazón, dulce Clara,
y por ver tu linda cara
voy á ponerme á la trinca.

Solo temo que á pesar
de ver mi triste desvelo,
tus negros ojos de cielo
de mi quieras apartar:
que mi amante suspirar,
cual si un insulto encerrara,
juzgas pretención tan rara,
que me dijiste en los Güines,
que no eran amantes ruines
para interesar á Clara,

Eres á mi amor, en suma
prieta y *huyuya* muchacha,
como fuerte *quebra-hacha*
como formidable *hocuma.*
Por eso, aunque así me abruma
tu vanidad, linda Clara,
dime, china, con qué cara
oiré decir á la gente:

"No merece amor ardiente
"esa muchacha de Guara?"

Mas es vana la porfía
de tu pecho inexorable:
yo seré *majá*, incansable,
huye pues, traviesa *lutia.*
Te seguiré noche y día,
no descansaré en mi afán,
y cual vence al *guayacán*
del hacha el filo certero,
me querrás como te quiero,
sobrina del Capitán.

ADIOS DEL MONTERO

*Bajo el verde platanar
me juraste eterno amor,
¡Cuántas bellezas te daba
tu ruboroso candor!*

Adiós, Pepa, me despido
por siempre jamás amén,
porque á mí no me está bien
molestar tan alto oído.

Solo, guajira, te pido
que me vuelvas el collar
con que te quise adornar
cuando á mi cita viniste,
y el primer beso me diste
bajo el verde platanar.

Ahora que estás tan ufana
como el *sunsún* en la rosa
con la pasión mentirosa
de ese mozo de la Habana,
fuera conducta liviana
humillarme, sin rubor,
recordándote el ardor
con que en tu propia laguna,
á los rayos de la luna,
me juraste eterno amor.
Una noche, por el trillo
que orillando el monte pasa
viniste, desde la casa,
á esperarme en el *portillo*:
La voz del manchado *grillo*
que en el *manigual* sonaba
las voces acompañaba
con que mi amor te ofrecía,
y tu confusa alegría
¡cuántas bellezas te daba!
Pero, al fin, me has olvidado,
como soy pobre y montero,
por ese mozo habanero,
orgullosa y entonado.
Pero en tu mismo pecado
llevarás pena mayor
que la que das á mi amor,
porque él te llama *guajira*
y se burla cuando mira.
tu ruboroso candor.

LA NIÑA MONTERA A LA
DAMA DE LA HABANA

*Cantar á la maravilla,
siendo Rosa, no debéis:*

*cantad flores de más precio,
señora, cuando cantéis.*

En esta pobre ribera,
vos, la perla de la Habana,
á una flor de la *sabana*
celebráis de tal manera?
¿Debe la rosa altanera
que á tantas flores humilla
cantar á la flor sencilla
que se esconde vergonzosa?
¡Nó! Jamás debe la rosa
cantar á la maravilla.

Con dulce solicitud
cantad flor de más decoro
que si algo bueno atesoro,
señora, es mi juventud.
Vos, cual ángel de virtud,
mi mérito encarecéis;
empero, aunque pretendéis
cantar mi gala campestre,
ensalzar la flor silvestre
siendo rosa, no debéis.

Dálias, borbones, claveles
debéis, señora, pintar,
porque esas debe cantar
la "*flor de las Isabeles.*"
Cantad á los mirabeles
y flores de más aprecio,
y sin mirar con desprecio
á esta pobre flor pinera,
pues sobran en mi pradera,
cantad flores de más precio.
Siendo tan puros y buenos,
recibí vuestros cumplidos,
si nó por lo merecidos,
porque lo agradezco al menos
Pasen los años serenos
por vos que lo merecéis;
nunca afligida lloreis,
siempre gozad como aquí...
Y no me cantéis á mí,
señora, cuando cantéis

LA MADRE CELOSA

*Al toque de la oración,
tu madre, por tan celosa,
te hace marchar á la cama
como si fueras tojosa.*

Como el bejuco rastrero
que porque su vida sepa
el mundo, la tapia trepa
y sube al *jiquí* altanero;
yo también trigueña quiero,
porque sepas mi pasión,
marchar á tu habitación
en alas de la constancia,
abandonando mi *estancia*
al toque de la oración,

No sé que negra fortuna
á mi amor ha presidido,
que mi ardoroso gemido
no te causa pena alguna.
Como punzadora *tuna*
que en una cerca ruinosa
impide coger la rosa

que entre la *manigua* nace,
así mis dichas deshace
tu madre, por tan celosa.

En vano tres ocasiones
corrí seis leguas mortales,
pues no encontré ni señales
de tus gratas perfecciones.
Cuando con sus impresiones
la alta noche te reclama,
cuando luce en verde rama
el *cocuyo* alumbrador
tu madre, sin ver mi amor,
te hace marchar á la cama,

Mas estoy determinado
á romper por todo, niña,
sabrosa como la piña
que brota en cerro encumbra-
[do,

yo si hablaré como honrado
á esa madre tan celosa,
y si al fin eres mi esposa
tan solo pedirte quiero,
que adores á tu *estanciero*
como si fueras tojosa,

DESAFÍO

*Señor administrador,
baje pronto á la cañada:
no debe temer á nada
quien provoca mi furor.*

Me han dicho en la *cabecera*
que siempre que la halla sola
anda usted diciendo á Lola
que mi lengua es muy lijera.
Y como sufrir no quiera
que así denigre mi honor,
vengo á saciar mi rencor
dándole diez machetazos.....
Con que, por Dios, no más
[plazos,
señor administrador.

Sufrir insultos no puedo,
porque bien sabe el partido
que ni ofender he sabido
ni he sabido tener miedo.
Ayer le esperé en *Toledo*,
hoy rabié en la encrucijada;
tanto esperar no me agrada;
con que así vuelva la brida,
y á disputarme la vida
baje pronto á la cañada.

Despreciara su porfía
si me hiriera solamente:
pero ¿que dirá la gente
y qué la muchacha mía?
No tengo el alma tan fría
que *aguante* que ella enojada,
crea que un alma mal tem-
[plada

es de sus amores centro,
cuando crée que un *Tierra-*
[dentro.
no debe temer á nada.

Venga, que rabioso quiero
la insolencia castigar

del que se atreve á tomar
en la boca á Juan Quintero.
Usted que es un caballero,
y á más administrador,
conocerá que el valor
todos los rangos iguala.
¡Muera pues de *muerte mala*
quien provoca mi furor!

EL VEGUERO

*Para conseguir tu amor,
por lo mucho que te quiero,
te diera, cubana flor,
hasta mi andador hovero.*

Quisiera enlazarme á tí
como se enlaza el bejuco
á las ramas del saúco
ó al tronco del *jaimiquí*.
Si el oro del Potosí
diera al cariño valor,
como soy fiel amador,
trigueñísima montera.....
¡Ay! Qué de cosas te diera
para conseguir tu amor!

Tengo una famosa *vega*
que á mis vecinos humilla,
del San Antonio en la orilla
que con sus ondas la riega!
La flor su cáliz despliega
en su *batey* placentero;
y es mi amor tan verdadero
que te juro por quien soy,
que contento te la doy
por lo mucho que te quiero.

Reinarás como señora
en mi *vega* regalada,
tojosa enamorada
del *veguero* que te adora.
Desde la noche á la aurora
te regalará mi ardor
cuanto pretenda tu amor,
que en mi rústico *bohío*.
hasta el mismo pecho mío
te diera, cubana flor.
Por ti diera ángel hermoso,
mis incansables caballos,
las peleas de mis gallos
y mi triple melodioso.
Por ese gesto gracioso
tan criollo y retrechero.....
Mira, Lola, si te quiero,
sacrificara sin bulla
hasta mi perro *Cabulla*
hasta mi andador hovero.

DESPEDIDA AL
HABANERO

*Yo soy jíbara guinea
que vivo alegre en el monte:
tengo también mi sinsonte
que me canta su pasión.*

Muchas gracias, caballero,
por el amor que me ofrece;
pero esa fruta no crece
en ningún mozo habanero.

Yo tengo ya en mi montero,
el imán que me recrea:
con que deseche esa idea
porque al cabo nada saca,
que para hombres de casaca
yo soy jibara guinea.

Usted se abochornaría
de presentarme en su casa,
con instrucción tan escasa;
montaraz como una hutia.
Cada instante me diría.
"Para recibir disponte;
"el tánico blanco ponte
"y el chal de color de rosa."
A mí, *rabiche* amorosa
que vivo alegre en el monte.

Además que las monteras
no somos falsas jamás:
queremos un poco más
que las niñas habaneras.
Antes que aquellas moreras,
que bordan el horizonte.
el sol rojizo trasmonte
vendrá quien por mí suspira,
porque yo.....aunque soy
[guajira,
tengo también mi sinsonte.

No piense que seré infiel
á su amante frenesí;
porque él me idolatra á mí
y yo le idolatro á él.
No me diga prieta cruel,
ni de traviesa intención;
deje tal conversación,
y sepa que solo quiero
á ese constante montero
que me canta su pasión.

LA BLUSA

Como en el monte sin trillo,
quedé al mirarte, señora,
con la blusa tentadora
de color de mamoncillo.
¡Fuera, fuera adornos vanos
salga mi acento fogoso
al són del *triple* armonioso
de los *monteros* cubanos!
Ellos te admiran ufanos
cuando en tu noble rosillo,
por cerrado bosquecillo,
al campo sales, señora,
con la blusa tentadora
de color de mamoncillo.
¡Yo te ví! Nunca mis ojos
cometieran tal locura
porque es perder la cordura
mirar esos labios rojos.
Como deja sus despojos
el *totí* preso en el *millo*,
así á tu beldad me humillo,
preso en los pliegues, señora
de la blusa tentadora
de color de mamoncillo.
Me alegra pisar la grama
que el pastoso prado enflora
al despertar de la aurora

cuando salto de la cama.
Luego mi pecho se inflama
si la luna en curvo trillo
quiebra su rayo amarillo,
pero prefiero, señora,
esa blusa tentadora
de color de mamoncillo.
Si me preguntas, Mariana,
lo que más quiero en el mundo,
desde el ancho mar profundo,
hasta el fin de la *sabana*;
mi respuesta, flor temprana,
será decirte sencillo.
"Lo que prefiero es el brillo
"con que deslumbras, señora"
"con la blusa tentadora,
"de color de mamoncillo."
(1850-57)¹

EPIGRAMAS

Suele, con rara excepcion,
en verso llano, picante,
el epigrama punzante
encerrar una lección.
Si puritano Catón
halla dura, por azar,
la lección que pueda dar;
el hombre grave no tema
que el cauterio tambien que-

[ma
cuando trata de sanar.

Yo gozo, dijo María,
del mundo en los atractivos
en sus goces fugitivos
en sus fiesteas y placer
—Todo se compensa enton-

[ces,
le dijo un hombre profundo,
que si usted goza del mundo,
el mundo goza de usted.

—"¡Han esparcido las luces
"mis obras, dijo un autor,
"y mis páginas han dado
"á la Habana resplandor!"
Y era verdad lo que dijo.
porque positivo es,
que de su libro con hojas
se encienden muchos quinqués

Hablando de la raposa
la bella Luz me decía

—¿Habrà bestia más impía,
más dañina y perniciosa?
Y la criada Leonora
hasta la sala llegó;
y de este modo anunció
"¡El escribano, señora!"

Dijo Gaspar á su esposa.
—"Si te casas cuando muera,
"todas las noches, severa
"verás mi sombra espanto-
[sa"

¹ Todas éstas glosas fueron escritas del año de 1850 al 51, excepto la V que lo fué en el de 1857.

Y con apacible acento
le contestó su mujer.
Y yo, por volverte á ver,
"me casaré en el momento.

Don Tomás se desmayó.
Dijo un médico:—"¡Espiró!"
Y un escribano:—"¡Doy fé!"
—"¡Ahora sí lo dudo yo,"
"para mi pecho exclamé."

Un manébo que leyó
la historia con poco fruto
dijo:—"Quisiera ser Bruto!"
—"¡Esperanzas!" dije yo"

De obrás leyendo una lista
dijo Luis á Dorotea,
—"Es preciso que usted lea
á este insigne moralista,
Y ella dijo muy forma
—"A más de que son cansa-

[das...
"tengo ya tan olvidadas
"las lecciones de Moral

Dijo Luz con aire ducho
en un momento de ocio.
—"¡El matrimonio es negocio
"que se debe pensar mucho."
—"¡Al contrario! contestó
la traviesa Nicolasa:
"porque el hombre que se casa
"prueba que no lo pensó.

—"Tiene chispa mi muchacho.
"¿No es verdad?" Dijo Teodo
Y yo dije:—"Sí Señora, (ro
"porque siempre está borra-
[cho.

—Ausente de su marido
Tomasa se desespera
y blando como la cera
le dice Juana al oído.
—Siempre a tu lado estaré
"mientras él esté en Hungría,
"No llores más, vida mía,
"que yo sus veces haré.

—"Nunca te cases, incauta
Merced dijo á una parienta:
que vivía por su cuenta,
sin tener en cuenta á Dios
—"¿Por qué?"—"Porque así
[tendrías.
"un tirano desdichada."
—¡Oh! Pues tú, sin ser casada,
"tienes, hija, más de dos"

—Es positivo, es un hecho,
dijo la gazmoña Blanca,
que á todos por ser tan franca
siempre descubro mi pecho.
Y yo al instante exclamé,
—"Por eso, y no se alborote,
"baja usted tanto el escote
"que todo el mundo lo vé"